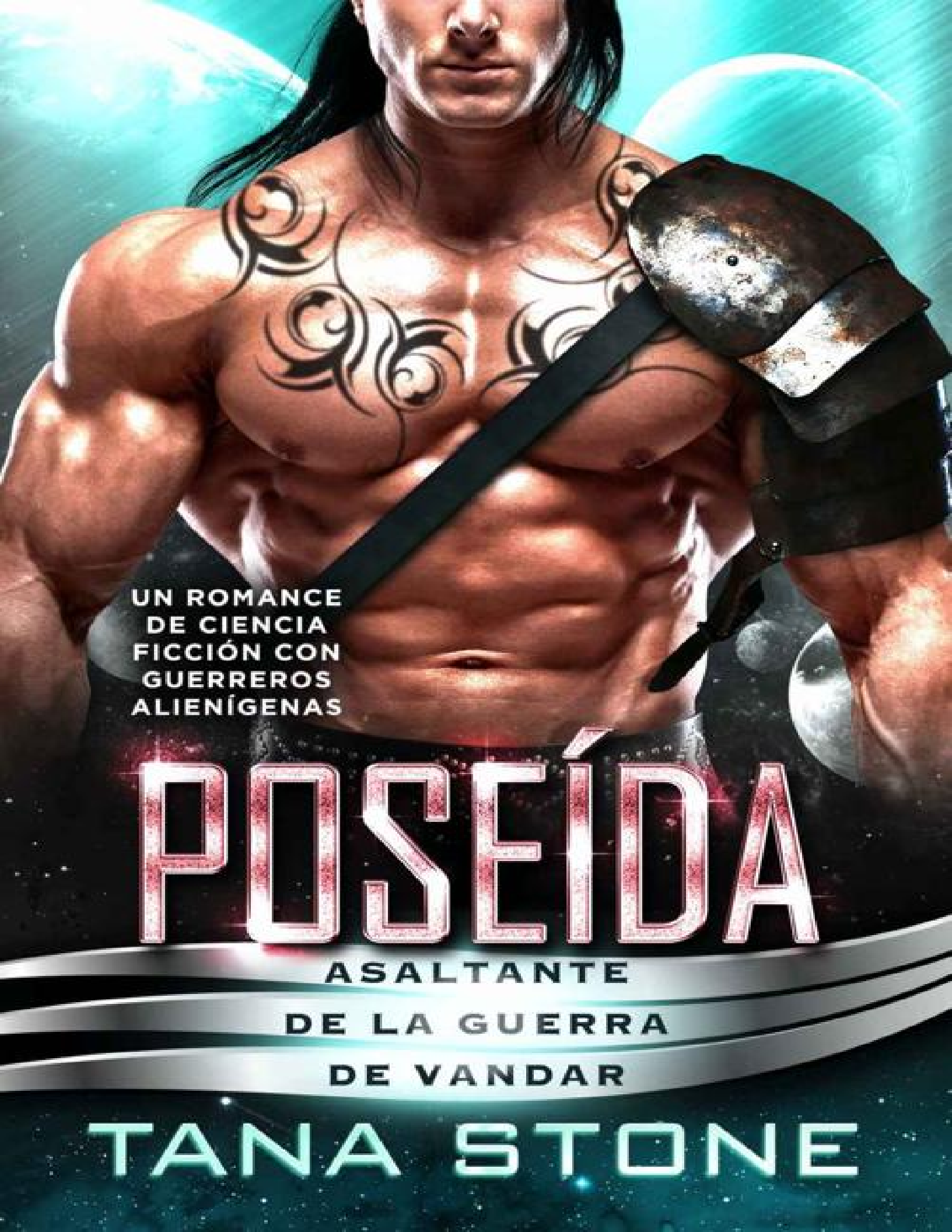

UN ROMANCE DE CIENCIA FICCIÓN CON GUERREROS ALIENÍGENAS
POSEÍDA
ASALTANTE DE LA GUERRA DE VANDAR
TANA STONE

POSEÍDA

UN ROMANCE DE GUERREROS ALIENÍGENAS DE CIENCIA FICCIÓN

SEÑORES DE LA GUERRA INVASORES DE LOS VANDAR

LIBRO UNO

TANA STONE

BROADMOOR BOOKS

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Epílogo

Otras Obras de Tana Stone
Acerca del Autor

CAPÍTULO
UNO

Astrid

Todo era culpa mía.

No había nadie que pudiera discutirlo, ni siquiera mi hermana, y eso que a ella le encantaba discutir conmigo por casi cualquier cosa.

Por supuesto, había sido un accidente. No tenía la intención de dejar que nuestra nave se desviara al territorio Vandar. Nadie en su sano juicio entraría deliberadamente en el espacio Vandar. No cuando los invasores patrullaban con tanta intensidad, buscando la más mínima excusa para ir tras una nave y despojarla de todo: suministros, armas, tripulación.

—¿A qué distancia estamos de la zona neutral? —gritó mi hermana por encima de las sirenas que aullaban en el puente.

Miré fijamente mis dedos sobre la consola, congelados sobre las luces parpadeantes que indicaban nuestra posición. Aunque estaba mirando las coordenadas, no podía concentrarme en lo que significaban. Las luces de advertencia que hacían que la piel de mis manos brillara en rojo habían provocado un cortocircuito en mi cerebro.

—¡Astrid!

Su voz aguda me sacó de mi aturdimiento y giré en los controles de navegación para enfrentar a mi hermana. Sus manos agarraban los reposabrazos de la silla del capitán, con los nudillos blancos.

—¿Qué?

Con su pelo rojo recogido en un moño salvaje en lo alto de su cabeza y el mío rubio ceniza y dolorosamente lacio, parecíamos tan diferentes como podían ser dos hermanas. Y mientras ella era alta y delgada, yo definitivamente no lo era. Lo único que compartíamos eran los ojos verde mar, y ahora mismo, los suyos destellaban de furia.

—¿Cuánto tiempo más tenemos para escapar de estos invasores cabrones?

—Cierto. —Giré de nuevo y respiré hondo, tratando de calmar mi corazón acelerado y los pensamientos que rebotaban en mi cerebro. ¿Tendría nuestra vieja nave de carga alguna posibilidad contra un pájaro de guerra Vandar? ¿Qué pasaría si nos atrapaban? ¿Eran ciertos los rumores?

Sacudí la cabeza con fuerza. No era el momento de dejar que mi mente se perdiera en divagaciones.

Concéntrate, Astrid. Puedes hacerlo.

Aunque ni siquiera podía oírlo por encima de las sirenas, tarareé para mí misma mientras movía las manos por la consola. Las vibraciones en mi garganta me calmaban, como siempre lo habían hecho, aunque las lecturas no eran nada reconfortantes.

Me giré de nuevo para enfrentar a mi hermana.

—Todavía estamos a 0,3 unidades astronómicas de la zona neutral.

—¡Mierda! —Tara saltó de su silla y dio unos largos pasos hasta mi puesto, inclinando su cabeza cerca de la mía—. ¿Cómo ha pasado esto?

Me encogí ante la implícita reprimenda, aunque no era la peor que había recibido. La verdad es que era una navegante de pacotilla, y todos a bordo lo sabían. La única razón por la que tenía el trabajo era porque esta era la nave de mi hermana mayor, y me había puesto donde creía que podía hacer el menor daño posible. De mucho había servido.

—No lo sé. —No encontré su mirada, porque no podía soportar ver la decepción en sus ojos—. Puede que haya calculado mal.

—O puede que no hayas prestado atención otra vez.

Miré de reojo al piloto en la consola junto a la mía. Aunque sus ojos estaban fijos en la pantalla frontal, su mandíbula estaba tensa, y sabía que podía oírnos.

—Lo siento mucho, Tar...

—Déjalo. —Se puso de pie—. Hablaremos de esto más tarde. Ahora necesito que te concentres.

Traté de ignorar el ardor detrás de mis ojos mientras ella volvía a zancadas a su silla. Solo podía imaginar cómo sería nuestra charla más tarde. Probablemente muy parecida a las otras en las que me daba lecciones sobre responsabilidad y lo afortunadas que éramos.

Eché un vistazo al puente gris y sucio de la maltrecha nave de carga. Claro, podría ser un gran logro que una mujer capitaneara su propia nave de carga —especialmente una mujer tan joven como mi hermana—, pero transportar la basura de otra gente por la galaxia en una nave que había conocido días mejores no era mi idea de diversión, ni de una buena vida. No es que pudiera decírselo alguna vez a mi hermana. Ni que fuera a hacerlo.

A pesar de odiar que aún me tratara como a una niña y que fuera mandona como el demonio, Tara era todo lo que tenía. Habíamos sido solo nosotras dos desde que éramos adolescentes, y sabía que por mucho que amenazara, nunca me dejaría realmente en un puesto avanzado alienígena.

—¡Agárrense! —gritó el primer oficial, segundos antes de que toda la nave se estremeciera, balanceándose hacia un lado y casi lanzándome de mi asiento.

—¡Informe! —gritó Tara.

—Impacto directo en nuestro lado de estribor. Brecha en el casco en una de nuestras bodegas de carga.

Me giré para mirar a Tara. Nuestras bodegas de carga contenían toda la mercancía y las armas que estábamos transportando de un puesto avanzado del Imperio Zagrath a otro.

Una expresión que no reconocí cruzó su rostro, pero luego entrecerró los ojos y miró al frente.

—Si creen que eso va a frenarnos, es que no nos conocen muy bien.

Otro impacto me sacudió tan fuerte que me rechinaron los dientes. Me aferré a los bordes de la consola para mantenerme estable, mirando la ruta de navegación y el punto azul parpadeante que indicaba nuestra nave moviéndose lentamente a lo largo de la línea verde curva hacia la zona neutral donde estaríamos a salvo. Por supuesto, la realidad era que los invasores Vandar no respetaban las fronteras de la zona neutral más de lo que respetaban las reglas de la guerra. Sabía, al igual que cada persona a bordo, que llegar a nuestro destino no garantizaba nuestra seguridad. Nada podía hacerlo frente a uno de los brutales señores de la guerra que lideraban sus amenazantes hordas de pájaros de guerra negros que se decía que se materializaban de la nada.

Más fuego de fotones rojo explotó en nuestra proa.

—Sácanos de aquí, Mose —dijo mi hermana, por encima del sonido de más armas disparando.

—Lo estoy intentando, Capitán. Pero los sistemas de propulsión están fallando.

A pesar de las sirenas y las explosiones, el puente pareció quedar en silencio por un momento. Todos nos giramos para mirar a Tara. Los mechones se le habían soltado del moño y se le rizaban alrededor de la cara, mezclándose con las manchas rojas de color en sus mejillas.

Apretó los labios.

—Nos harán pedazos si seguimos adelante, y no vamos a poder superarlos en velocidad. —Sus ojos se desviaron hacia su primer oficial, que estaba de pie ligeramente detrás de ella en una consola —. Apaga los sistemas y dile a los Vandar que nos rendimos. Tal vez acepten nuestra carga restante a cambio de un paso seguro fuera del sector.

La bilis me subió a la garganta y me cubrí la boca con la mano para contenerla, apartándome para que nadie viera mi debilidad. Ni siquiera Tara creía lo que estaba diciendo. Los Vandar nunca nos dejarían ir. Todos habíamos escuchado las historias. Los Vandar no eran conocidos por su misericordia ni por negociar.

No podía soportar mirar a mi hermana. Ella sabía esto tan bien como cualquiera de nosotros, pero su voz no temblaba de miedo

como lo habría hecho la mía. Sería valiente hasta el final.

Mi estómago se revolvió. Mi hermana iba a perderlo todo, y todo porque yo había estado demasiado distraída para hacer mi trabajo.

Nuestra nave disminuyó la velocidad y los motores dejaron de rugir. Poco después, el fuego de las armas también se detuvo, y varias naves de casco negro aparecieron frente a nuestra proa, casi fundiéndose con la oscuridad del espacio detrás de ellas.

Mi pulso se aceleró y escuché la brusca inhalación de aire a mi alrededor. Las naves enemigas parecían aves enormes en pleno vuelo, con alas arqueadas extendiendo garras de hierro desde un vientre redondo. Casi esperaba que tuvieran ojos rojos brillantes.

Otra sacudida fuerte me indicó que los asaltantes Vandar se habían acoplado a nuestra nave.

—Están abordándonos —dijo Mose, con voz inexpresiva.

Finalmente me volví para mirar a mi hermana. Necesitaba hablar con ella antes de que llegaran. Necesitaba decirle cuánto lo sentía.

No se había movido, sus brazos estaban rectos y rígidos y sus manos se aferraban a los reposabrazos de su silla. Su barbilla sobresalía y sus hombros estaban cuadrados. Sabía el mal que se acercaba y planeaba enfrentarlo con la misma determinación de acero que siempre había tenido y que yo siempre había admirado.

Intenté captar su mirada, pero sus ojos estaban fijos más allá de mí. Mientras el sonido de las botas en el suelo metálico se hacía más fuerte, ella inclinó la cabeza hacia arriba casi imperceptiblemente.

—Que vengan.

CAPÍTULO

DOS

Kratos

—Es una especie de carguero —mi jefe de batalla se apoyó en la consola de pie oscura mientras echaba un vistazo a las lecturas.

Me balanceé sobre los talones de mis botas, mirando por el frente de mi nave de guerra a la superada nave espacial que perseguíamos.

—Eso puedo ver. ¿Es Zagrath?

—No es una nave del imperio, pero parece tener identificadores de acceso Zagrath —dijo Corvak después de echar otro vistazo a su pantalla parpadeante.

—*Tvek* —maldije, escapándoseme un gruñido bajo—. Eso significa que lleva carga para el imperio. Podrían ser armas o suministros para mantener bien abastecido a nuestro enemigo para que siga asolando más planetas como el nuestro.

Otros gruñidos oscuros de ira de mis guerreros en el puente de mando se unieron al mío. No necesitaba mirar a mi tripulación para saber la furia en los rostros de mis guerreros.

Mi mirada se fijó en la maltratada nave que perseguíamos. No parecía gran cosa, pero eso no significaba que no fuera peligrosa. Cualquier nave que moviera suministros por el inmenso Imperio Zagrath era una amenaza para la libertad de aquellos que no deseaban vivir bajo el asfixiante dominio imperial. Apreté el puño

con fuerza al pensar en el codicioso imperio que había tomado nuestro planeta generaciones atrás y había obligado a nuestro pueblo guerrero nómada a lanzarse al espacio.

—¿Cuánto falta para estar a rango de tiro? —pregunté, evaluando rápidamente que el carguero no era rival para nuestro armamento avanzado.

Sabía que mi horda estaba concentrada detrás de nosotros, volando en la formación de ataque de ameba que preferíamos, con las elegantes naves cambiando de posición intermitentemente. Habíamos desactivado nuestro escudo de invisibilidad cuando determinamos que la nave que perseguíamos no era una amenaza, así que era un procedimiento estándar volar en ameba para hacernos más difíciles de atacar.

—Nos estamos acercando ahora. ¿Debo preparar un torpedo, Raas Kratos? —Mi jefe de batalla se dirigió a mí por mi título Vandar completo, como siempre hacía al confirmar un ataque.

Miré al guerrero que también era mi primo, con su pelo negro atado hacia atrás. Corvak estaba tan ansioso por disparar, pero yo prefería dosificar nuestra violencia de manera controlada.

Di unos pasos más cerca de la pantalla de visualización que se extendía por el frente del puente de mando, mi falda de cuero golpeando mis muslos desnudos. Algo sobre la nave captó mi atención, y quería saber por qué había volado hacia nuestro territorio cuando la mayoría de las naves hacían todo lo posible por evitarnos. ¿Eran excepcionalmente audaces o excepcionalmente estúpidos?

—No —crucé los brazos, la correa cruzada que mantenía mi armadura de acero en el hombro clavándose en mi carne—. Podrían tener carga valiosa. Los abordaremos.

Otro rumor pasó por mi tripulación del puente de mando como una ola, uno de anticipación. No habíamos abordado una nave en un tiempo, y la posibilidad de batalla encendía su sed de sangre enemiga. Sé que encendía la mía.

Me giré y di largos pasos de vuelta por el puente de mando, asintiendo a mi primer oficial y a Corvak mientras pasaba junto a ellos.

—Ustedes vienen conmigo.

Ambos gruñeron en reconocimiento, girando sobre sus talones para unirse a mí, el cuero de sus faldas atrapando el aire y sus largas colas meciéndose. Como todos los asaltantes Vandar, estaban con el pecho desnudo, el pelo negro cayendo largo por sus anchas espaldas, y marcas negras curvándose por sus músculos pectorales. Gruesos cinturones tachonados de metal sujetaban sus faldas, y mortales hachas de batalla colgaban de ellos.

Lancé una mirada a otro guerrero en una consola de pie.

—Tienes el puente de mando. Fija el blanco en esa nave y colócanos en posición para el abordaje.

Juntó los talones y echó los hombros hacia atrás.

—Sí, Raas.

Mi jefe de batalla me lanzó una mirada mientras salíamos del puente de mando y descendíamos por una amplia escalera, nuestros pesados pasos resonando en el hierro y el acero que componían nuestra nave de guerra.

—Hace tiempo que no lidera un grupo de abordaje, Raas.

—Demasiado tiempo —dije, para detener cualquier otra pregunta sobre mis motivaciones.

Asintió secamente, entendiendo que el asunto no estaba abierto a más discusión. Aunque yo era un Raas justo y acogía con agrado las opiniones de mis guerreros, no deseaba discutir por qué quería abordar personalmente esta nave insignificante. Yo mismo no lo entendía completamente.

Mientras descendíamos más adentro de la nave, serpenteando por el laberinto de corredores abiertos como jaulas y bajando más escaleras, mi pulso se aceleró. Había pasado demasiado tiempo desde que había probado la batalla, y la anticipación de asestar otro golpe al Imperio Zagrath hacía que mis dedos zumbaran mientras descansaban en la empuñadura de mi hacha.

Los guerreros que caminaban a mi lado habían sido parte de mi tripulación desde que tomé el mando como señor de la guerra de la horda de asaltantes, o *Raas*. Habían pasado muchas rotaciones desde que asumí el mando después de mi padre, y teníamos más victorias que cualquiera de los otros señores de la guerra Vandar,

pero aún estábamos lejos de pasar nuestras hachas de batalla a una nueva tripulación. Conocía las tradiciones de nuestro pueblo, pero no podía imaginar renunciar jamás a la vida de un asaltante para vivir mis días en uno de los asentamientos secretos Vandar, lejos del imperio y las sangrientas batallas que se habían vuelto tan naturales para mí como respirar.

—¿Qué debo decirle al resto de la horda? —preguntó mi majak, Bron.

—Mantener la formación y mantener las armas apuntando a la nave enemiga. Podrían estar ocultando sus capacidades y ser más mortíferos de lo que parecen —esperaba que ese fuera el caso, mi corazón latiendo más rápido ante la idea.

—Está hecho —dijo con un brusco asentimiento, antes de dirigirse a una consola fuera del hangar y transmitir mis órdenes.

Mi *majak* había ordenado a un escuadrón de guerreros que nos encontraran en el hangar, y estaban esperando cuando entramos por las amplias puertas, sus feroces rostros igual de iluminados por el deseo. Todos necesitábamos una batalla. Necesitábamos pensar que estábamos debilitando a nuestro enemigo. El enemigo que parecía seguir viniendo, sin importar cuánto tiempo lucháramos contra él.

Cuando llegamos a la rampa de la lanzadera, hice una pausa, volviéndome para enfrentar a mis guerreros.

—Toda la gloria para Lokken, dios de antaño.

—Gloria a Lokken —respondieron mis guerreros, solemnemente.

Entonces sonreí.

—¿Están listos para abrir otro agujero en el vientre de la bestia?

Amplias sonrisas partieron sus rostros mientras rugían su respuesta.

—¡Por Vandar!

Había sido nuestro grito de guerra desde que nuestro pueblo vagaba por los páramos de nuestro planeta, moviéndonos en hordas y luchando por el control de la tierra. Cuando nos vimos obligados a abandonar nuestro planeta, nos aferramos a nuestras tradiciones. Incluso ahora, generaciones después, nuestras naves viajaban en grupos de diez o más pájaros de guerra, todos comandados por un único señor de la guerra. Vestíamos la ropa de batalla de nuestros

antiguos antepasados y portábamos sus armas, aunque también habíamos desarrollado tecnología sofisticada para nuestras naves y llevábamos fáseres sujetos a nuestros cinturones, además de hachas de batalla.

—¡Por Vandar! —Los rugidos de mis guerreros reverberaron por todo mi cuerpo, haciendo que mi sangre se calentara y mi corazón latiera con fuerza en mi pecho, mientras corría por la rampa hacia la lanzadera con mis hermanos Vandar pisándome los talones. Todos tomamos escudos curvos de las paredes de la nave donde se guardaban para la batalla. Bron tomó el timón mientras yo me quedaba detrás, con los ojos fijos en la amplia abertura que conducía a la oscuridad más allá.

Agarrando el frío acero de la viga sobre mi cabeza, me sujeté con fuerza mientras la nave se disparaba a través del hangar y salía al espacio, girando bruscamente y acercándose al carguero enemigo. La nave parecía aún más desgastada de cerca, el exterior opaco abollado y marcado con quemaduras. Mi sed de batalla se apagó al notar las escasas armas adheridas al casco. Esto no era una nave de guerra, pensé, mientras la decepción me ahogaba.

—Sus escudos han sido desactivados, Raas —mi primer oficial torció el cuello para mirarme, con las cejas oscuras levantadas—. Han emitido su rendición.

Un murmullo bajo pasó entre mis guerreros, y sospeché que estaban pensando lo mismo que yo: esto no sería una batalla después de todo. Claramente, esta no era una nave llena de guerreros listos para enfrentarnos en batalla si ya se habían rendido. Dudaba que su tripulación estuviera formada por guerreros entrenados, y era aún menos probable que esta nave hubiera sido encargada de transportar armamento. Los Zagrath no serían tan tontos como para confiar algo crucial a un carguero tan maltratado y viejo. Probablemente nos estábamos preparando para atacar una nave que transportaba mantas y grano.

—Los suministros Zagrath siguen siendo suministros Zagrath —dije, para calmar su frustración y la mía—. Pero mantendremos nuestras espadas envainadas a menos que nos provoquen.

—Trabajar para los Zagrath es provocación suficiente —la voz de Corvak era áspera.

Estaba de acuerdo, pero también sabía que no todos los que estaban bajo el dominio del imperio tenían la libertad que teníamos nosotros o la reputación mortal que infundía miedo en los corazones de cualquiera que se encontrara con nosotros. Sin embargo, los asaltantes Vandar eran temidos porque castigábamos a aquellos que apoyaban al imperio. No podíamos retroceder ni mostrar debilidad. Los guerreros débiles no pasaban la eternidad en Zedna con Lokken y los otros antiguos dioses de la batalla.

—Se han rendido —dije—. Pero eso no significa que escaparán al castigo por su alianza con el imperio. Se derramará sangre por su acto traicionero.

Asentimientos y gruñidos de aprobación siguieron a mi declaración, aunque noté que Corvak fruncía el ceño. Como correspondía a su título, solo estaba contento cuando se encontraba en una batalla a gran escala, y su cuerpo se jactaba de las cicatrices que lo probaban.

Nuestra lanzadera se sacudió al engancharse al carguero enemigo, nuestras pinzas de acoplamiento sujetando la nave en su lugar mientras forzaba la apertura del hangar. Contuve la respiración, una parte de mí esperando que la rendición fuera una artimaña y que hubiera fuego de fáser al entrar en la nave enemiga, pero el hangar estaba desierto.

Salimos en tropel, moviéndonos en nuestra formación practicada con los escudos al frente. La nave no era ni de lejos tan grande como la nuestra, pero era más brillante, con luces ámbar parpadeando en lo alto mientras nos movíamos rápidamente por los pasillos. Me encogí ante el brillo antinatural, mis ojos ajustándose. ¿Por qué a estos alienígenas les gustaba sentirse como si estuvieran en una estrella brillante?

Las tuberías expuestas silbaban, y el casco parecía gemir sin provocación mientras nos movíamos por la nave estrecha. El olor a combustible flotaba denso en el aire, junto con el olor a acero quemado, sin duda por los impactos que habían recibido de nosotros.

Me tragué mi decepción ante el triste estado de la nave que estábamos tomando. Sin armas, sin guerreros. Casi no valía la pena nuestro tiempo.

—Una bodega de carga, Raas —dijo uno de mis guerreros, señalando un conjunto de puertas.

Incliné la cabeza hacia él y otro guerrero.

—Evalúen el valor y prepárense para transportar cualquier cosa que valga la pena tomar.

—¿Dónde están sus guerreros? —preguntó Bron, su voz baja para que solo yo pudiera oírlo mientras continuábamos moviéndonos —. ¿Es esto una trampa?

—Creo que ambos sabemos que no lo es —mis propios dedos se crisparon sobre mi hacha, pero una fría realización se asentaba duramente en mi estómago. No habría batalla hoy.

Adelante apareció una figura que rápidamente corrió y desapareció al doblar una esquina.

—Un humano, no un Zagrath —dijo mi *majak*, con decepción en su voz. Aunque la diferencia era sutil, era importante.

Se rumoreaba que los Zagrath humanoides descendían de la gente original que huyó del planeta Tierra, aunque ahora no se llamaban a sí mismos terrícolas. Habían sido parte de lo que se llamaba el uno por ciento. Con su sofisticada tecnología, considerables recursos y aún mayor codicia, estos humanos de élite se habían autoproclamado Zagrath y construido un imperio, con la misión de colonizar y monetizar tantos planetas como fuera posible. También habían usado su riqueza para mejorar su genética, por lo que eran ligeramente más grandes que los humanos, con una vida más larga. Pero aun así no eran rival para los poderosos Vandar.

—No importa —gruñó Corvak.

Pero sí importaba. Los otros humanos que poblaban la galaxia habían sido desesperados fugitivos de un planeta moribundo, y no tenían las ventajas de los Zagrath. Incluso con solo un vistazo fugaz, supe que ese era uno de los humanos más pequeños, y la decepción casi me ahogó.

Cuando llegamos a las puertas de su puente de mando, dos de mis guerreros se precipitaron primero, con las hachas de batalla en

alto junto a sus escudos. Cuando entré corriendo tras ellos, el grito de guerra que había estado en mis labios murió. En lugar de soldados Zagrath, o incluso una tripulación mercenaria de alienígenas rudos, había un puñado de humanos sentados en las consolas, sus ojos abiertos de miedo mientras nos veían irrumpir en su puente de mando. Y de pie frente a ellos había una mujer que parecía que le hubiera gustado matarnos a todos.

Una mujer. Una mujer humana.

Tvek, me maldije a mí mismo por nuestra mala suerte. Adiós a un día de batalla valiente.

CAPÍTULO

TRES

Astrid

Todo el aire abandonó mi cuerpo cuando los asaltantes Vandar irrumpieron en nuestro puente, sus botas resonando tan fuerte que ahogaron el sonido de mi propio corazón acelerado.

Mierda. Eran incluso más grandes de lo que imaginaba. No ayudaba que estuvieran vestidos como una especie de vikingos de la era espacial, con cuero y metal como única cobertura de sus enormes cuerpos bronceados llenos de músculos. Largas colas oscuras se agitaban detrás de ellos —con las puntas cubiertas de pelo negro— recordándome que definitivamente no eran humanos, aunque el resto de ellos parecía bastante humano, si no completamente medieval. Incluso las armas que blandían parecían antiguas, y me pregunté por un momento cómo estos alienígenas habían logrado aterrorizar la galaxia. ¿Cómo podía un grupo de brutos como este enfrentarse al Imperio Zagrath y no ser destruidos en el espacio?

Luego recordé que sus naves podían desaparecer a voluntad y se rumoreaba que tenían un impresionante poder de fuego. Así que debían ser más avanzados tecnológicamente de lo que parecían. Tragué saliva mientras mi mirada se deslizaba sobre el largo cabello negro que hacía juego con sus ojos negros como la tinta y las marcas oscuras grabadas en sus pechos desnudos. Si recordaba correctamente los rumores que había escuchado, los Vandar nacían

con esas líneas negras ondulantes, y tenían algo que ver con su ritual de apareamiento. Aparté la mirada de ellos, no queriendo pensar en estos brutos y nada relacionado con el apareamiento. Sus muslos inusualmente grandes y musculosos —exhibidos a través de tiras de cuero que usaban como una especie de falda corta— ya eran bastante distractores.

—¿Quién lidera esta nave? —Uno de los asaltantes dio un paso adelante mientras hablaba en el idioma universal, y vi que era ligeramente más alto y ancho que los demás, si eso era posible. Su mandíbula era cuadrada y su cabello estaba peinado hacia atrás, pero suelto. Era el único con un hombro cubierto por una pieza de armadura de metal con una correa cruzando su pecho, y supuse que era su líder.

Irradiaba autoridad, con los pies separados mientras evaluaba nuestro puente. No había desenvainado su hacha de batalla, sino que golpeaba rítmicamente los dedos sobre el mango. Aunque sus músculos estaban tensos, sus palabras eran mesuradas.

Mi hermana cuadró los hombros.

—Yo soy la capitana.

Escuchar su voz —fuerte y firme— hizo que mi pecho se hinchara de orgullo. Tara no parecía estar asustada por los asaltantes en absoluto, aunque era evidente que podrían habernos matado a todos en cuestión de segundos.

—¿Tú? —El Vandar entrecerró sus brillantes ojos hacia ella, y no pude distinguir si estaba divertido u ofendido.

Ella levantó la barbilla.

—Sí, yo.

—Entraron en territorio Vandar —dijo, y esta vez su voz no era más que un gruñido áspero. Aunque bajo, el sonido vibró a través del puente e hizo que se me cortara la respiración.

Tara no se inmutó.

—Un error que estábamos tratando de rectificar cuando su horda nos persiguió.

El Vandar que claramente era el líder escaneó el puente de nuevo, su mirada se detuvo en mí por un momento mientras su cola

se agitaba rápidamente detrás de él. Estaba casi segura de que podía ver que yo estaba temblando.

—Trabajan para el Imperio Zagrath.

Estar alineados con el imperio era tan bueno como una sentencia de muerte. Los asaltantes Vandar habían estado librando una guerra de guerrillas contra ellos durante más tiempo del que cualquiera de nosotros en el puente había estado vivo.

Tara cambió el peso de un pie al otro, pero no bajó la mirada.

—Somos un carguero independiente. No tenemos lealtad al imperio.

Un músculo se tensó en la mandíbula del líder, y una onda de movimiento pasó por los otros Vandar. De alguna manera, supe que esto no era lo correcto para decir.

—Solo abastecen sus puestos avanzados y arman a sus invasores.

Tara no respondió.

Tal vez si ella no discutía nos dejarían ir, pensé.

—¿Creen que son inocentes de sus crímenes? —presionó el líder Vandar, sus dedos tamborileando sobre la empuñadura de su arma mientras comenzaba a caminar en un círculo apretado frente a mi hermana, su cabeza girando bruscamente en cada vuelta.

—No somos Zagrath —repitió Tara, pero esta vez con un tono cortante en su voz—. Cometimos un error de navegación. No pretendíamos violar su espacio.

Él dejó de caminar y fijó su mirada en ella.

—¿Un error de navegación?

Mi estómago se contrajo. Técnicamente, *nosotros* no cometimos un error. Yo cometí el error. Sentí la mirada de Mose sobre mí, pero no lo miré.

El Vandar dejó de golpear con los dedos, y lo único que podía escuchar era mi propia respiración irregular.

—Error o no, no podemos permitirles continuar con su misión de abastecer a nuestro enemigo.

Tara juntó las manos detrás de ella.

—Pueden quedarse con nuestra carga.

—Tengo la intención de tomar su carga. Y ejecutar*la* a *usted*. Su castigo por trabajar para los Zagrath. Que sirva de lección para otros que se atrevan a apoyar al imperio.

Hubo inspiraciones bruscas entre nuestra tripulación. Mi corazón latía salvajemente mientras la realidad me golpeaba. Mi estupidez y falta de concentración habían sentenciado a muerte a mi hermana, la única persona que siempre me había protegido y cuidado. Mis oídos comenzaron a zumbar y puntos negros bailaron frente a mis ojos.

No no no no no. Esto no estaba pasando. No podía perder a mi hermana. No podía ser ejecutada por mi culpa.

—¿Ejecutada? —La voz de Tara era un siseo bajo—. ¿Por hacer un trabajo para poder comer? Los Zagrath controlan todo. ¿Cómo se supone que sobrevivamos si no trabajamos para ellos?

El líder Vandar la recorrió con ojos fríos.

—Está decidido —Luego escaneó el puente una vez más y se dio la vuelta para irse.

—Bastardo —gruñó Tara, mientras se lanzaba hacia su espalda que se alejaba.

Jadeé cuando fue rechazada por uno de los otros guerreros Vandar, que dio un paso adelante para bloquearla del líder tan rápido que apenas registré su movimiento.

Uno de los asaltantes se cernía sobre mi hermana, levantando su hacha de batalla.

—¡No! —grité, mi voz más fuerte que el zumbido en mi cabeza—. ¡Alto! Yo debería ser la ejecutada.

Todos los ojos giraron hacia mí, incluido el líder que había pivotado de vuelta.

Tara cerró los ojos donde yacía tirada en el suelo, luciendo más derrotada que antes.

—Es mi culpa. Yo soy quien cometió el error de navegación. No pueden matar a mi herma... a la capitana por mi error. Por favor —dije, escuchando el temblor en mi voz—. Mátenme a mí en su lugar.

—No, Astrid —dijo Tara, sus palabras una orden que normalmente me habría hecho obedecer.

Esta vez no.

—¿Deseas que te ejecute en su lugar? —Sus ojos oscuros estaban sobre mí mientras cruzaba el puente, sus largas piernas devorando la corta distancia entre nosotros tan rápido que retrocedí unos pasos, mi trasero chocando contra una consola.

Asentí, ignorando a mi hermana en el suelo, que sacudía la cabeza y me decía que me callara. Aunque mi pulso se agitaba, una calma se apoderó de mí mientras el vandar mantenía mi mirada cautiva con la suya. Esto era lo correcto. Solo había sobrevivido tanto tiempo gracias a Tara. Ella había estado salvándome el trasero durante la mayor parte de mi vida. Era mi turno de salvarla por una vez.

Ladeó la cabeza y me miró de arriba abajo sin vergüenza, sus dedos tamborileando una vez más sobre la empuñadura de su arma. Su cola había dejado de ondear y se enroscó rígidamente, con la punta oscura siendo la única parte que se movía. Me miró durante tanto tiempo que mis mejillas ardían por el escrutinio. Sabía que en cualquier momento rechazaría mi oferta y se volvería contra mi hermana de nuevo. Encontré sus ojos cuando volvieron a mi rostro, apretando mis puños tan fuertemente a mis costados que las uñas se clavaron en mi carne. Si iba a matarme, al menos podría ser lo suficientemente valiente como para no apartar la mirada.

Mientras fijaba mi mirada en la suya, se me secó la boca. En lugar de ser dominada por el miedo, mi pulso se agitó. Había esperado que sus ojos oscuros fueran fríos, vacíos sin emociones, pero no lo eran. Brillaban con calor y curiosidad, atrayéndome hacia él, incluso mientras luchaba contra ello.

—¿Raas? —Uno de sus asaltantes finalmente habló, y me pregunté si ese era su nombre.

Giró bruscamente la cabeza, apartando su mirada de la mía y dirigiéndola hacia Tara. —Perdónala.

Una oleada de alivio me recorrió, incluso mientras me preparaba para lo que vendría después.

El líder vandar se volvió hacia mí. —¿Morirías para salvar a tu capitana?

—Sí —dije, sosteniendo de nuevo su mirada letal mientras mi estómago se revolvía, el sabor amargo de la bilis quemando la parte

posterior de mi garganta cuando el miedo finalmente superó mi curiosidad. Si iba a matarme, deseaba que se apresurara antes de que me humillara vomitando sobre mis propios zapatos.

—¡Astrid, no! —gritó mi hermana. Se había levantado de un salto, pero dos vandar la sujetaban por los brazos para evitar que se lanzara a través del puente.

Él no se giró ante los gritos de mi hermana, pero sus pupilas se dilataron, haciendo que sus ojos parecieran aún más negros. —Tengo un trato para ti, Astrid.

Bajé la mirada hacia la mano en su arma, confundida por qué no la había desenfundado. —¿Trato?

—Tu vida por la de ella.

Mi confusión se profundizó. ¿No era eso lo que ya había aceptado? ¿Por qué estaba jugando conmigo?

—Dejaré que ella viva, y tu nave podrá tener un paso seguro fuera de nuestro sector. Pero no deseo matarte. —Se inclinó tan cerca de mi cara que sentí la rápida inhalación cuando pareció aspirarme. Su voz se convirtió en un ronroneo bajo que recorrió mi columna vertebral—. Vendrás conmigo.

Me tomó un tiempo procesar sus palabras. —¿Ir contigo? ¿No vas a matarme?

Dio un leve movimiento de cabeza.

Aunque debería haber sentido alivio, los pelos de la nuca se me erizaron. —Pensé que los vandar no tomaban prisioneros.

—No lo hacemos, pero yo soy Raas. —Su ardiente mirada recorrió mi cuerpo de nuevo—. Puedo hacer lo que desee.

Por la mirada ardiente en sus ojos, supe lo que quería decir. A cambio de la vida de mi hermana, se esperaría que complaciera a este enorme alienígena. Escalofríos recorrieron todo mi cuerpo y mi corazón se aceleró. La idea me aterrorizaba, pero también me provocaba una emoción. Una emoción que intenté ignorar.

Pero si eso era lo que buscaba, ¿por qué me quería a mí? Cualquiera con ojos podía ver que mi hermana era la bonita. Yo siempre había sido la versión más baja y deslavada de Tara con demasiadas curvas en demasiados lugares.

Tal vez no me quería por las razones que estaba pensando. Tal vez mi imaginación simplemente se estaba desbocando otra vez. Tal vez solo quería una sirvienta. De cualquier manera, no había otra opción más que aceptar. Logré asentir con la cabeza.

Acercó su cabeza a la mía de nuevo y tomó otra larga respiración. —¿Aceptas venir conmigo voluntariamente? Quiero que lo digas.

—Acepto —susurré, incluso cuando la piel de gallina cubrió mis brazos.

Se enderezó y me dio un brusco asentimiento, dándose la vuelta y llamando por encima de su hombro. —*Vaes!*

Dudé, hasta que me miró de nuevo, hablando en el lenguaje universal otra vez. —Ven.

Mis piernas temblaban mientras lo seguía, pasando junto a mi hermana, cuyos ojos estaban desorbitados.

—¿Qué está pasando? ¿Adónde te la llevas?

Me detuve frente a ella. —Está bien. Si voy con él, dejará que el resto de ustedes se vaya.

—¿Ir con él? —Su mirada se dirigió al enorme asaltante, y luchó contra los dos que la sujetaban—. De ninguna manera. No puedes llevártela. No te lo permitiré. Ella no tiene nada que ver con esto. Yo soy la capitana. Es mi culpa.

El que llamaban Raas se aclaró la garganta, aunque no dejó de caminar fuera del puente. —Deberías venir antes de que cambie de opinión, Astrid.

Abracé a Tara aunque sus brazos estaban siendo sujetados a sus costados, y le di un rápido abrazo. —Lo siento por todo.

—No hagas esto —suplicó cuando me alejé—. No tienes que hacer esto.

Le di una pequeña sonrisa, parpadeando con fuerza para contener las lágrimas que me picaban en los párpados. —Sí, tengo que hacerlo.

Me di la vuelta, escuchándola luchar pero obligándome a seguir al enorme alienígena fuera del puente sin darme la vuelta para echar un último vistazo a mi hermana. Sabía que si lo hacía, empezaría a llorar, y lo último que quería era que el último recuerdo que mi

hermana tuviera de mí fuera verme sollozando como una bebé. Tampoco miré ninguna de las miradas de los otros miembros de la tripulación. No quería ver la lástima que sabía que estaría grabada en sus rostros. O tal vez sería alivio.

Tuve que prácticamente correr para mantener el ritmo de las largas zancadas del líder, especialmente cuando el resto de los vandar se acercaron por detrás, caminando tan rápido como el que llamaban Raas. No se oía más que el retumbar de sus botas, como un ritmo implacable mientras nos movíamos por la nave. Caminábamos demasiado rápido para que pudiera pensar en mucho más, e incluso mi propio dolor quedó a un lado por mi intento de mantener el paso con ellos. Me detuve una vez que llegamos a la bahía del hangar y su lanzadera negra como el azabache, tragando con fuerza mientras miraba la nave que me llevaría lejos.

Como si sintiera mi miedo, Raas se volvió y me tomó del brazo, empujándome hacia adelante y por la rampa antes de que pudiera pensar en alejarme de él. No había asientos en la nave excepto el del piloto, así que fui empujada hacia el frente mientras los guerreros vandar se aferraban a una barra de hierro sobre sus cabezas demasiado alta para que yo la alcanzara. Sus cuerpos se presionaron, y no podía ver nada más que a ellos rodeándome.

Los motores de la nave rugieron a la vida y se lanzó hacia adelante, Raas envolviéndome con un brazo para sujetarme contra él para que no cayera, su cola enroscándose alrededor de mis piernas. Fue solo cuando estuve envuelta entre su grueso brazo y la firme pared de su cuerpo —su calor pulsando en mí y haciendo que mi propia piel se sonrojara— que la realidad de mi nueva vida me golpeó.

Había hecho un trato con un asaltante Vandar. Un Raas, nada menos. Uno que tenía control absoluto sobre una horda de naves asesinas y ahora sobre mí. Pasaría el resto de mi vida —lo que quedara de ella— en una nave de guerra alienígena y nunca volvería a ver a mi hermana. Las lágrimas rodaban calientes por mi rostro, la salinidad se filtraba entre mis labios.

¿Qué había hecho?

CAPÍTULO

CUATRO

Kratos

—Activen el escudo de invisibilidad y prepárense para reanudar el curso —ordené mientras aterrizábamos dentro de nuestra nave de guerra.

Bron apagó la lanzadera. —Sí, Raas.

Ignoré las miradas mientras guiaba a la humana por la rampa, flanqueado por el resto del grupo de abordaje. Ninguno de los guerreros había dicho una palabra sobre mi decisión de llevar a la hembra, ni siquiera Bron o Corvak, pero sabía que estaban desconcertados por mi comportamiento.

No había hembras en las naves de asalto Vandar. Solo jóvenes guerreros sin compañeras ni familias que los distrajeran. Nuestras necesidades femeninas se satisfacían con visitas a los planetas hedonistas más allá del Imperio Zagrath, lugares donde las hembras eran generosas con sus afectos a cambio de monedas. Nuestras naves eran para la batalla y nada más. Entonces, ¿por qué había violado esta tradición y traído a la hembra?

No era como si no hubiera sido responsable de la muerte de hembras antes. Por mucho que intentáramos limitar nuestro castigo a los militares Zagrath, siempre había daños colaterales. Y en una guerra que se había extendido por generaciones y no mostraba signos de cesar, habría mucho más por venir.

—¿Desea que inutilicemos más el carguero? —preguntó Corvak, con los ojos desviados hacia abajo, el único reconocimiento de la hembra a mi lado.

Sacudí la cabeza rápidamente. —Déjenlo. No son una amenaza. No serían tan tontos como para entrar de nuevo en territorio Vandar, y aunque lo hicieran, no podrían rastrearnos.

La hembra, Astrid, se estremeció ligeramente, pero solo yo lo sentí. Bajé la mirada hacia su cabello claro, luchando contra el impulso de acariciarlo. Solo yo sabía que no habría matado a la capitana. Había querido probar su coraje frente a la muerte y ver qué haría su desorganizada tripulación.

Había querido determinar qué tan leal era a los Zagrath. En cambio, esta pequeña hembra se había arrojado a mi merced, y algo de su sacrificio me había conmovido.

De todos los presentes en la cubierta de mando del triste carguero, ella había sido la última que hubiera sospechado de tal valentía. Aunque suponía que la capitana de cabello ardiente era su hermana, esta hembra menuda claramente no era una luchadora. Sin embargo, había ofrecido su propia vida y no había retrocedido. Había una fuerza detrás del miedo. Lo que más me había sorprendido era mi propio deseo de ver más de eso. Me había sentido atraído por ella y el destello de determinación detrás de sus ojos verdes. Las dulces curvas que había detectado bajo su ropa tampoco habían perjudicado. Ni el hecho de que su aroma hiciera que mi polla se endureciera y mi corazón se acelerara.

Había pasado mucho tiempo desde que había sentido la emoción que experimenté cuando hice el trato con ella. Mi pulso se había acelerado y la sangre había corrido caliente por mis venas, como si estuviera en una cacería. Incluso ahora, mi cuerpo zumbaba por su cercanía mientras caminaba a mi lado por la cubierta de vuelo, sus pasos haciendo rápidos golpeteos en el suelo de acero. Mirando alrededor, vi que muchos de los otros guerreros también le lanzaban miradas furtivas, sus ojos recorriendo las curvas cubiertas ajustadamente por su ropa. La furia se encendió dentro de mí, y mi mano fue instintivamente hacia mi hacha antes de recordar que los

guerreros eran los míos, y no podía culparlos por estar intrigados por la criatura.

Tvek. Pronuncié la maldición en mi cabeza. ¿En qué estaba pensando al traer una prisionera de guerra a bordo de mi nave? Ella tenía razón. Los Vandar no tomaban prisioneros. Solo los Zagrath esclavizaban. No teníamos calabozo. Cometer una ofensa que mereciera encarcelamiento significaba ser arrojado por una escotilla.

Solté un suspiro. Mi decisión había sido impulsiva y tonta, algo que habría esperado de uno de mis hermanos menores. No las acciones de un Raas experimentado.

Ella tropezó ligeramente, y la agarré del codo para evitar que cayera. Cuando se atrevió a mirarme, sus ojos estaban enrojecidos y había rastros de lágrimas en sus mejillas. Mi estómago se retorció. No estaba acostumbrado a las lágrimas. Apreté los labios y miré hacia otro lado. Otra razón por la que traerla había sido un error.

Cuando llegamos a la primera escalera metálica que se extendía, Bron me miró a mí y luego a ella. —¿Debería llevarla a... sus aposentos por usted, Raas?

Ella tembló a mi lado mientras observaba el espacio oscuro y elevado de nuestra nave, con escaleras entrecruzándose en las sombras, muy diferente del carguero bien iluminado con sus paredes curvas y pasillos estrechos. —La llevaré yo mismo y me reuniré con ustedes en la cubierta de mando.

—Pero, Raas...

Corté a Corvak con un movimiento de mi muñeca. —Tienen sus órdenes. Espero que estemos de vuelta en curso cuando regrese a la cubierta de mando.

Mi orden fue seguida por un agudo chasquido de talones, luego el fuerte traqueteo de las escaleras cuando comenzaron a subir. Astrid se estremeció. Los sonidos resonantes del ave de guerra cavernosa debían ser un asalto para alguien acostumbrado al constante rumor de un carguero.

Apoyé una mano en la parte baja de su espalda, recordándome que era mucho más grande que ella y considerablemente más poderoso. —*Vaes*.

—Dijiste eso en mi nave. ¿Qué significa? —Su voz era suave y temblorosa, pero curiosa.

—Ven —dije, tratando de mantener mi rostro serio cuando vi la confusión cruzar el suyo—. Significa "ven conmigo".

Ella asintió, avanzando mientras la guiaba por las escaleras. —¿Hablas el idioma universal, pero aún usas el Vandar?

Gruñí. —Algunas palabras Vandar son mejores.

Otro asentimiento, y caminamos en silencio, serpenteando por el laberinto de malla abierta de la nave. Astrid ocasionalmente miraba hacia abajo al laberinto de escaleras, su agarre en el pasamanos de acero haciendo que sus nudillos palidecieran. Dejamos las escaleras y entramos en un corredor similar a una jaula y finalmente llegamos a una gran puerta ovalada.

Presioné mi mano en un panel redondo a un lado y las puertas grises se separaron en el centro, abriéndose silenciosamente para revelar mis aposentos privados.

—*Vaes* —dije de nuevo, cuando ella hizo una pausa en el umbral, sus pupilas dilatándose mientras miraba al interior.

—¿Esto es donde...? —Se mordió el labio inferior.

—Estos son mis aposentos. Aquí es donde te quedarás.

Ella tragó saliva, asintiendo y dando un paso lento hacia adentro.

Por mucho que quisiera levantarla y llevarla a mi enorme cama redonda, con su cabecera hecha de escudos y hachas de batalla soldadas juntas, no lo hice. Dejé que caminara adentro por su cuenta, sus pasos tentativos mientras su mirada recorría el espacio de lado a lado.

—¿No hay sofá? —preguntó finalmente.

Ladeé la cabeza hacia ella. —¿Sofá? No conozco esa palabra.

Sus mejillas se sonrojaron. —Como un lugar para sentarse, pero ancho y largo con cojines.

Examiné mi espacio vital con sus mesas de ébano y sillas rectas. Como la mayoría de las cosas en mi nave, el mobiliario era duro y elegante. Y como en el resto de la nave, la iluminación era tenue. —¿Necesitas uno de esos sofás?

—Pensé que quizás podría dormir en el sofá, para no tener que echarte de tu cama —Se había dado la vuelta y estaba mirando la

cama, que se extendía hacia el centro de la habitación.

Sentí una punzada de diversión e irritación. —No me echarás de mi cama, hembra. ¿No entendiste nuestro trato?

—No estaba segura... Quiero decir, pensé que tal vez...

Mi corazón empezó a acelerarse de nuevo, activando mis instintos de caza. Me acerqué rápidamente por detrás, rodeando su cintura con un brazo y atrayéndola hacia mí. Usé mi cola para rodear sus piernas para que no pudiera patearme. —No necesitas pensar tanto, Astrid —Su respiración se volvió rápida y superficial. Acaricié su mejilla con un dedo, inhalando su embriagador aroma—. Todo lo que necesitas saber es que ahora eres mía. Perteneces a un Raas de los Vandar. Tu vida estará en esta nave y conmigo. En esta cama. ¿Lo entiendes ahora?

Movió la cabeza de arriba abajo. Mientras mantenía mi mano extendida sobre su estómago, su rápido latido vibraba en mí. Justo como una presa antes de ser atrapada. Mi miembro se hinchó mientras ella se retorcía en mis brazos, recordándome lo fácil que era dominarla, y la punta de mi cola temblaba de anticipación.

Cerré los ojos e inhalé el olor de su cabello, apoyando mi barbilla en él y acurrucándola contra mi cuerpo mientras ella temblaba. Quizás entendió por primera vez que no había escapatoria. Que esto era permanente. —Dilo.

—¿Decir...?

—Di que eres mía —gruñí—. Necesito saber que lo entiendes.

Ella tomó una respiración entrecortada. —Soy tuya, Raas.

Mi propio pulso se estabilizó. —No necesitas llamarme Raas cuando estamos solos. Mi nombre es Kratos.

—Kratos —repitió, como si tratara de memorizarlo.

—Raas es mi título. Solo necesitas usarlo cuando te dirijas a mí frente a mis guerreros —Moví mi mano hacia arriba para que mi pulgar rozara la curva de su pecho.

—¿Qué significa?

—Señor de la guerra —susurré en su oído, ahuecando uno de sus pechos mientras ella se estremecía en mis brazos. Claramente pensaba que tenía la intención de follarla ahora—. Aunque no hay nada que me gustaría más que enterrar mi verga dentro de ti, me

necesitan en la cubierta de mando. No te reclamaré ahora. Puedes respirar.

Su cuerpo se relajó ligeramente, un suspiro escapó de sus labios. El sonido que hizo casi me hizo replantearme mi declaración. Tal vez tenía tiempo para una pequeña probada de la hembra. Pero antes de que pudiera moverme, la nave se sacudió violentamente hacia un lado, y ambos salimos volando por la habitación.

CAPÍTULO

CINCO

Astrid

Me zumbaban los oídos mientras unas manos fuertes me levantaban del suelo. Me dolía la pierna por el golpe contra la esquina de una mesa baja, pero en cuanto Kratos me puso de pie, supe que no estaba rota. ¿Dolorida? Definitivamente.

La nave seguía temblando, pero al menos ya no nos lanzaba por los aires. Sirenas tan profundas y sonoras como la voz del Raas resonaban en el aire y la tenue iluminación parpadeaba, sumiéndonos en la oscuridad antes de volver a encenderse.

—¿Está herida? —Kratos me sostenía por los hombros, examinando mi cuerpo con la mirada tan descaradamente como lo había hecho en la nave de mi hermana.

—Estoy bien —mentí. Me dolía el cuerpo por el golpe contra la mesa y luego contra el suelo, pero no iba a quejarme. No cuando él se había golpeado igual de fuerte y parecía imperturbable.

Su rostro se contrajo mientras miraba hacia la puerta. —Claramente estamos bajo ataque. Debo volver al puente de mando.

¿Bajo ataque? El sabor amargo de la bilis volvió a subir por mi garganta. ¿Llevaba solo diez minutos en la nave Vandar y ya estábamos bajo ataque?

Me miró fijamente, sus manos agarrando mis brazos con demasiada fuerza. —Debe quedarse aquí. ¿Lo entiende?

Por un momento, quise suplicarle que se quedara conmigo. Quería sentir sus brazos rodeándome protectoramente de nuevo, aunque no debería haber deseado que me tocara. Aparté mi extraño impulso y asentí. ¿A dónde creía que iba a escapar en una nave espacial, de todos modos?

—Entendido —cuando dudó, añadí—: Prometo no ir a ninguna parte.

—La haré cumplir esa promesa, hembra —gruñó, y salió corriendo de la habitación. Las puertas se cerraron formando un óvalo sólido de metal, con solo una leve costura que indicaba que no era una pared. Otra sacudida fuerte me hizo tropezar hacia un lado y caer a los pies de la cama. Si una cama perfectamente redonda podía tener pies.

Todo va a estar bien, me dije a mí misma. *Estás en una nave de guerra Vandar. Se sabe que son algunas de las naves más resistentes de la galaxia. Nadie habla nunca de naves Vandar siendo destruidas en el espacio. ¿Verdad?*

Sacudí la cabeza bruscamente, como si me deshiciera de los pensamientos temerosos que abarrotaban mi mente. No servía de nada tener miedo. No había absolutamente nada que yo pudiera hacer al respecto. No había nada que pudiera hacer sobre nada de esto.

Kratos tenía razón. Mi vida estaba ahora en la nave de guerra Vandar. Había sido mi decisión aceptar el trato del Raas, y tenía que aceptarlo. Todo.

Mientras la nave temblaba por lo que sospechaba era más fuego de armas, me froté las palmas sudorosas por el frente de mis pantalones oscuros. Una parte de mí había esperado que el Vandar me hubiera tomado como esclava, aunque sabía que su gente no hacía eso. A pesar de haber visto el deseo en sus ojos, una parte de mí esperaba estar equivocada. La otra parte de mí intentaba ignorarla porque sabía que era estúpido sentirme atraída por una criatura tan letal.

Kratos esperaba que durmiera con él en esta cama, y que hiciera mucho más que dormir. Intenté calmar mi respiración y evitar que el pánico me ahogara.

¿Qué pasaría cuando descubriera que nunca había estado con un hombre —o un alienígena— antes? ¿Cómo reaccionaría cuando descubriera que no era una mujer experimentada que sabía cómo darle placer, sino una virgen de veinte años, cuya experiencia sexual total consistía en algunos besos torpes y manoseos incómodos?

—¡Maldita sea! —Deseé poder maldecir tan elocuente y vívidamente como mi hermana, pero las palabras se sentían extrañas en mi lengua. Me levanté y caminé por los brillantes suelos negros, el movimiento ayudando a frenar el frenético ping-pong de pensamientos en mi cerebro. Aunque la sirena aún sonaba, comencé a tararear mientras caminaba, tapándome los oídos con los dedos para poder escuchar el sonido reconfortante.

Dado que los Vandar no tomaban prisioneros, no podía imaginar qué harían con uno que se considerara inútil. ¿Me arrojarían por una escotilla o me dejarían sola en algún puesto remoto? Ninguna opción era atractiva. Tarareé más fuerte.

Kratos no me descartaría. No después de haber roto sus propias reglas para llevarme. ¿Verdad?

—Puedes hacer esto, Astrid —me dije a mí misma. Era el mismo discurso de ánimo que me había dado tantas veces a lo largo de los años, generalmente antes de tener que hacer algo en lo que sabía que sería horrible.

Apreté los puños. Esta vez no tenía el lujo de ser mala o perder el enfoque. Si quería sobrevivir, necesitaba hacer feliz a este Vandar. Costara lo que costara.

—No tienes que amarlo —me recordé—. Ni siquiera tienes que que caerte bien. Solo tienes que acostarte con él.

Ese consejo sonaba inquietantemente parecido al consejo que mi hermana me había dado una vez sobre conservar mi virginidad. Ella pensaba que solo necesitaba hacerlo para poder pasar del mal sexo de la primera vez a lo bueno. Al menos así lo había expresado. Tara no tenía muchos complejos cuando se trataba de su sexualidad. No tenía muchos complejos, punto. A diferencia de mí. Yo era básicamente un montón de complejos unidos por grasa corporal.

Cuando llegué al final de la habitación, mi mirada fue atraída por una amplia puerta arqueada. Como la sirena había dejado de sonar,

aparté los dedos de mis oídos y entré en un espacioso baño, casi suspirando en voz alta cuando vi la bañera hundida en forma de media luna a un lado.

El carguero de mi hermana solo tenía un puñado de baños compartidos para la tripulación, con grifos rotos y presión de agua dudosa. Me había acostumbrado a las duchas frías y al cabello que nunca se sentía completamente enjuagado, pero la vista de la bañera llena de agua humeante hizo que mi corazón saltara. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que había tomado un baño de verdad.

No es que esta bañera Vandar se pareciera a alguna que hubiera visto antes. La bañera de forma inusual tenía cuatro secciones diferentes, cada una llena de agua de un color distinto, y cada una lo suficientemente grande para que una o dos personas se sentaran. El vapor se elevaba del agua roja en un extremo, y las burbujas cubrían la superficie del agua naranja a su lado. El agua verde era demasiado opaca para ver a través, pero el agua azul en el otro extremo era cristalina.

Eché un vistazo por encima del hombro hacia el arco de la puerta que daba a la habitación contigua. Kratos estaba ocupado en el puente, y no esperaba que volviera corriendo de inmediato, aunque la nave ya no se sacudía. Estaba atareado con sus deberes de señor de la guerra, y yo iba a aprovechar su ausencia.

Actuando rápidamente antes de que pudiera cambiar de opinión, me quité la ropa y la dejé en un pulcro montón sobre el mostrador de piedra negra. Volví a mirar furtivamente a mi alrededor, aliviada de que nadie pudiera verme meter un dedo del pie en el agua azul, completamente desnuda.

Casi solté un grito por el frío punzante, sacando el dedo tan rápido como lo había metido.

—¿Quién se mete en un agua tan fría?

Los Vandar Raas, obviamente, aunque supuse que remojarse en agua helada no era ni de lejos lo más duro que hacía el enorme alienígena. Me estremecí, no por el agua fría, sino por el recuerdo de sus duros músculos presionados contra mí. Y esa cosa muy dura y

muy grande que había sentido en mi trasero cuando me había abrazado en la lanzadera.

Me acerqué al agua verde, obligándome a no pensar en lo grande que era el Raas, mientras sumergía el pie con cautela en el agua turbia. No estaba helada, pero tampoco caliente. Tenía la misma temperatura que la habitación, pero el agua en sí era viscosa, y mi pie resbaló en el fondo cuando lo saqué.

Al moverme hacia el agua naranja burbujeante, me alegré de encontrarla caliente. Me senté en el borde y me dejé caer en la piscina; mis dedos de los pies tocaban el fondo cuando el agua me llegaba por encima de los pechos. Ahora que tenía la cara más cerca del agua, pude oler un aroma cálido y especiado que emanaba de las burbujas cuando rompían la superficie. No había nada femenino en el agua perfumada, pero inhalarla hizo que mis hombros se relajaran y mi mente divagara.

Los recuerdos llegaron en tropel.

Estaba en Parnisi III con Tara. Fue después de que mataran a nuestros padres, pero antes de que ella ganara el carguero. Estábamos acurrucadas alrededor de una mesa en el fondo de un bar que hacía mucho había dejado de ser "sórdido".

Señaló una corteza de pan que había quedado en un plato de los últimos ocupantes de la mesa, junto a un hueso roído.

—Come.

Lo miré, muerta de hambre pero sin querer comer el único trozo que habíamos visto en todo el día.

—Deberíamos compartirlo.

Ella negó con la cabeza.

—Tú lo necesitas más.

Sentí la suave reprimenda, pero tenía demasiada hambre para que me importara mucho. Tenía razón. Yo no me había adaptado a la privación como ella. Tara se había vuelto fibrosa y delgada en los últimos meses. Yo, milagrosamente, no había perdido mis curvas, aunque me había ido debilitando cada vez más.

Empujó la corteza hacia mí —el plato dejando un rastro de grasa sobre la mugrienta mesa de madera— y luego su mirada se posó en

un hombre bien vestido que estaba sentado solo, y su mandíbula se endureció.

—No te preocupes. Sé cómo conseguir más.

Sacudí la cabeza, obligando al recuerdo a desvanecerse. Tara siempre había hecho lo que fuera necesario para sobrevivir, para que ambas sobreviviéramos. Me impulsé sobre la barrera entre las secciones y me deslicé en el agua roja, encogiéndome ligeramente por el calor, pero agradeciendo el dolor. Aunque mi piel ardió por un momento mientras se adaptaba, dejé escapar un gemido cuando el agua me cubrió hasta la barbilla.

Pensé en el rostro de mi hermana cuando la abracé por última vez. Esperaba poder olvidar su expresión de shock y traición. Incluso prefería recordarla poniendo los ojos en blanco ante mí que el dolor en sus ojos antes de darle la espalda. No lo había entendido. ¿Cómo podría? Ella siempre había sido la que se sacrificaba. Nadie se había sacrificado nunca por ella. Hasta ese momento.

Inhalé el vapor caliente. No tenía el aroma del agua burbujeante, pero calentó mi nariz y cosquilleó a lo largo de mi garganta. Apoyando la cabeza en el borde de piedra, dejé que el agua se llevara todo el arrepentimiento y el dolor del día. El arrepentimiento de haber sido la razón por la que mi hermana casi fue ejecutada, y el dolor de perderla después de todo. Aunque estaba en una nave de guerra Vandar y ahora era propiedad de su amenazante señor de la guerra, en este momento, mi hermana estaba a salvo, y yo estaba contenta.

Tarareé mientras me mecía en el agua, las notas altas resonando en las paredes de piedra y recordándome a mi madre, que solía cantar todo el tiempo. Tara me había prohibido cantar después de que murieran nuestros padres, así que había aprendido a tararear en voz baja para mí misma. A veces, tararear era lo único que podía calmarme.

Cuando mis dedos empezaron a arrugarse, dejé de tararear y me levanté de la piscina humeante, buscando con la mirada una toalla. Nada. ¿Los Vandar se secaban al aire? Eso no parecía práctico, y de ninguna manera iba a dejar charcos por todos los suelos resbaladizos o ponerme la ropa seca estando empapada.

Miré la ducha abierta al otro extremo del baño y todos los botones planos incrustados en las paredes de piedra negra. ¿Quizás uno de ellos era para secarse?

Me acerqué y examiné los botones y las diversas boquillas en el techo y empotradas en las paredes. Ninguno estaba en un idioma que pudiera leer, los símbolos me eran completamente desconocidos.

—Bueno, allá vamos —murmuré para mí misma mientras presionaba un botón.

En lugar de secarme como esperaba, un torrente de agua brotó desde arriba. Solté un grito y traté de encontrar el botón de nuevo, pero el agua me había empapado la cabeza y me corría por los ojos. Sin embargo, era agradablemente cálida, y el fuerte flujo se sentía bien en mis hombros. Me quedé bajo ella, girando para que golpeara todas las partes de mi espalda y estirando los brazos por encima de mi cabeza, el estruendo del agua al chocar contra el suelo de piedra ahogaba cualquier otro ruido, incluso mi propio tarareo.

Finalmente encontré el botón para detener el agua, escupiendo y frotándome los ojos. Cuando los abrí, lo vi de pie en la entrada, observándome. Su rostro no revelaba nada, pero sus pupilas se habían dilatado tanto que brillaban tan negras como la piedra que me rodeaba.

CAPÍTULO

SEIS

Kratos

Escuché el torrente de agua en el momento en que entré en mis aposentos, mis ojos recorriendo la habitación sin encontrarla. Mi destello de pánico se desvaneció cuando me di cuenta de que se estaba bañando y entonces mi cuerpo hormigueó con anticipación de que la pequeña hembra se estaba preparando para mí. Hacía tiempo que no visitábamos un planeta de placer, y mi puño era un pobre sustituto de una hembra dispuesta.

Desabroché mi armadura de hombro y la dejé en un soporte junto a la puerta, junto con mis armas. No debería necesitarlas más por el momento. Aunque la nave Zagrath había llegado más rápido de lo que esperaba, no había podido seguirnos por mucho tiempo, una vez que activamos nuestro escudo de invisibilidad. El daño que habían hecho antes de que nos oscureciéramos había sido mínimo, aunque había parecido que la nave se estaba desgarrando. Nuestros escudos habían resistido, y las reparaciones del casco impactado estaban en marcha. Al igual que nosotros, hacia el extremo más lejano del sector Carborian para reabastecernos.

Me quité las botas de una patada y crucé hacia la cámara de baño, oyéndola antes de verla. La humana estaba tarareando mientras se encontraba bajo el flujo de agua, sus notas agudas rebotando en la piedra pulida y llenando el espacio. No podía recordar la última vez que había escuchado la voz de una hembra

así, y estaba tan distraído por el sonido que no me centré en su cuerpo de inmediato.

Cuando finalmente dirigí mi atención a su forma desnuda, con el agua corriendo por su pálida piel y oscureciendo su cabello claro, se me secó la boca. Era pequeña, eso ya lo sabía, pero su estatura menuda no significaba que fuera pequeña en todas partes. Ya había sentido su suavidad cuando la había sostenido antes, pero incluso cuando solo obtuve una vista lateral, todas sus curvas estaban a la vista para mí: sus senos altos y redondos y sus caderas ensanchadas, la suave curva de su vientre y su trasero lleno. Mi miembro se endureció al instante, formando una tienda en mi kilt de batalla.

Tvek. Nunca había visto una hembra en la que quisiera enterrar mi miembro tanto como en esta.

Ella tanteó en la pared, y luché contra mi instinto de entrar y cerrar el agua por ella. Pero no lo hice. Esperé, observándola mientras se quitaba las gotas de la cara y abría los ojos. Sus labios se entreabrieron ligeramente cuando me vio, y dejó de moverse, sus manos quedándose quietas junto a su rostro. Su mirada se deslizó hacia abajo, y luego sus ojos se agrandaron cuando vio mi miembro tensando mi uniforme.

Alcancé detrás de mi cintura y desabroché el cinturón. Mi kilt se aflojó y cayó al suelo con un suave golpe seco. Los Vandar no usamos nada debajo de nuestros kilts de batalla, según la tradición, y cubrimos lo menos posible de nuestra piel. Sabía que este no era un rasgo que los humanos compartieran.

—¿Qué estás...? —Dio un paso atrás y chocó contra la pared, activando una de las boquillas laterales que le disparó una fina niebla helada desde dos lados. Jadeó ante el repentino frío, su atención desviada de mí hacia las paredes y los botones que no entendía.

La alcancé en un par de zancadas largas, apagando la niebla, pero no antes de quedar cubierto yo mismo por la fina rociada. Miré hacia abajo y vi que se había envuelto los brazos sobre el pecho y los frotaba enérgicamente. Alcancé su cadera para atraerla hacia mí,

pero se encogió ante el contacto, su rostro registrando dolor en lugar de miedo.

Mirando su piel, vi que su cadera lucía un furioso moretón. —Estás herida.

—Creo que es de cuando golpeé la mesa antes. Cuando caímos. —Su voz temblaba mientras miraba fijamente mi pecho—. No lo noté hasta que tú...

Me maldije y dejé caer mi mano, pensando en lo grande y áspera que se veía junto a su suave piel. Piel que ahora estaba moteada de morado y rojo.

—Está bien —dijo ella, su voz temblando un poco menos—. Me hago moretones fácilmente, y soy totalmente torpe. Siempre me estoy cayendo o chocando con cosas. Se irá en unos días.

Fruncí el ceño y me aparté de ella. No parecía que fuera a desaparecer rápidamente. Parecía doloroso y sensible, como si la sangre se estuviera acumulando bajo la superficie. Por supuesto, yo había tenido mucho peor, pero también nunca había tenido una piel tan suave o sin marcas. Por lo que podía ver, ella no tenía cicatrices ni marcas de combate. Solo el daño que había sufrido cuando había llegado a mi nave.

Esto fue un error. Por esto no tenemos hembras en naves de guerra. No había escuchado la voz de mi padre en un tiempo, pero había sido mi compañera constante durante muchos años estelares. Emití un gruñido bajo, como si le advirtiera que se mantuviera alejado. Ya no necesitaba que me dijera qué hacer. Él se había ido, y yo era Raas.

Giré sobre mis talones y salí de la cámara de baño, deseando que la voz de mi padre me dejara. No necesitaba que me dijera que no debía mostrarle amabilidad. Sabía lo que habría dicho sobre perdonarle la vida y traerla a bordo. Habría pensado que era débil. Según él, un Vandar Raas no debe mostrar piedad, y ciertamente no a una humana que se había atrevido a violar la ley Vandar. Él no había mostrado piedad cuando me entrenó, y yo tenía los huesos reparados para probarlo.

—No estás aquí —susurré al aire mientras cruzaba desnudo hacia la puerta y presionaba el panel de comunicación a su lado, ladrando

órdenes a mi primer oficial.

Pero mi padre había conseguido su deseo. Yo era despiadado. Al menos eso era lo que se decía de mí. No perdonaba vidas ni dudaba en impartir castigos. Hasta ahora.

—¡Vaes! —vociferé, girándome hacia la cámara de baño.

Ella apareció en el arco, sus brazos aún cubriendo sus senos mientras goteaba agua en charcos alrededor de sus pies y su paquete de ropa sucia metido bajo un brazo.

Caminé hacia un armario alto y abrí un cajón, sacando dos trozos de tela de color beige, fuertemente tejida, enrollando uno alrededor de mi cintura y llevando el otro hacia ella.

—Deja eso. —Señalé su ropa—. No te servirá de nada aquí.

Ella palideció y no los soltó.

Suavicé mi voz áspera. —Las hembras Vandar no usan esas cubiertas de piernas tan ajustadas.

Ella levantó la cabeza para encontrarse con mis ojos. —No soy una hembra Vandar.

La irritación se encendió dentro de mí y mi cola se agitó de lado a lado. No estaba acostumbrado a que me contradijeran. —Aun así eres mía, y no deseo que ningún otro macho vea tu forma. —Mi corazón latía con fuerza mientras dejaba caer mi mirada más abajo —. Es solo para mis ojos. —Levanté la cabeza de golpe y endurecí mi voz—. ¿Entiendes?

Ella asintió y dejó caer la ropa al suelo. Envolví la tela a su alrededor, mis dedos rozando su piel y zumbando por el contacto. Cuando la tela llegó desde debajo de sus brazos hasta sus tobillos, enrollé la parte superior varias veces hasta que se sostuvo.

Ella miró hacia abajo la columna de tela. —¿Quieres que use esto?

Apreté los labios para evitar sonreír. —No. Esto es para secarte. Haré que te traigan ropa.

Antes de que pudiera preguntar más, la tomé en mis brazos y la llevé a la cama. Ella no hizo ruido, pero su cuerpo se tensó.

—No te preocupes —la acosté en un lado de la cama que la empequeñecía, y me enderecé—. No tengo intención de reclamarte esta noche.

Aunque las arrugas de su frente se suavizaron, inclinó la cabeza hacia mí.

—Pero pensé que...

Asentí hacia su cadera.

—Estás herida. No soy tan bruto como para causarte más dolor —me incliné y dejé que mis labios rozaran su oreja—. Porque cuando te tome, no prometo que podré ir despacio o ser gentil.

Sentí la rápida inhalación seguida de un cálido soplo de aire en mi cuello. Fue suficiente para hacerme querer arrancarle la ropa y enterrar mi verga en ella, sin importar su lesión. Cerré los ojos e inhalé su aroma mientras mi miembro se hinchaba de nuevo, obligándome a controlar mis impulsos y desterrando la voz que me recordaba que necesitaba tomar antes de que me lo arrebataran.

Entonces escuché los golpes en la puerta.

CAPÍTULO

SIETE

Astrid

Intenté no gemir cuando se inclinó tan cerca de mí que los duros planos de su pecho rozaron mi piel. Aunque había dicho que no me reclamaría porque estaba herida, no le creía. No cuando estaba tan cerca de mí y tan duro por todas partes.

No podía dejar de pensar en su enorme miembro —alzándose grueso y largo de su cuerpo con las mismas líneas oscuras y onduladas que marcaban su pecho— e imaginar cómo se sentiría algo tan grande en mi primera vez. Un bautismo de fuego, lo habría llamado mi hermana. No es que a ella le hubiera aterrorizado. Nada la asustaba, a diferencia de mí.

Kratos no parecía tener vergüenza de estar desnudo frente a mí. Incluso si hubiera mirado directamente su miembro, dudo que le hubiera importado. Aun así, mirarlo mientras cruzaba el baño había hecho que mi pulso se acelerara y mis piernas se volvieran gelatina, así que mantuve la mirada en cualquier otro lugar.

Cuando alguien comenzó a golpear fuertemente la puerta, él se enderezó de golpe, y yo me permití una larga exhalación.

—¡*Vaes*! —Su voz retumbó en las superficies duras de la habitación.

Me apoyé sobre mis codos. La puerta se deslizó y un guerrero Vandar entró, juntando sus talones cuando vio al Raas de pie junto a la cama.

—¿Es ella? —preguntó, aunque la pregunta parecía innecesaria, y no esperó una respuesta para avanzar, moviendo la bolsa de cuero que colgaba de su hombro para que quedara frente a él.

Kratos tiró de la tela que me cubría, exponiendo una pierna, y le di un manotazo sin pensar. Ambos machos Vandar dejaron de moverse, y el aire en la habitación pareció detenerse.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, poniendo mi mano sobre la que Kratos aún aferraba a la tela que me cubría.

Él respiró hondo, sus ojos oscuros chispeando mientras sostenía mi mirada. —Permitiendo que el sanador vea tu lesión. —Su voz era baja, pero rebosaba de impaciencia—. ¿Prefieres arriesgarte a tener una hemorragia interna?

Quería decirle que dudaba seriamente tener una hemorragia interna, pero mi pierna sí dolía, y el color del moretón había cambiado rápidamente de rojo a azul y a un morado profundo.

—Puedo hacerlo yo —dije, moviendo la tela para revelar mi moretón, pero no *todo* de la cintura para abajo.

Kratos gruñó pero soltó su agarre. —Ustedes los humanos tienen miedo de mostrar su piel.

—Tú eres el que no quiere que use pantalones porque son demasiado ajustados —le respondí bruscamente—. ¿Qué pasó con no querer que ningún otro macho me viera?

Un suspiro exasperado. —Vaaton no es cualquier otro macho. Es nuestro sanador. Ahora, ¿quieres que se ocupe de tu lesión?

Lancé una mirada furtiva al Vandar que no se había movido desde que comenzamos nuestro intercambio. Sus ojos se movían entre nosotros, y no parecía saber qué hacer. Aunque llevaba la misma falda de cuero que el resto de los guerreros, su expresión era menos feroz, y tenía menos cicatrices en la piel expuesta. Incluso su cola no se agitaba de un lado a otro como la de los otros Vandar.

Solté mi propio suspiro impaciente. —Está bien.

Kratos retrocedió e hizo un gesto al sanador para que se acercara. —Se golpeó en la esquina de la mesa cuando nuestra nave fue impactada.

El Vandar al que había llamado Vaaton se arrodilló junto a la cama, entrecerrando los ojos ante el moretón que se oscurecía cada

vez más. Colocó sus dedos sobre él, y me mordí el labio inferior por el dolor agudo. Hizo un ruido en el fondo de su garganta antes de sacar un pequeño dispositivo metálico de su bolsa y pasarlo sobre mi piel moteada. Estudió el dispositivo por un momento, luego asintió bruscamente, como para sí mismo. —Un moretón profundo con algo de sangrado, pero nada roto. Le daré una inyección para acelerar la curación y ayudar con el dolor.

—¿Una inyección? —Me incorporé más. Odiaba las agujas.

El sanador me ignoró mientras devolvía el dispositivo a su bolsa y sacaba una caja plana de acero. La colocó junto a mí en la cama, abriéndola para revelar una larga jeringa.

Una ola de náuseas me hizo caer de nuevo en la cama y respirar profundamente. —¿Cómo es que tienen tecnología que puede hacer desaparecer naves y escáneres que pueden ver si un hueso está roto o no, pero siguen usando agujas como esa? ¿Realmente son los sádicos que todos dicen que son? ¿Es eso? —Abrí los ojos y vi a Kratos de pie con los brazos cruzados sobre el pecho, claramente despreocupado por mi arrebato—. Les encanta infligir dolor, así que vuelan naves y ejecutan a personas inocentes y... —Un agudo pinchazo en mi cadera me hizo gritar y mirar hacia abajo a Vaaton, quien estaba guardando tranquilamente la jeringa—. ¡...usan condenadas agujas enormes!

Kratos parpadeó hacia mí. —¿Condenadas?

Lo ignoré. Los Vandar probablemente tenían todo tipo de palabrotas sucias, y sin duda las usaba todo el tiempo, otra razón por la que Tara habría sido una mejor elección para él.

El sanador se puso de pie y se enfrentó a Kratos. —Estará bien. Agregué un sedante a la inyección, así que podrá descansar un poco. —Hizo una pausa y le dio al Raas una mirada significativa—. Y usted también.

—¿Sedante? —Me incorporé de nuevo sobre mis codos. Quería estar indignada porque el alienígena me había drogado, pero ya me estaba relajando, un olvido tentador no muy lejos de mi alcance.

Enfocándome en el Raas, vi que la tela que había envuelto alrededor de su cintura se había deslizado hacia abajo, exponiendo los profundos cortes en V a ambos lados de su estómago marcado.

Un pulso de calor latió entre mis piernas, y dejé escapar un suspiro entrecortado.

Ambos alienígenas giraron sus cabezas hacia mí.

—Quizás me equivoqué, Raas —dijo el sanador, levantando una ceja.

Podría jurar que vi la comisura de la boca de Kratos temblar, pero solo asintió una vez antes de que el Vandar saliera de la habitación.

Parpadeé pesadamente mientras me dejaba hundir en la cama. —Esto no es justo. No quiero...

Su postura se relajó una vez que la puerta se cerró, y solo quedamos nosotros dos. Se sentó a mi lado, tirando de la tela de vuelta sobre mi pierna. —Te he dicho que no te tocaré antes de que sanes.

—¿Entonces es una promesa? —Mis palabras estaban arrastradas, y él aparecía borroso en los bordes. Extendí una mano y agarré algo suave. Eso se sentía bien. Lo acaricié entre mis dedos hasta que escuché al incursor hacer un ruido ahogado.

Miré hacia abajo. Maldición. Estaba sosteniendo la punta de su cola, que aunque mojada, era como seda hilada. Su expresión estaba tensa, pero se mantenía erguido como una vara. Solté su cola inmediatamente, el calor subiendo a mis mejillas.

Su mandíbula se relajó, pero una vena aún palpitaba en el costado de su cuello. —Eres mía para hacer lo que me plazca, humana. Te entregaste a mí. No te debo una promesa. —Su voz sonó ronca antes de suavizarse—. Pero te daré una, de todos modos. Un Raas no rompe su palabra.

—Raas Kratos —murmuré, tarareando para mí misma. ¿Por qué me gustaba tanto el sonido de su nombre? ¿Por qué me resultaba reconfortante repetirlo para mí como un mantra? Todo en el alienígena debería haberme aterrorizado, pero en su lugar me sentía atraída hacia él.

Me estudió, con las cejas fruncidas. —Sí, soy Raas. Y tú eres mía.

—¿Soy tu qué? —Mis ojos estaban pesados mientras luchaba por mantenerme despierta, pero las lágrimas me escocían en los párpados—. ¿Tu premio de guerra? ¿Tu puta?

—No. —Su voz fue cortante.

Moví la cabeza arriba y abajo con lentitud. —Supongo que una virgen no puede ser realmente una puta, de todos modos.

Incluso a través de la neblina de la sedación, pude ver el cambio en su rostro mientras procesaba la palabra, apretando la mandíbula.

Mi barbilla tembló, aunque no sabía por qué de repente estaba al borde de las lágrimas otra vez. ¿Por qué me importaba tanto si lo decepcionaba? —Supongo que no soy lo que esperabas, ¿eh?

Mis ojos se cerraron, pero aún podía oírlo.

—No, no lo eres, Raisa.

—Astrid —susurré—. Mi nombre es Astrid.

Acarició algo por mi mejilla, y sospeché que era la punta aterciopelada de su cola. —Cuando despiertes, Raisa, descubriremos por qué me atraes como un *carvoth* a la llama, ¿verdad?

Deseaba desesperadamente permanecer despierta, preguntar qué significaba *raisa* y escuchar más de los pensamientos de este señor de la guerra cuando creía que nadie lo escuchaba. Pero el sedante Vandar actuó rápidamente, y pronto me alejé de su suave caricia y caí en un sueño profundo, siendo mi propio tarareo el último sonido que escuché.

CAPÍTULO

OCHO

Kratos

Todas las miradas se volvieron hacia mí cuando entré en el puente de mando, los talones resonaron, y luego mis guerreros volvieron a sus tareas. Todos excepto Corvak, quien se acercó para pararse a mi lado y mirar la amplia vista del espacio que se extendía por el frente del puente de mando.

Nos quedamos de pie juntos en silencio mientras las consolas zumbaban y nuestros sensores emitían pitidos bajos. Nuestra velocidad era constante, y el suelo vibraba por el ronco rugido de los motores. Me alegraba estar de vuelta en mi puente de mando donde los sonidos y olores eran familiares, y lejos de la suave y dulce hembra que tanto me confundía.

Cuando acarició mi cola, pensé que perdería el control, pero me recordé a mí mismo que ella no sabía que la punta de las colas de los Vandar era tan sensible. Si hubiera sabido que acariciar mi cola era casi tan excitante como acariciar mi miembro, no lo habría hecho. Lo sabía, pero era difícil recordar cuánto desconocía ella sobre mi especie. Iba a ser muy difícil mantener mi promesa, y me pregunté —no por primera vez— por qué se la había hecho en primer lugar.

Aunque no me miraba, la desaprobación de Corvak emanaba de él en oleadas. De todos, sería mi jefe de batalla quien se sentiría

más amenazado por mis acciones. Y siempre había sabido que Corvak era una bestia que atacaba cuando se sentía amenazada.

—¿Ningún rastro de los Zagrath persiguiéndonos? —pregunté antes de que él pudiera hablar.

—Ninguno, Raas —aclaró su garganta—. No vendrían en absoluto, si hubiéramos destruido ese carguero.

Sabía que tenía razón, pero no me gustaba el recordatorio de mi debilidad. Aunque éramos parientes, yo seguía siendo su Raas. Giré mi mirada hacia él, observando cómo un músculo se contraía en un lado de su rostro. —¿Cuestionas mi juicio?

—Nunca antes, Raas.

El calor amenazó con inundar mi rostro. *Nunca antes*.

—¿Pero ahora desafías a tu Raas? —Escuché la furia bajo mis palabras cuidadosamente moduladas, y vi cómo su mandíbula caía ligeramente. Sabía que había ido demasiado lejos.

Corvak se volvió para enfrentarme mientras los cuerpos se movían a nuestro alrededor y las cabezas se giraban con interés. —Sabes que nunca te desafiaría. He servido bajo tu mando desde que comandas esta horda.

Junté mis manos detrás de mi espalda, consciente de que mis guerreros estaban observando y escuchando cada palabra. —¿Tal vez crees que ahora sabes más? ¿Tal vez piensas que soy débil?

—Nunca —el rostro cicatrizado de Corvak era sincero mientras sostenía mi mirada—. Has matado a más Zagrath que cualquier Raas antes que tú, excepto por...

—Mi padre —terminé por él, apartando la mirada—. Pero he derramado suficiente sangre enemiga para que no dudes de mis razones, Corvak. Si perdoné a ese carguero sin valor, tuve mis motivos. Unos que no necesito compartir con nadie, ni siquiera con mi jefe de batalla.

—Sí, Raas —el calor se había desvanecido de su voz—. No sabía que perdonar a los humanos era parte de tu estrategia.

—A veces es importante confundir a nuestro enemigo —sabía que nuestro enemigo no era el único al que había desconcertado con mis acciones, pero no estaba de humor para explicarme ante mi

tripulación. No cuando yo mismo no entendía completamente por qué hacía lo que hacía.

—Por supuesto, Raas.

—¿Anticipas más encuentros en nuestro camino hacia el sector Carboriano? —pregunté, cortando la discusión sobre los eventos anteriores.

—Los sensores de largo alcance no muestran naves enemigas ni puestos avanzados en nuestro camino.

—Bien —cambié mi peso—. Ya es hora de que repongamos nuestras raciones y reservas de combustible.

Corvak se aclaró la garganta. —Me gustaría solicitar una parada en Jaldon.

Mi pulso se aceleró, luego se detuvo bruscamente. Jaldon. Uno de los planetas de placer que recibía a los asaltantes Vandar con los brazos abiertos... y mucho más.

Inmediatamente sentí un cambio en la energía del puente de mando. Esto ya se había discutido antes de que mi jefe de batalla lo planteara conmigo. No era sorprendente. A menudo nos deteníamos en Jaldon cuando hacíamos una carrera de suministros. Yo solía participar tan ansiosamente como cualquiera de mis guerreros, disfrutando de las bebidas fuertes y las hembras fáciles.

Pero ahora, dudé. ¿Quería dejar a mi nueva hembra para darme placer con una prostituta? Por otro lado, aún no había probado a mi hembra, y le había dado mi palabra de que no lo haría hasta que estuviera curada. Quizás necesitaba liberar tensión tanto como el resto de mis hombres.

—¿Raas? —insistió Corvak.

—Una parada en Jaldon es bien merecida —dije, alzando la voz para que todos en el puente de mando pudieran oír—. Está hecho.

Un bajo rumor de placer pasó por mis guerreros cuando pronuncié la frase Vandar que significaba que había tomado una decisión final, y me permití una pequeña sonrisa. *Era* bien merecido. Habíamos estado en nuestra actual incursión de asalto durante demasiado tiempo —interceptando transportes e invadiendo puestos avanzados Zagrath— y ya era hora de que disfrutáramos de los botines de guerra.

—Gracias, Raas —Corvak hizo sonar sus talones con un chasquido antes de volver a su consola de pie.

Di un último vistazo al puente de mando, satisfecho de que volábamos escondidos de manera segura de nuestro enemigo, y mis ojos se demoraron en la pantalla de visualización que mostraba la oscura extensión, con puntos de luz parpadeando. Por mucho que estuviera acostumbrado a la vida en el espacio, me alegraría poner nuestra nave en tierra firme y tener tierra bajo mis pies y luz solar en mi espalda. Sentí una punzada por las amplias llanuras del mundo natal que nunca había visto, preguntándome cómo sería liderar una horda de guerreros tronando a través de la tierra en lugar del frío cielo.

Sacudí la cabeza y salí del puente de mando, dándome cuenta de que Bron estaba detrás de mí solo cuando llegué a la primera escalera de hierro. Me giré para enfrentarlo.

—¿Cómo está ella? Oí que llamaste al sanador.

—Magullada en el ataque —dije—. Nada que Vaaton no pudiera arreglar.

Asintió, pero su mirada bajó.

—¿Qué pasa, *majak*? ¿Vienes a cuestionar mi juicio también?

Su mirada se alzó bruscamente hacia la mía. —Nunca. Mi única preocupación es por usted, Raas.

—¿Por mí? —Casi me reí—. ¿Crees que la pequeña hembra es un peligro para mí? Tal vez no la viste bien.

Inclinó su cabeza hacia mí, sin sonreír. —Vi bien cómo *usted* la miraba.

Mi garganta se tensó. Bron siempre había sido capaz de ver en mí lo que otros no podían. Por eso era mi *majak*, mi consejero y guerrero más confiable. —¿Crees que la forma en que... Crees que ella me hará débil?

—Hay una razón por la que no traemos hembras a nuestras naves de guerra —dijo, sin responder a mi pregunta—. Son una distracción.

—Tal vez necesite una distracción —escupí las palabras—. Tal vez he estado matando y persiguiendo durante tanto tiempo que

necesito algo que llene mi mente aparte de los recuerdos de gritos de guerra y el olor a sangre.

—¿Ella hará esto por ti?

No sabía qué haría la humana, pero sabía que había visto algo en ella que me atraía y me hacía querer saber más. Quizás solo fuera una distracción, pero era una distracción deseable. Y sabía todas las cosas que deseaba hacerle. —Al menos llenará mi cama.

Bron me miró fijamente. —Si eso es todo lo que hará, Raas.

Contuve mi ira al sentirla arder dentro de mí. Sabía que Bron no estaba desafiando mi autoridad como Raas, ni cuestionando mi juicio. Era por eso que había bajado del puente de mando conmigo y por qué mantenía su voz baja. No podía enojarme con mi *majak* por su preocupación. Habíamos luchado demasiado tiempo lado a lado.

—Sabes que eso es todo lo que puede hacer. —Mis ojos se dirigieron a las marcas en su pecho y luego a las mías: nuestras marcas de apareamiento. Solo cuando encontrara a mi verdadera pareja, las marcas se expandirían por mis brazos y hasta mi estómago y aparecerían también en la piel de la hembra. Nunca había sucedido con una hembra que no fuera Vandar antes.

Exhaló, su alivio era evidente. Aunque estaba aliviado, el recordatorio de que ella solo sería una distracción me hizo sentir un nudo en el estómago. Pero lo había sabido cuando la tomé, y no me había importado.

Le di una palmada en el hombro. —Me uniré a ti en Jaldon, y verás cómo la hembra no tiene ninguna influencia sobre mí.

Sus cejas oscuras se arquearon. —Sí, Raas.

CAPÍTULO
NUEVE

Astrid

Estiré los brazos por encima de mi cabeza y suspiré, sorprendida cuando mis dedos no tocaron la dura pared de acero de mi litera. Nuestro carguero no tenía espacio para camarotes privados —excepto una pequeña cabina para el capitán—, así que dormía en las literas apiladas que eran tan estrechas que no podía sentarme sin golpearme la cabeza ni extender los brazos sin tocar la pared. Al principio, el espacio reducido me producía claustrofobia y mantenía la cortina de privacidad abierta mientras dormía, pero con el tiempo me había acostumbrado.

Me di la vuelta y las sábanas sedosas se deslizaron sobre mi piel desnuda. ¿Sedosas? Eso me hizo abrir los ojos de golpe. Las sábanas de nuestra nave eran ásperas, y yo nunca dormía desnuda.

El techo alto y oscuro se cernía sobre mí, y eché la cabeza hacia atrás para ver el cabecero formado por escudos de hierro y hachas curvas soldadas entre sí. Definitivamente ya no estaba en el carguero de mi hermana.

Los aposentos del Raas estaban en silencio y eran tal como los recordaba: escasamente amueblados y tenuemente iluminados, con suelos negros y reflectantes. Una cosa que no había recordado era el fuego que crepitaba en una chimenea empotrada en la pared del fondo. No estaba encendido cuando llegué, aunque lo agradecía porque la habitación en sí estaba fría.

Me incorporé y me envolví con la suave sábana negra. ¿Cuándo me había metido bajo las sábanas y dónde estaba mi toalla? Lo último que recordaba era recibir una inyección y quedarme dormida mientras el Raas me hablaba.

Apreté los labios. No era difícil imaginar que él había sido quien me había quitado la toalla y me había metido en la cama. Supongo que tuve suerte de que eso fuera todo lo que había hecho, aunque recordaba que me había prometido no tocarme hasta que me hubiera curado. Tiré de la sábana hacia arriba y eché un vistazo a mi moretón.

—Increíble —susurré, pasando los dedos por la piel que ahora estaba rosada en lugar de hinchada y furiosamente morada. Fuera lo que fuese lo que me había dado el sanador, realmente había funcionado. Supuse que las armas sofisticadas y la tecnología de vanguardia no eran lo único que los Vandar habían desarrollado.

Giré la cabeza, observando toda la habitación y aguzando el oído para detectar sonidos distintos al crepitar del fuego. Cuando estuve segura de que estaba sola, me levanté y crucé hacia la chimenea, arrastrando la sábana conmigo.

Acerqué las manos al fuego, una a una —usando la otra para mantener la sábana envuelta a mi alrededor—, dejando que las llamas azules calentaran mis dedos. Era claramente un fuego artificial, pero las llamas danzantes aún me hipnotizaban. Tarareé para mí misma mientras las observaba, intentando pensar en cualquier cosa menos en la realidad de dónde me encontraba.

No es que supiera dónde estaba *realmente*. La nave de guerra Vandar nos había llevado quién sabe a qué distancia de donde había estado, y no tenía ni idea de cuánto tiempo había estado durmiendo. Aunque, por la pesadez en mi cabeza y el dolor en mi estómago, sospechaba que había estado inconsciente durante un buen rato.

Inhalé profundamente y olí algo sabroso que no provenía del fuego. Comida. Volví a inspeccionar la habitación, esta vez mi mirada se detuvo en unos platos y cuencos en un extremo de la larga mesa. No perdí tiempo en acercarme, levantando las tapas transparentes que cubrían la comida y la mantenían caliente. Retiré un paño de la

parte superior de un cuenco para revelar unos panecillos trenzados, cuyo aroma a levadura se elevaba en el aire.

Casi gemí en voz alta. Eso era lo que había estado oliendo: pan recién horneado. Le di un mordisco a uno de los trozos, cerrando los ojos para saborear el gusto. No había comido pan fresco desde hacía más tiempo del que podía recordar. En el carguero de mi hermana, sobrevivíamos a base de polvos de proteínas y paquetes de raciones.

Tragué y di otro bocado ansioso, luego lo acompañé con el líquido rojo rubí que llenaba una pesada copa de metal. Algún tipo de vino, pero con fuerza. Tendría que tener cuidado con eso, pensé, devolviendo la copa a la mesa.

—Estás despierta.

Su voz profunda me hizo dar un respingo, casi dejando caer la sábana mientras me giraba para enfrentarlo al entrar en la habitación. Había estado tan ocupada devorando la comida que ni siquiera había oído la puerta deslizarse al abrirse.

Asentí, volviendo a subir la tela sedosa mientras el Raas me observaba.

—Acabo de despertar —eché un vistazo al cuenco de pan—. Gracias por la comida.

Llevaba puesta de nuevo su armadura de hombros, pero había manchas de suciedad y rastros de rojo oscuro en su pecho desnudo.

—Me alegro de que hayas comido. Has estado inconsciente durante un ciclo completo.

—¿Te refieres a un día? —Me froté la frente con una mano—. ¿He estado dormida un día entero?

Se encogió de hombros, caminando hacia mí con largas zancadas.

—Si es así como los humanos lo llaman, entonces sí, has estado dormida durante un día. Es normal. La curación te hace sentir cansada —Inclinó la cabeza hacia mí cuando me alcanzó—. Estás curada, ¿no es así?

El pánico revoloteó en mi pecho, y eché la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—Está mucho mejor.

Su mirada se dirigió hacia mi pierna cubierta por la sábana negra, y me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Gruñó y giró su cuerpo hacia un lado, asintiendo con la cabeza hacia su armadura.

—Necesito que me quites esto.

Solté el aire, bajando la mirada hacia la hebilla de cuero que cruzaba su ancha espalda. Era evidente que necesitaría ambas manos para desabrocharla, así que me sujeté la sábana bajo las axilas e intenté mantener la resbaladiza tela en su lugar mientras mis dedos trabajaban en la hebilla. Su piel bronceada era más suave de lo que esperaba, y mis dedos se demoraron una vez que desabroché las correas, presionando suavemente contra su músculo, la piel aterciopelada en marcado contraste con la rigidez que había debajo.

Nunca había estado tan cerca de alguien tan enorme o tan letal. Hice una pausa cuando sentí sus ojos sobre mí, mis dedos retrocediendo como si se hubieran quemado.

—Lo siento.

—No necesitas disculparte por tocarme —dijo con voz ronca.

Volví mi atención a mi tarea, con las mejillas ardiendo. Como las correas colgaban sueltas, intenté levantar la hombrera de metal, pero era más pesada de lo que esperaba y mis brazos se alzaron rápidamente para evitar que se estrellara contra el suelo, lo que hizo que la sábana se deslizara y se acumulara alrededor de mis pies.

Me quedé completamente desnuda, sosteniendo la pesada armadura con ambas manos mientras él se daba la vuelta. Estaba demasiado aterrorizada como para soltar la hombrera por miedo a romperme el pie o el suyo. No estaba segura si mis brazos temblaban por el peso o por el miedo, pero sabía que no podría sostenerla por mucho más tiempo.

Raas Kratos no bajó la mirada de mi rostro mientras me quitaba la armadura de las manos.

—Gracias, Raisa.

Agarré apresuradamente la sábana del suelo y me la envolví mientras él se daba la vuelta y caminaba de regreso al soporte junto a la puerta, colgando su armadura con sus armas. Se quitó las

botas, se desabrochó el ancho cinturón y dejó caer su kilt al suelo. No era la primera vez que lo veía desnudo, pero sí la primera vez que tenía una buena vista de su trasero mientras caminaba hacia el baño.

Era cierto que no había visto muchos traseros desnudos, pero estaba cien por ciento segura de que nunca había visto uno tan perfecto como el suyo. Normalmente, me habría distraído con el balanceo de su cola, pero ver su miembro oscilando entre sus piernas desde atrás hizo que mi corazón se agitara en mi pecho.

Solté un suspiro para calmarme y volví a la mesa. Al menos él estaba allí dentro y yo aquí fuera. Cuanta más distancia hubiera entre el temible señor de la guerra y yo, mejor. Tomé un trago de vino, agradeciendo el fuerte golpe al tragar.

—*Vaes* —llamó, su voz reverberando en la piedra de la habitación más pequeña.

A estas alturas, ya sabía lo que significaba esa palabra vandar. Sospechaba que cualquier cosa que quisiera de mí allí dentro era mejor que lo que pasaría si desobedecía. Crucé rápidamente la habitación, deteniéndome en el arco de la puerta.

El Raas estaba sentado en el agua roja, con los brazos cruzados sobre el borde y la cabeza apoyada en ellos. Tenía los ojos cerrados y el pelo negro mojado sobre la espalda.

—Me lavarás.

Miré alrededor de la habitación buscando un paño, una esponja o algo con un mango largo. Por supuesto, no había nada.

—Con tus manos, Raisa —dijo, como si me leyera la mente.

Ahí estaba esa palabra otra vez. Quería saber qué significaba, pero temía que fuera el equivalente vandar de "criada". O peor, "cabeza hueca".

Me acerqué al borde de la piscina hundida y me arrodillé junto a él, sujetando mi sábana con una mano mientras echaba agua caliente sobre su espalda expuesta con la otra.

Después de unos momentos, abrió un ojo.

—Entra —luego añadió—: Sin la sábana.

Genial, pensé. Simplemente genial.

Esto es para lo que te apuntaste, Astrid, me recordó la voz crítica en mi cabeza. *Sabías que lo atenderías de alguna manera. Así que ponte las bragas de niña grande y métete en el maldito agua.*

—Ya voy, ya voy —susurré para mí misma, mis mejillas ardiendo cuando él abrió los ojos de nuevo y frunció el ceño. A veces realmente deseaba que mi voz interior supiera maldecir.

Me moví hacia el otro extremo de la piscina, dejando caer la sábana y deslizándome en el agua lo más rápido que pude. Su enorme cuerpo ocupaba la mayor parte del espacio, pero logré deslizarme a un lado de él. Contuve el estómago para no tocar su cuerpo y cuidadosamente salpiqué agua sobre su espalda. Las manchas marrones y rojas se disolvieron en el agua ya carmesí, y solo tuve que frotar unas pocas manchas tenaces para eliminarlas todas.

Permaneció completamente quieto en el agua mientras yo trabajaba, su respiración profunda y constante. Solo se movió cuando mis dedos rozaron una de las cicatrices en su espalda.

—¿Por qué estás tan sucio? —pregunté, mi curiosidad finalmente superando mi deseo de que no me notara—. ¿Me perdí una batalla mientras dormía?

—No gran cosa —giró la cabeza para mirarme y la apoyó de nuevo en sus brazos—. Un nuevo puesto militar Zagrath en Gurlaatia Prime.

Mis manos se detuvieron en su espalda.

—¿Lo atacaron?

—Removimos a los Zagrath de un planeta que no es suyo.

—¿Matando a un montón de soldados Zagrath? —pensé en la sangre que le había lavado y en el hecho de que no había heridas en su cuerpo.

Abrió los ojos.

—Son invasores.

—Que reclutan a un montón de gente inocente para luchar por ellos.

Levantó la cabeza, sus ojos chispeando.

—No son inocentes si luchan por el imperio.

—Los Zagrath simplemente enviarán otro grupo de soldados al puesto.

El Raas se dio la vuelta en el agua, sentándose hasta que su cuerpo desnudo rozó el mío.

—Entonces los mataremos también.

Solté un suspiro.

—¿Hasta cuándo? ¿Hasta que maten a todos en la galaxia? ¿Cuándo termina?

Me giró tan rápidamente que grité. Cubrió mi cuerpo con el suyo y me aprisionó entre él y la pared de la piscina con una gran palma extendida sobre mi vientre. Me había equivocado al pensar que estaba relajado, ya que su miembro estaba grueso y duro, presionando contra mis nalgas.

—Termina cuando yo diga que termina, Raisa —murmuró en mi oído, las palabras vibrando por mi columna—. ¿O quizás preferirías que fuera mi sangre la que se derramara? Así no tendrías que cumplir con tu parte del trato.

Negué con la cabeza sin hablar.

—Si no deseas ser mía —dijo, mordisqueando la piel de mi cuello mientras su cola se enroscaba alrededor de mí y la punta húmeda acariciaba mi sexo desnudo—, siempre podría volver a cazar esa pequeña nave de tu hermana.

Apreté los dientes, odiando que su toque hiciera que mi corazón se acelerara y mis pezones se endurecieran. Detestaba el hecho de que mi cuerpo deseara desesperadamente rendirse a él mientras la parte racional de mí quería cortarle la garganta. Separé las piernas, fijando mis ojos en la pared mientras su cola se movía entre mis muslos.

—No romperé nuestro trato.

CAPÍTULO

DIEZ

Kratos

La sangre rugía en mis oídos cuando ella abrió sus piernas para mí. El calor del agua me había dejado casi mareado, al igual que mi deseo por ella. Presionándome contra su cuerpo suave y pequeño, era todo lo que podía hacer para evitar empalarla con mi miembro por detrás mientras mi cola la acariciaba por delante.

Deslicé mi mano desde la curva de su vientre y abarqué uno de sus senos redondos, rodeando el duro pezón con mi pulgar. Ella se arqueó contra mí pero no emitió ningún sonido.

Aunque nunca había estado con una hembra humana, había oído hablar de ellas. Sabía dónde estaban sus centros de placer y qué hacer para que respondieran como yo quería. Me gustaba el sexo como prefería mis batallas: ruidoso y feroz.

Inclinándola hacia adelante por la cintura, arrastré la corona de mi miembro por sus pliegues, dudando cuando pensé en lo que había dicho mientras estaba bajo la sedación. Era virgen, lo que significaba que esto le dolería. Mirando hacia abajo a su pequeña figura empequeñecida por la mía más grande, me pregunté si sería capaz de recibirme por completo.

Dudé, luego sacudí la cabeza con fuerza. *Eres un Raas y ella es tu cautiva. Es tuya para tomarla, así que tómala.*

Mi cola se movió por la curva de su vientre hasta que la punta húmeda rodeó uno de sus pezones. Sabía que le gustaba la

sensación de mi pelaje sedoso en su piel por la forma en que su carne se erizaba, y la sensación de su piel erizada contra la punta de mi cola hizo que mi miembro palpitara. Bajando mi cabeza a su cuello, froté mi miembro de un lado a otro entre sus pliegues. Ya sabía que ella no tenía más que una estrecha franja de fino vello en la parte superior de su sexo. Lo había visto cuando la acosté, pero no esperaba que la piel de sus pliegues fuera tan aterciopelada. Mordisqueé su cuello de nuevo y apreté su pezón con más fuerza.

Esperaba que gimiera o suspirara o hiciera algún tipo de ruido, pero su mandíbula estaba apretada, y noté que sus manos agarraban el borde de la piscina con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos. Me detuve y me enderecé.

Después de un momento, ella giró la cabeza.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué no me lo dices tú? —Ya no la tocaba, y ella había cruzado un brazo sobre ambos senos, como si yo no acabara de tener mis manos por todo su cuerpo y mi miembro a punto de penetrarla.

Ella no encontró mi mirada, y sus mejillas se sonrojaron.

—No pasa nada. Pensé que querías...

—¿Follarte? —Terminé la frase por ella, viéndola encogerse ante las palabras—. Oh, sí quiero, Raisa, pero no así.

Ella miró alrededor al agua roja como la sangre.

—¿No en el baño?

Me icé fuera del agua y me paré sobre ella junto a la piscina hundida, dejando que el agua se escurriera de mí hacia el suelo de piedra. Mi miembro seguía duro y sobresaliendo de mi cuerpo. Sus ojos se dirigieron hacia él y luego se apartaron rápidamente.

—*Vaes* —dije, haciendo un gesto con una mano para que se uniera a mí.

Ella salió con vacilación, pero ignoré su duda y sus mejillas sonrojadas. Agarrando su mano, la llevé a la pared con boquillas y botones, posicionándola antes de presionar un botón cuadrado y plano. Aire caliente brotó desde abajo, haciendo que ella gritara y que las gotas de agua en nuestra piel salieran volando o se evaporaran.

Cuando ambos estuvimos secos, recogí la sábana del suelo.

—Puedes envolverte con esto.

Lo hizo, pero mantuvo la cabeza baja mientras la conducía fuera de la cámara de baño.

—Prefieres la cama —dijo mientras cruzábamos la habitación.

Solté mi agarre de su muñeca y me volví abruptamente.

—Prefiero a una hembra que reciba mi toque con agrado.

Para mi sorpresa, ella levantó la cabeza de golpe y encontró mi mirada.

—Eso no era parte del trato.

—Entonces haremos un nuevo trato —dije, sorprendiéndome con mis propias palabras. ¿Por qué me importaba tanto que esta hembra me deseara? Había estado con muchas hembras en planetas de placer que no se preocupaban en absoluto por mí. Nunca me había molestado antes. Pero esto era diferente. Ella era diferente.

Entrecerró los ojos hacia mí.

—¿Qué tipo de nuevo trato?

—Ya eres mía. —Pasé un dedo por la longitud de su cuello hasta donde sus senos se hinchaban por encima de la sábana—. Me perteneces, pero no quiero solo tu cuerpo. Te quiero toda, Raisa.

Ella parpadeó rápidamente.

—No entiendo.

Me incliné cerca de ella.

—Te tendré, pero solo cuando me lo supliques.

—Nunca te suplicaré. —Pero incluso mientras lo decía, sus pupilas se dilataron, y pude ver a través de la sábana que sus pezones eran puntos tensos.

—Ya veremos. —Crucé hacia donde había dejado caer mi kilt en el suelo, metiéndome en él y abrochando el cinturón alrededor de mi cintura. Dejé la armadura colgada en el soporte, pero enganché mi hacha de batalla en mi cinturón.

—¿Así que eso es todo? ¿Ya no tengo que hacer nada?

Traté de que el alivio en su voz no me molestara, recordándome que ella no me conocía, y que aún no me entendía a mí ni a los Vandar.

Dejé mis botas mientras caminaba hacia ella, rodeando su espalda con un brazo y atrayéndola fuertemente hacia mí. Mi cola se envolvió alrededor de su cuerpo, impidiéndole alejarse de mí.

—No dije eso. Dije que no te follaría hasta que me lo pidieras. No dije todas las cosas que planeo hacerte para que me supliques por mi miembro. Y créeme, pequeña humana, me suplicarás que te folle.

Sus labios carnosos se separaron, y ella inhaló bruscamente. La visión de esos labios curvados me hizo pensar en la plenitud de sus nalgas y los suaves pliegues que había estado acariciando. Podría querer que viniera a mí voluntariamente, pero no estaba por encima de robar un beso a una hembra que me pertenecía.

Enredando mi mano libre en su cabello, incliné su cabeza hacia atrás y aplasté mi boca contra la suya. Ella luchó en mis brazos por un momento antes de gemir y levantar sus brazos hacia mis hombros. El fuego se encendió en mi núcleo y mi miembro dolía, mientras separaba sus labios con mi lengua, tomando posesión de su boca mientras la besaba tan profundamente que no estaba seguro de dónde terminaba yo y dónde comenzaba ella.

Sin romper el beso, levanté sus pies del suelo y la llevé de vuelta a la cama, cayendo sobre ella con ella debajo de mí. La sábana se deslizó entre nosotros mientras nuestros cuerpos se retorcían, y ella estaba desnuda debajo de mí, haciendo suaves sonidos mientras su lengua se arremolinaba con la mía.

Me aparté, jadeando mientras la miraba.

—Dímelo, Raisa.

El deseo en sus ojos era claro, pero ella solo respiraba entrecortadamente mientras me miraba.

—Dime que quieres que te folle —dije con voz insistente.

Su cuerpo se agitaba bajo el mío y había enganchado una pierna alrededor de mi cintura, pero aun así no hablaba. El deseo en sus ojos se había desvanecido y solo quedaba miedo.

Me aparté bruscamente de ella, presionando mi dura verga con una mano mientras me daba la vuelta y salía furioso de la habitación, sin dirigir una mirada atrás a la hembra desnuda en mi cama. La hembra desnuda que había traído a bordo como mi

prisionera con el propósito expreso de calentar mi cama y chuparme la polla.

—*Tvek* —gruñí mientras avanzaba pesadamente por el pasillo con los pies descalzos. ¿Qué estaba haciendo al hacerle promesas y tratos? Ella era mía para hacer lo que me plazca. Yo era un Raas de los Vandar. Tomábamos lo que queríamos, matábamos a quien queríamos y nos follábamos a cualquier hembra que deseáramos. No dejábamos que las hembras tuvieran poder sobre nosotros. Especialmente no las humanas que deberían haber sido ejecutadas.

¿Por qué me importaba tanto que esta hembra me deseara? ¿Por qué necesitaba que su deseo fuera real? ¿Qué tenía ella que me hacía necesitar poseer su alma además de su cuerpo?

Pasé junto a un par de guerreros que juntaron los talones cuando me vieron. Gruñí en reconocimiento pero no aminoré el paso. Necesitaba liberación y necesitaba consejo, y solo había un lugar donde podía obtener ambos.

Bajé por una larga escalera hasta llegar a la jaula de hierro. Presioné mis manos contra el frío metal de los barrotes antes de tocar el panel de comunicación a un lado de la puerta con bisagras.

—Bron —se identificó mi *majak* cuando respondió.

—Soy Kratos —le dije—. Encuéntrame en el ring de batalla.

CAPÍTULO

ONCE

Kratos

Me lancé hacia adelante, blandiendo mi hacha bastarda en un amplio arco que cortó el aire junto al hombro de mi *majak*. Bron giró y descargó su propia hacha de entrenamiento con fuerza, chocando contra el acero de la mía mientras la levantaba para bloquear su ataque.

—Me alegro de que no practiquemos con hojas reales hoy, Raas —hizo una mueca mientras manteníamos nuestras armas trabadas una contra la otra—. Podría irme con una oreja menos.

Di un paso atrás y dejé que mi hacha oscilara a mi lado mientras aspiraba una bocanada de aire, caliente en mis pulmones. Llevábamos un rato luchando y ambos brillábamos de sudor, con las colas caídas cerca del suelo. Mis músculos dolían por el esfuerzo, pero al menos mi mente no estaba agitada.

—Descansa —ordené, dirigiéndome a uno de los bidones metálicos enganchados a la jaula de acero. El agua goteaba por los lados, haciéndolo resbaladizo al sostenerlo mientras lo inclinaba y vertía el agua fría por mi garganta.

—Gracias, Raas —Bron cruzó hacia su lado del ring de combate y bebió con avidez también.

Me incliné y dejé que mis brazos colgaran y la sangre fluyera hacia mi cabeza. Al menos toda mi sangre ya no se precipitaba hacia

mi miembro. Me puse de pie y respiré hondo de nuevo, tratando de apartar todos los pensamientos sobre la hembra de mi mente.

Bron se unió a mí, apoyando su espalda contra el lado alto de la jaula circular. No era tan alto como yo, pero sus brazos eran aún más gruesos, y se había recogido el cabello negro en un moño alto. —Hace mucho que no luchamos, Raas.

Gruñí. —Demasiado tiempo. Estábamos fuera de práctica.

Bron sonrió y se apartó un mechón suelto de la frente. —El Raas debería hablar por sí mismo.

Le dirigí una mirada fija por un momento, y luego solté una carcajada. —Eres el único guerrero al que le permitiría decir algo así.

Mi *majak* me devolvió la sonrisa. —Lo sé.

Aunque no estábamos emparentados por sangre, Bron era más cercano a mí que incluso mi propia familia. Habíamos comenzado como aprendices de asaltantes en la nave de guerra de mi padre al mismo tiempo y habíamos luchado codo con codo desde que éramos niños. Bron era el único Vandar en mi tripulación que también sabía lo que era servir bajo las órdenes de mi padre y que conocía lo duro que mi padre había sido conmigo. Era el único que entendía por qué tenía que ser despiadado y brutal cuando tomé el mando. Nadie más que Bron sabía que la sombra de mi padre aún se cernía sobre mí.

Me pasé una mano por la frente húmeda. —Dime qué piensa mi tripulación.

—¿Piensa, Raas? —Bron cambió el peso de un pie a otro.

—Sabes a qué me refiero, *majak* —dije, con una nota de advertencia en mi voz—. ¿Qué dicen sobre el Raas trayendo una prisionera a bordo... una hembra?

Su mirada se deslizó hacia abajo por un momento. —Tu tripulación es leal, Raas. Lo sabes.

No respondí, esperando que me dijera la verdad. Era mi amigo más leal, pero también era parte de la tripulación. Para que los guerreros confiaran en él, no podía ser visto como alguien que los traicionaría. Ni siquiera a mí.

—Se sorprendieron de que la tomaras —dijo finalmente—. Nunca has tomado un cautivo ni has dejado ir una nave.

—¿Creen que soy débil por no matar a la capitana hembra?

Su cabeza se levantó de golpe. —No débil, Raas. Nunca débil —su boca se torció—. Creen que la hembra que tomaste debe tener un coño mágico. Ninguno te lo negaría.

Solté una risa ahogada. —Si es mágico, no lo sabría.

El silencio se espesó entre nosotros antes de que Bron hablara de nuevo. —Así que, por eso estamos aquí.

Gruñí y me froté la mano sobre el nudo de músculos en la nuca. —He pasado mi vida siendo cazado. Todo lo que tengo, he tenido que tomarlo por la fuerza y la violencia. Pero no puedo tomar lo que necesito de ella. No la quiero de esa manera.

Bron ladeó la cabeza hacia mí. —¿Cómo la quieres, Raas?

—Quiero que se entregue a mí no porque tenga que hacerlo, sino porque quiere hacerlo —golpeé un puño contra la palma abierta—. Por una vez, quiero poseer algo que no haya sido tomado.

—Kratos —Bron puso una mano en mi brazo. Era uno de los muy pocos que me llamaba por mi nombre de pila, y solo en raras ocasiones, pero se sentía bien escuchar la familiaridad de ello, en lugar del título que escuchaba del resto de la tripulación—. No te preocupes por esto. Ella cederá. Eres el Raas. Cualquier hembra tendría suerte de compartir tu cama.

—No quiero a cualquier hembra —dije, sabiendo que sonaba como un niño petulante.

Bron dejó escapar un suspiro y bajó la voz. —Pronto estaremos en Jaldon. Allí, tendrás para elegir entre hermosas hembras dispuestas —me dio un codazo—. ¿Recuerdas a las gemelas de Felaris? Seguramente ellas pueden sacarte de la mente a esta humana.

Recordé a las hembras alienígenas de tres pechos con piel rosa pálido que trabajaban en equipo para dar placer a los machos. Había pasado muchas noches en la casa de placer con ellas, y siempre me iba agotado y satisfecho. Pero ni siquiera el pensamiento de tener mi miembro chupado por dos bocas ansiosas alejaba a Astrid de mi mente.

—Ya veremos —dije—. Al menos los Zagrath no nos seguirán a Jaldon.

—No se aventuran en la parte oscura del sector —me dio un codazo—. Demasiadas hordas de asaltantes Vandar.

Me permití un suspiro. La tripulación necesitaba un descanso aún más que yo. Sería bueno para nuestra horda de naves aterrizar en Jaldon. Y siempre era bueno para un planeta de placer cuando llegaba una horda Vandar. Los Vandar nunca tomaban de aquellos que no apoyaban al imperio. Y los planetas de placer que operaban en los oscuros confines del sector no querían saber nada de las fuerzas imperiales. Podríamos liberar bienes de los Zagrath, pero siempre pagábamos generosamente por nuestra bebida y nuestras putas.

—Será bueno volver a Jaldon —admití. Bueno dejar de perseguir.

—Llegaremos pronto.

Bron y yo nos giramos para ver a Corvak de pie fuera del ring. Se había acercado sin que ninguno de los dos lo oyera, lo cual no era poca hazaña en una nave cavernosa que parecía hacer eco de cada pisada.

—Excelente —dije, haciendo resonar mi voz—. ¿Alguna amenaza en los sensores de largo alcance?

—Negativo —Corvak nos observó mientras Bron y yo descendíamos los escalones que conducían al ring de batalla—. No hay Zagrath cerca de Jaldon ni en ningún lugar cercano a nuestra ruta.

Le di un brusco asentimiento. —¿Te veré en tu casa de placer habitual, primo?

Sus cejas se alzaron. —¿Tienes intención de participar?

Le di una palmada en la espalda, más fuerte de lo habitual. —¿Acaso no lo hago siempre?

Se encogió ligeramente. —Pensé que con tu prisionera...

—Pensaste mal —lo interrumpí antes de que pudiera terminar su frase—. El hecho de que haya tomado a la hembra para mi placer no significa que no pueda disfrutar de la compañía de otras. Sigo siendo el Raas, ¿no es así?

—Por supuesto —dijo Corvak rápidamente, sus ojos desviándose hacia Bron y luego de vuelta a mí—. Jamás sugeriría que usted no es...

—Sé que no lo harías —dije—. Has presenciado suficientes masacres mías como para saber que mi hambre no se sacia fácilmente... ni de matar ni de follar.

Inclinó su cabeza hacia mí. —Me alegra oírlo, Raas. Aún quedan muchos Zagrath por matar.

—Pero no hoy —le dije a mi jefe de batalla—. Hoy es nuestra recompensa por ayudar a purgar la galaxia de la mano controladora del imperio.

Enganché mi hacha de entrenamiento en el exterior del ring y subí las escaleras a zancadas, con mis oficiales siguiéndome el paso. Esperaba que entre quemar algo de energía con Bron y quemar otra parte con las gemelas Felaris, pudiera deshacerme del deseo por Astrid que amenazaba con consumirme.

CAPÍTULO
DOCE

Astrid

Cuando regresó, yo estaba vestida y sentada a un lado de la reluciente mesa negra cerca del cristal que daba al espacio.

Pareció momentáneamente sorprendido, pero sus ojos se posaron en los platos esparcidos frente a mí, los ricos aromas flotando en el aire. —Trajeron comida. Bien. Me muero de hambre.

Así que no iba a hablar sobre la forma en que se había ido. Supuse que a los señores de la guerra Vandar no les gustaba repasar discusiones o hablar de sus sentimientos. Mejor para mí. Definitivamente no quería hablar sobre cómo me había dejado sin aliento. O cómo había estado a punto de suplicarle que me follara, aunque no hubiera podido decir la palabra.

—Y ropa —dije, señalando el vestido que llevaba puesto.

Su mirada recorrió la tela azul suelta que caía desde los lazos en mis hombros. Tenía poca forma y se acumulaba a mis pies cuando me ponía de pie. Si así era como se vestían las mujeres Vandar, no era de extrañar que hubiera pensado que mis pantalones ajustados y mi camiseta eran obscenos.

El Raas se aclaró la garganta, apartando la mirada de mí mientras se quitaba la armadura y la colgaba. —Te queda bien, aunque no me habría importado que siguieras usando esa sábana, o nada en absoluto.

Mi rostro se calentó, pero no respondí. Su cuerpo brillaba de sudor mientras caminaba por la habitación hacia mí, y me pregunté dónde habría estado. No es que fuera a preguntar. Solo mirar sus músculos abultados y enrojecidos por el esfuerzo hizo que mi garganta se tensara y el calor palpitara entre mis piernas.

—Deberías haber comido —dijo, sentándose en el banco frente a mí—. Debes tener hambre.

No le dije que había picoteado algunos de los platos, pero no estaba segura de qué eran las preparaciones Vandar. Tampoco había cubiertos. El asistente que había traído la ropa y la comida tampoco había sido de mucha ayuda. Parecía molesto por mi presencia y sorprendido de que no conociera los platos que había colocado en la mesa. Lo único que pude sacarle fue que la nave se detendría pronto. En un planeta de placer, nada menos. Pareció complacido de compartir eso conmigo.

Observé cómo Kratos vertía un poco de estofado naranja y grumoso en un cuenco, arrancaba un trozo de pan plano y comenzaba a usar el pan para llevarse bocados a la boca. Tímidamente lo imité, arrancando pedacitos de pan e intentando usarlos como una cuchara.

No hay problema, pensé. *Puedo comer así. ¿Qué tan difícil puede ser?*

Después de que mi trozo de pan se rompiera y dejara caer una mancha de comida sobre mi pecho por segunda vez, escuché una risa ahogada desde el otro lado de la mesa. Al levantar la vista bruscamente, vi que Kratos intentaba ocultar su risa detrás de su mano.

El calor subió a mis mejillas y arrojé el pan. —¡Esto no es tan fácil, ¿sabes?!

Dejó de reír. —Lo siento. No tenía idea de que no sabías comer.

—Sé comer —le espeté—. Simplemente no sé cómo comer sin tenedor o cuchara. Este pan sigue desmoronándose.

Empujó su silla hacia atrás y se levantó, caminando rápidamente hacia mi lado de la mesa y sentándose en el banco junto a mí. Tomó una rodaja plana de pan de un cuenco y la sostuvo en alto. —

Necesitas usar esto para envolver la comida, pero primero debes doblarlo.

Observé atentamente cómo doblaba el pan sobre sí mismo, haciendo una capa doble. Luego lo usó para recoger un trozo de carne desmenuzada y llevárselo a la boca. Mientras masticaba, me indicó que lo intentara.

Imité sus movimientos, doblando el pan y luego tratando de agarrar un bocado de comida, pero el trozo se escapó y salpicó sobre la mesa. Lo miré, pero ya se había borrado la sonrisa de su rostro.

Poniéndose de pie, vino detrás de mí, envolviendo mis brazos con los suyos y levantando mis manos entre las suyas.

—No tienes que darme de comer —dije, indignada y ligeramente avergonzada de no poder comer sin hacer un desastre.

—No te estoy dando de comer. —Puso su cabeza junto a la mía y su voz profunda envió un escalofrío por mi columna—. Te estoy enseñando.

Tragué con dificultad, mi corazón aleteando como un pájaro tratando desesperadamente de escapar de una jaula. Tenerlo tan cerca hizo que el miedo y el deseo lucharan dentro de mí, una sensación a la que no estaba acostumbrada.

Acunando mis manos en las suyas mucho más grandes, Kratos me guió para tomar el pan. —No puedes sostenerlo con demasiada fuerza, o se romperá.

Asentí, pero mi cuerpo temblaba mientras movía mi mano para que recogiera un poco de comida de un plato. Su agarre en mí era suave mientras guiaba la comida hacia mi boca, su dedo rozando mi labio inferior.

Cerré la boca y mastiqué, la carne cálida y sabrosa en mi lengua. No había soltado mis manos, y podía sentir sus ojos sobre mí.

—¿Te gusta? —preguntó.

Por un breve momento, no estaba segura si se refería a la comida o a él sosteniéndome. Me giré para encontrar su mirada, su rostro tan cerca del mío que su aliento era cálido en mi mejilla. Sus ojos eran negros, y una vena palpitaba en el costado de su cuello. Si hubiera estado de pie, mis rodillas habrían cedido.

—Está delicioso —finalmente logré susurrar.

—Pareces sorprendida.

—Nunca antes había comido comida Vandar.

Su mirada sostuvo la mía. —No es por eso.

—No sabía que un Raas de los Vandar podía ser gentil —dije antes de poder pensarlo mejor.

Asintió, sus ojos desviándose hacia mis labios. —Tú haces que quiera ser gentil. —Soltó mis manos y capturó mi mandíbula en una palma—. También haces que quiera arrancarte la ropa del cuerpo y follarte aquí mismo en esta mesa.

Inhalé una respiración superficial, mi boca secándose.

—Pero no haré eso, Raisa —susurró, arrastrando su pulgar por mi labio inferior—. No te quiero de esa manera. Al menos no la primera vez.

Cuando me besó, fue tan suave que apenas sentí sus labios contra los míos. Levanté una mano hacia su rostro y me incliné hacia adelante, queriendo más de él. Respondió instantáneamente, sus labios moviéndose contra los míos y su lengua adentrándose en mi boca. Gemí cuando enredó sus dedos en mi cabello e inclinó mi cabeza hacia atrás para saborear más de mí.

Cuando se apartó, apoyó su frente contra la mía, su respiración agitada. —Es difícil controlarme contigo. —Se puso de pie y me miró desde arriba—. Pero debería dejar de besarte, si no estás lista para decirme lo que quiero oír.

No dije nada, aunque una parte de mí no deseaba nada más que lo que él quería también.

Apartó bruscamente su mirada de mí y regresó a su lado de la mesa en unas pocas zancadas largas. —Me suplicarás pronto. Esperaré.

Quería decirle que iba a estar esperando mucho tiempo, pero ya no estaba segura de que eso fuera cierto. No podía negar que había algo en este brutal señor de la guerra que era lo opuesto a todo lo que había esperado, o a todo lo que me habían contado sobre los Vandar. Algo que me atraía hacia él y me hacía querer saber más.

Bajé la mirada a mi comida, mis labios aún hormigueando por su contacto. —Oí que pronto haremos una parada.

—¿Oíste? —La suavidad había abandonado su voz—. ¿Dónde estás oyendo cosas, Raisa?

Levanté la cabeza y lo vi mirándome fijamente desde el otro lado de la mesa. —No es como si estuviera pasando el rato con tus amigos Vandar en el puente. El tipo que trajo la comida lo mencionó.

Su expresión se relajó y reanudó su comida. —Vamos a hacer una parada. La tripulación necesita algo de liberación.

—En un planeta de placer, ¿verdad? —pregunté, observando su rostro para ver si me mentiría. Desde niña, había sido capaz de leer las expresiones de la gente y saber si estaban mintiendo.

Levantó la mirada y encontró la mía. —Sí. Vamos a parar en el planeta de placer, Jaldon. —Su boca se torció—. ¿Tienes algún problema con eso?

Me encogí de hombros. —¿Por qué me importaría lo que haga tu tripulación? ¿O con quién lo hagan?

—Me alegro. —Se puso de pie, tomando un largo trago de vino de su copa y limpiándose la boca con la mano—. Regresaré mañana, pero si necesitas algo puedes presionar el panel al lado de la puerta y un asistente te traerá lo que requieras.

—Espera, ¿vas a bajar al planeta de placer? —Mi voz sonó mucho más aguda de lo que pretendía.

Cruzó los brazos sobre su pecho. —¿No tienes problema con que mi tripulación se desahogue con mujeres y whisky, pero me negarías a mí la misma liberación?

Me levanté para enfrentarlo, sin saber por qué tenía el impulso de borrar de una bofetada esa expresión arrogante de su cara. —Haz lo que quieras hacer. No me importa. —Giré sobre mis talones y me alejé de él.

Antes de que hubiera dado unos pasos, se acercó por detrás y rodeó firmemente mi cintura con un brazo, atrayéndome con fuerza contra él. —Creo que sí te importa, Raisa. Creo que me deseas tanto como yo te deseo a ti.

Negué con la cabeza, incluso mientras sentía que mis pezones se endurecían y mi pulso se aceleraba.

Acarició mi rostro con el dorso de su mano mientras su cola se deslizaba bajo mi falda y subía por la parte delantera de mi pierna.

—Solo dime lo que quiero oír, y me quedaré aquí contigo en su lugar.

Por mucho que mi cuerpo lo anhelara y por muy bien que se sintiera su cola entre mis muslos, no podía someterme tan fácilmente al señor de la guerra Vandar. No podía ser tan débil. Mi hermana nunca se habría rendido tan fácilmente. Negué con la cabeza de nuevo, y él rugió, apartándose de mí.

—Si esto es lo que quieres, Raisa —gruñó.

Me giré y lo observé alejarse de mí, su expresión a la vez amenazante y torturada.

Gruñó una vez más antes de darme la espalda. —Está hecho.

Cuando salió furioso de la habitación, me tambaleé hacia la cama, mi cuerpo temblando mientras me hundía en ella.

CAPÍTULO

TRECE

Kratos

—¿Cuál le agrada, Raas? —La madama alienígena extendió su brazo verde mientras me sonreía con afectación.

Las hembras se alinearon para que las inspeccionara, y detrás de mí, algunos de mis guerreros se removieron con anticipación esperando su turno. Aunque los guerreros de todas las naves de mi horda se habían dispersado por la ciudad, la casa de placer que había elegido albergaba a las hembras más hermosas y exóticas. Era la casa que frecuentaban los guerreros de mi cubierta de mando y donde yo había pasado muchas noches placenteras.

Recorrí con la mirada la fila de complacientes escasamente vestidas: altas grexianas con pelvis de doble articulación, curvilíneas boranas tan voluptuosas que parecían a punto de caerse, y haralli de piel azul con alas, pero ninguna de ellas hizo que mi pulso se acelerara.

Todavía estaba furioso por la última negativa de Astrid y tenía serias dudas sobre la promesa que le había hecho. ¿Cuál era el sentido de ser un Raas de los Vandar si no podía tomar lo que quisiera, cualquier cosa que deseara?

—Esa —dije finalmente, señalando a una esbelta teraxiana de cabello negro. Al menos ella no me recordaría a la pequeña humana de cabello claro que estaba en mis aposentos.

La criatura se acercó a mí, contoneando sus caderas al caminar. Enganchó su brazo al mío, dedicándome una sonrisa seductora ensayada.

—El Raas me honra con su atención.

No respondí. Solo había venido a la casa de placer porque era lo que mi tripulación esperaba, y lo que les había prometido tanto a Bron como a Corvak. Les demostraría a todos que la hembra que había tomado como mi cautiva no tenía influencia sobre mí. Seguía siendo el Raas, capaz de beber y follar más que cualquiera de ellos.

Dejé que mi mirada vagara mientras la teraxiana me guiaba por la majestuosa escalera. La casa tenía solo tres niveles, con habitaciones rodeando el imponente vestíbulo de entrada y balcones que se extendían hacia el centro. Las luces estaban tenues —para adaptarse a nuestros sensibles ojos Vandar— con filamentos iluminados entrecruzándose en el espacio vacío entre los balcones, creando una red luminosa.

Miré hacia abajo mientras continuábamos hacia el nivel superior de la casa y vi a algunos miembros de mi tripulación reunidos alrededor de mesas en el primer nivel, mientras hembras con el torso desnudo recorrían la sala sirviendo copas de amargo whisky Jaldon. Vi a Corvak atraer bruscamente a una de las chicas de servicio sobre su regazo y apretar uno de sus tres pechos. Ella se retorció en su agarre pero no se levantó. Los Vandar pagaban bien por tener libre acceso a las instalaciones y a las hembras que había en su interior.

—Por aquí, Raas. —La hembra alienígena me hizo entrar en una habitación completamente equipada para el placer. Además de la enorme cama, había un espejo en el techo, un columpio colgando en otra esquina y una selección de látigos y restricciones exhibidos en la pared.

Cerró la puerta y me llevó al largo banco acolchado al pie de la cama.

—¿Cómo debería complacerlo primero, Raas? —ronroneó mientras comenzaba a desabrochar mi cinturón.

Permanecí en silencio mientras me quitaba tanto el cinturón como el kilt, pasando una mano por toda la longitud de mi cola. Mi

cuerpo se sacudió ligeramente cuando llegó a la punta, girando sus dedos alrededor y apretando. Era evidente que esta hembra sabía qué hacer con las colas Vandar.

Cuando vio mi polla, hizo los sonidos de apreciación que habría esperado de ella. Era buena, tenía que reconocerlo. Si no hubiera estado en tantas casas de placer como había estado, podría haber creído sus gemidos. Pero no eran reales.

No como los sonidos que Astrid había hecho cuando la besé. Había sentido el deseo genuino de la humana mezclado con su miedo, y había sido embriagador.

La teraxiana me empujó sobre el banco y se arrodilló entre mis piernas, agarrando mi polla y mirándola con un deseo bien practicado. Cerré los ojos y me recliné, tratando de convencerme de que era Astrid quien me estaba chupando, y no esta complaciente experimentada. Me imaginé que era la boca de mi pequeña humana la que me tomaba por completo mientras jugaba con mi cola y hacía sonidos hambrientos. Apreté mi puño en su cabello y moví su cabeza arriba y abajo, empujando mi polla en su garganta. Pero por más que intentara imaginar a Astrid, sabía que no era ella.

Abrí los ojos y me incorporé tan rápido que la teraxiana voló hacia atrás, chillando sorprendida, con una mirada de irritación cruzando su rostro mientras soltaba mi cola. Rápidamente volvió a sonreírme, limpiando las comisuras de su boca. Cuando me puse de pie y me subí el kilt, su sonrisa flaqueó una vez más.

—¿Está el Raas descontento? ¿Preferiría atarme? ¿O tal vez azotarme con su cola?

Me abroché el cinturón y negué con la cabeza.

—No estoy descontento contigo. Simplemente estoy distraído. Le pagaré a tu madama por una noche completa contigo. ¿Por qué no te tomas la noche libre y descansas?

Ella se acercó a mí contoneándose, extendiendo sus manos sobre mi pecho.

—Preferiría que un Raas grande y fuerte me follara.

Agarré sus muñecas.

—No será este, hembra. No esta noche.

Suspiró, perdiendo el tono seductor de su voz.

—Bien, pero no le digas a Kyrva que no lo intenté. —Sus ojos bajaron—. Y debería recibir extra por hacerte una garganta profunda con *eso*.

Casi me reí, prefiriendo esta versión honesta de la hembra más que su persona sexy.

—Te daré extra por *eso*.

La dejé parada con las manos en las caderas, cerrando la puerta detrás de mí y casi chocando con Bron en el pasillo.

Me miró a mí y luego a la puerta.

—Usualmente no terminas tan rápido con una, Kratos. ¿No era buena?

—Estaba bien —dije. Vi que no estaba con una hembra—. ¿Dónde está la tuya?

Asintió con la cabeza hacia un punto más abajo en el pasillo donde caminaban dos hembras idénticas. Se detuvieron, miraron por encima de sus hombros y le hicieron señas con los dedos y risitas idénticas.

—Gemelas de Felaris —dije, sonriendo a mi *majak*.

Se encogió de hombros.

—Ha pasado mucho tiempo. Pero si prefieres...

Agité una mano hacia él.

—No, amigo mío. Disfrútalas. Yo solo iba a bajar a tomar una copa.

—¿Estás seguro?

Le di una palmada en la espalda.

—Cuando termines, ven a acompañarme a tomar un whisky Jaldon.

Lo dejé y bajé las escaleras con determinación, el ruido de la música y las risas haciéndose más fuerte a medida que llegaba al primer piso. Me detuve al pie de la escalera para dejar pasar a una hembra de piel azul, uno de mis guerreros persiguiéndola en lo que parecía ser un juego de quitarse la ropa. Crucé hacia una mesa y me senté a horcajadas en un banco junto a mi jefe de batalla.

—¿Qué pasó con la bonita camarera? —le pregunté, dándole un codazo.

Me miró por encima de una gran jarra de hierro. —Demasiado ocupada.

Alcé la mirada. —¿No quieres tomar una habitación?

Levantó su bebida. —Quería relajarme con unas cuantas cervezas parnolinas primero.

Hice una seña a un camarero, señalando la gran jarra de Corvak para indicar que quería lo mismo. —Buena elección.

—¿Y tú? —preguntó Corvak, alzando una de sus cejas oscuras—. ¿Qué pasó con tu placentera?

Recordé a la impresionante teraxiana. —Fue muy eficiente.

Corvak soltó una risa burlona. —¿Estás seguro de que es todo?

Tomé la cerveza que me pusieron delante y le di un trago a la bebida fría y espumosa. —Estoy seguro. ¿Por qué? ¿No quieres beber con tu Raas?

Se enderezó. —No es eso lo que quise decir. Pero normalmente pasas mucho más tiempo arriba que abajo.

Me encogí de hombros. —Quizás ha pasado demasiado tiempo desde que bebí con mis guerreros. —Levanté mi jarra y mi voz—. ¡Por Lokken!

Todos los guerreros a mi alrededor alzaron sus jarras y vasos al antiguo dios. —¡Por Lokken!

Todos bebimos y luego golpeamos nuestras bebidas contra la mesa. Hubo más rugidos y vítores, y uno de los guerreros gritó: —¡Por el Raas!

Asentí mientras mi tripulación bramaba su aprobación, coreando "Raas" una y otra vez hasta que me puse de pie, levantando las manos. Alcé mi jarra en señal de saludo y me bebí el resto de un solo y largo trago, golpeando la jarra de metal contra la mesa.

—Otra ronda para los guerreros vandar —grité por encima de los gritos estridentes, y los camareros salieron apresuradamente de detrás de la barra con bandejas llenas. Me pusieron una nueva jarra delante, con el contenido dorado desbordándose por los lados.

Cuando volví a sentarme, Corvak me observó, asintiendo. —Hacía tiempo que no hacías esto.

—Es como al principio, ¿no? —pregunté, recordando los días en que era un nuevo Raas y bebía con mis guerreros casi todas las

noches.

—Pensé que quizás estabas aquí porque no querías llevarte a una hembra esta noche. Por la hembra en tus aposentos.

Negué con la cabeza. —Te dije que ella no tiene ninguna influencia sobre mí. Es mi prisionera.

—Entonces, ¿no sientes lealtad hacia ella?

Me reí, aunque mi estómago se tensó. —No más lealtad de la que sentiría por una de estas criaturas. —Señalé a una Haralli alada que revoloteaba sobre nosotros.

—Me alegra oírlo. —Corvak alzó su vaso hacia mí y bebió.

Yo también bebí, aunque mi estómago se revolvió por la mentira. No le mentía a mi tripulación, y nunca antes había sentido la necesidad de ocultarle nada a mi jefe de batalla. Entonces, ¿por qué me sentía obligado a ocultar mis sentimientos por la humana? ¿Por qué la pequeña hembra me afectaba tanto?

Acababa de limpiarme la boca con el dorso de la mano cuando vi al joven aprendiz vandar abriéndose paso entre la multitud. Tenía los ojos muy abiertos y el pecho le subía y bajaba como si hubiera corrido una gran distancia.

—¡Raas! —dijo cuando me vio—. *¡Vaes!*

Corvak se levantó rápidamente, derribando su silla detrás de él.

Mi corazón se hundió en mi estómago. —¿Es As-

—Son los Zagrath —dijo, sus palabras saliendo atropelladamente —. Nos han encontrado. Están abordando nuestras naves.

Ya estaba corriendo hacia la puerta antes de que terminara su frase. Astrid. Estaban intentando llevarse a Astrid.

CAPÍTULO

CATORCE

Astrid

No podía creer que me hubiera dejado plantada para ir a algún burdel alienígena. Dejé de dar vueltas el tiempo suficiente para pisar con fuerza.

—Alienígena insoportable —murmuré para mí misma—. ¿Quién demonios se cree que es? —Me tapé la boca con la mano y luego la bajé. Si iba a vivir entre los Vandar y con un señor de la guerra que me irritaba tanto, probablemente debería acostumbrarme a maldecir —. El muy idiota.

Bueno, paso a paso.

Obviamente, él pensaba que era el señor de la guerra de una poderosa horda de violentos asaltantes Vandar que podían tomar lo que quisieran. Y, técnicamente, tenía razón. Me había tomado a mí, ¿no?

Yo era una ciudadana del imperio, y él me había capturado como si fuera suya para tomar. Mi cara se calentó al pensar en sus grandes y ásperas manos sobre mí. Claramente pensaba que podía hacer conmigo lo que le plazca.

—Bueno, piénsalo de nuevo, imbécil. —Me sonreí a mí misma. Esto de maldecir no estaba tan mal. Luego fruncí el ceño de nuevo pensando en Kratos.

Traté de no pensar en cómo mi cuerpo había respondido a su toque o cómo casi le había suplicado que me follara. Mi cara se

sonrojó incluso al pensar la palabra.

Un lapso momentáneo, me dije. Por muy guapo que fuera, no podía permitirme enamorarme de él. Aunque una parte de mí quería saber cómo sería rendirme a alguien tan grande y poderoso como él.

—De ninguna manera puede ser el primer tipo con el que te acuestes un señor de la guerra de los Vandar, Astrid —susurré, mientras me hundía en el pie de la cama. Era absurdo, aunque todo sobre la situación era ridículo.

Todavía no entendía por qué había tomado una prisionera cuando los Vandar no hacían eso. ¿Por qué había traído a una mujer a bordo cuando obviamente no se hacía? ¿Y por qué yo, de entre todas las personas? No había nada especial en mí.

Si hubiera tomado a mi hermana, lo habría entendido. Tara era hermosa y fuerte, y una pareja adecuada para un Vandar. ¿Pero yo? Sacudí la cabeza. Nada de esto tenía sentido.

Antes de que pudiera caer en el familiar agujero de la duda, escuché el sonido de disparos de bláster fuera de la puerta. Me puse de pie rápidamente. Eso no estaba bien. La nave había aterrizado, junto con el resto de la horda de naves espaciales Vandar, y por lo que sabía, las tripulaciones estaban ocupadas prostituyéndose y bebiendo. Raas había dicho que quedarían algunos guerreros a bordo en caso de que necesitara algo, pero no podía imaginar por qué estarían disparando armas.

Fuertes gritos y el retumbar de pesados pasos hicieron que mis ojos recorrieran la habitación. ¿Estaban atacando la nave? Sabía que había muchos alienígenas a los que les encantaría la oportunidad de entregar a los Vandar a los Zagrath, y capturar una horda Vandar sería un botín particularmente impresionante. Pero Raas Kratos parecía confiar en que estaban aterrizando en un planeta seguro. No solo eso, sino que los Vandar volaban usando su escudo de invisibilidad, por lo que habría sido imposible seguirlos. Entonces, ¿quién estaba disparando afuera en los pasillos?

La tenue iluminación parpadeó y luego se apagó, sumiéndome en la oscuridad total. El panel junto a la puerta también se oscureció, lo que significaba que no podía pedir ayuda.

—Genial —dije en voz baja.

Más sonidos de blásters y gritos vinieron del otro lado de la puerta, luego hubo silencio. Contuve la respiración, esperando más ruido, pero no hubo nada. ¿Se habían ido los atacantes? ¿Los Vandar los habían rechazado?

Después de unos minutos, olí el inconfundible aroma del humo que se filtraba por debajo de mi puerta. ¿Estaba la nave en llamas? El pánico me atenazó la garganta. ¿Quién sabía que estaba aquí? ¿Quedaba alguien vivo para sacarme, o todos los Vandar habían sido asesinados y los atacantes se habían ido? Si habían decidido quemar la nave en lugar de capturarla, estaba prácticamente muerta.

Recogí mi voluminoso vestido con una mano y avancé, extendiendo el otro brazo para no chocar contra una pared. Cuando llegué al otro lado de la habitación, tanteé hasta encontrar la puerta.

—Aquí vamos —me dije mientras presionaba ambas manos contra la unión de la puerta y tiraba hacia atrás con todas mis fuerzas. Para mi sorpresa, comenzó a abrirse. La pérdida de energía debía haber desactivado el mecanismo de bloqueo.

Tiré hasta que hice un espacio lo suficientemente amplio para pasar, y me deslicé fuera de la habitación. Cuando estuve en el pasillo, vi tenues luces de emergencia brillando en el suelo, así que comencé a seguirlas alejándome del olor a humo.

Dando pasos cuidadosos, bajé una escalera, deteniéndome cuando escuché el eco de pasos que se acercaban. No sabía si eran Vandar o atacantes, así que me escondí en un pasillo oscuro, conteniendo la respiración mientras el sonido se acercaba.

—Los aposentos del Raas deben estar por aquí en alguna parte —dijo una voz áspera, mientras el grupo se detenía no muy lejos de mí.

—Si no hubiéramos desconectado la energía, tal vez los habríamos encontrado más rápido —dijo otra voz.

—Tuvimos que hacerlo para detener el fuego —espetó alguien más.

—¿A quién se le ocurrió la gran idea de disparar a los sistemas eléctricos para iniciar el fuego?

Un fuerte gruñido. —¡Basta! No tenemos tiempo para quedarnos discutiendo. Tenemos que encontrar a la hembra antes de que los

Vandar se den cuenta de que estamos aquí y regresen a la nave. Si no la hemos conseguido para entonces, estamos prácticamente muertos.

Mi pulso se aceleró. ¿Estos atacantes estaban aquí para encontrarme? ¿Mi hermana había enviado un equipo de rescate tras de mí? ¿O había alertado al Imperio Zagrath de que uno de sus tripulantes había sido tomado ilegalmente y habían enviado un equipo? De cualquier manera, estaba rescatada. Solté un largo suspiro, preparándome para salir y revelarme.

—Entonces, ¿la tomamos o la matamos? —preguntó la primera voz.

Me quedé helada. ¿Matarme?

—La tomamos y luego nos deshacemos de ella. No podemos dejar el cuerpo aquí. Esas fueron las órdenes.

—Entonces vamos —suspiró uno de los alienígenas—. Quiero terminar este trabajo y largarme de esta nave.

Salieron corriendo, pasando junto a mí mientras me acurrucaba en la oscuridad con una mano apretada contra mi boca para no gritar. ¿Por qué estos atacantes estaban aquí para matarme? No tenía sentido. Si sabían de mi existencia, ¿por qué no estarían aquí para rescatarme? A menos que quisieran llevarme y matarme para asestar un golpe directo contra el Raas. Pero ¿quién de sus enemigos sabía que me había capturado?

Me di cuenta de que todo mi cuerpo temblaba mientras permanecía en la oscuridad. Intenté inhalar profundamente para calmarme, pero saber que un grupo de personas estaba en la nave con el único propósito de encontrarme y matarme me dificultaba respirar.

Por un breve momento, deseé que Kratos estuviera conmigo. Él no permitiría que nadie me hiciera daño, y tenía la fuerte sensación de que, fueran quienes fueran estos atacantes alienígenas, no tendrían ninguna oportunidad contra él o sus guerreros Vandar. La única razón por la que los atacantes habían podido tomar la nave era porque el Raas y su tripulación la habían abandonado.

¿Dónde estás, Kratos?

Habría dado cualquier cosa por ver al enorme señor de la guerra, aunque no hacía mucho había estado lo suficientemente enfadada como para matarlo.

Más pasos resonaron, y me pegué contra la pared, agradecida de ser tan menuda como era. Al menos estaba oscuro, y yo era pequeña. Les resultaría difícil encontrarme en una nave tan cavernosa. Todo lo que tenía que hacer era permanecer oculta hasta que los Vandar regresaran a la nave.

De repente, las luces dentro de la nave se encendieron. Aunque todavía estaba bastante tenue, como era habitual para los Vandar, ya no estaba oculta.

—Tiene que ser una broma —murmuré para mí misma, mirando alrededor del pasillo vacío.

Necesitaba encontrar un lugar para esconderme, y un pasillo no lo era. Asomándome por la esquina y viendo que nadie venía, eché a correr. Corrí de puntillas, sosteniendo mis ridículamente amplias faldas para no tropezar.

Doblé una esquina y vi un amplio pasillo flanqueado por barriles de acero y apilado con cajas. Desde el otro extremo, vi el resplandor rojo del fuego de blásteres y escuché una cacofonía de gritos. Alguien se acercaba. No sabía si eran los Vandar o los alienígenas que intentaban matarme.

Me había quedado sin tiempo y sin buenas opciones. Mirando la fila de barriles, noté un espacio estrecho detrás de ellos y la pared. Conteniendo tanto el aliento que me dolía, me metí detrás de los barriles de acero, agachándome para que mi cabeza no sobresaliera por encima.

La batalla se acercaba a mí. Mi corazón martilleaba en mi pecho mientras los alienígenas pasaban corriendo. Aunque era casi ensordecedor, con el suelo de acero retumbando y los blásteres disparando, contuve la respiración por miedo a que alguno de ellos me escuchara de alguna manera. Cuando estuve segura de que todos se habían ido, solté el aire.

Se habían ido. No me habían visto.

Entonces una mano se cerró sobre mi muñeca.

CAPÍTULO

QUINCE

Kratos

Corrí por los estrechos callejones de la ciudad hacia el astillero. Mi tripulación me seguía, nuestras botas retumbando hacían temblar el suelo y provocaban que las ventanas de los edificios se cerraran de golpe a nuestro paso.

Habíamos abandonado la casa de placer en cuestión de momentos, vaciándose las habitaciones al alzarse el grito de batalla y los guerreros ajustándose los kilts mientras bajaban las escaleras atronadoramente. No esperé a nadie, desenvainé mi hacha de batalla y lideré el camino a través de la ciudad de Jaldon.

—¿Cómo ha ocurrido esto? —grité por encima del hombro a Corvak, que iba pisándome los talones.

—El chico dijo que un pequeño grupo de guerra mató a los guardias y abordó la nave principal.

—¿No las otras?

—No lo creo, pero no me detuve mucho a interrogarlo, Raas.

Asentí y fijé la mirada al frente mientras los pilares de piedra que daban entrada al astillero aparecían a la vista, junto con una columna de humo negro que se elevaba desde mi nave.

—*¡Tvek!* —gruñí al ver la oscura columna que se enroscaba en el aire.

Airados murmullos se elevaron detrás de mí como un enjambre furioso. Atravesamos las puertas como una tromba y recorrimos

rápidamente el terreno compacto que nos separaba de mi nave.

No me detuve cuando llegamos a la amplia rampa, pero alcé mi hacha de batalla mientras la subíamos a toda prisa. —¡Encontrad a los atacantes. Matadlos a todos!

Mi tripulación se dispersó por la nave, agachándose por los pasillos y subiendo escaleras en busca de los invasores. Yo tenía un solo destino. Tenía que llegar a mis aposentos y asegurarme de que Astrid estuviera ilesa.

Mi corazón se aceleró en mi pecho cuando llegué a la puerta y vi que había sido forzada. La bilis me subió a la garganta, pero la contuve. Los Zagrath no tenían motivos para dañar a Astrid. Si acaso, probablemente los habían enviado para llevársela de vuelta. Por un momento, me arrepentí de haber dejado con vida a su hermana y a la tripulación de aquel patético carguero. Si no hubiera sido misericordioso, esto no habría ocurrido.

Empujé la puerta para abrirla más, entrando precipitadamente y oyendo un chasquido detrás de mí. Giré y me eché a un lado, esquivando por poco el disparo del bláster que me calentó la punta de la oreja. Con un rugido, blandí mi hacha y el soldado tropezó hacia atrás. Claramente no estaba acostumbrado al combate cuerpo a cuerpo, y disparó de nuevo, aún más descontroladamente que la primera vez. El bláster me falló, pero alcanzó mi cabecero, abriendo un agujero en uno de los escudos de hierro soldados.

—Ese escudo tenía más de mil rotaciones de antigüedad —gruñí, volviéndome hacia el soldado.

Su expresión era de terror. Me di cuenta de que no llevaba el uniforme de un combatiente imperial Zagrath. En su lugar, su ropa estaba gastada y su bláster era anticuado. Tenía gruesas crestas sobre los ojos y su piel era amarillenta. Un Lussite. La raza era conocida por ser matones, pero no muy buenos. Nunca había oído que los Lussites se atrevieran a atacar a una horda Vandar antes.

Blandí mi hacha de nuevo y le arranqué el bláster de la mano, llevándome la punta de un dedo con él. Gritó y se agarró la mano mientras la sangre brotaba de ella.

—¿Por qué estáis aquí? —Alcé mi hacha, esperando su respuesta.

El soldado levantó la mirada, su rostro contraído de agonía. —Por la chica. Hemos venido por la chica.

Había tenido razón. Iban tras Astrid. Pero no eran Zagrath. Aunque no era raro que el imperio contratara a otros para sus misiones menos importantes.

—¿Cómo nos encontrasteis? —pregunté, notando el temblor en mi voz.

—Nos dijeron que la horda Vandar que se llevó a la humana aparecería en Jaldon, así que esperamos.

—¿Os dijeron? —Lo observé acunar su mano y mirar de reojo el bláster en el suelo al otro lado de la habitación—. ¿Quién os lo dijo?

Negó enérgicamente con la cabeza. —No lo sé. Yo no hago los planes. Solo hago lo que me dicen y me pagan.

Así que mercenarios. Mis ojos volvieron a su ropa. No muy bien pagados. Casi me sentí mal por matar a este soldado raso.

Aprovechó mi vacilación para lanzarse al suelo a por su bláster. Sin pensarlo dos veces, descargué mi hacha sobre su cuello. No me sentía lo suficientemente mal por matarlo como para morir por ello.

Jadeaba cuando me di la vuelta y examiné el resto de la habitación. Era evidente que no había encontrado a Astrid. ¿Dónde estaba?

Mis aposentos eran espartanos y mis muebles austeros. Había muy pocos lugares donde esconderse. Me dirigí a la cámara de baño, sumergiendo mi brazo en el agua verde y luego en la roja, las únicas piscinas lo suficientemente opacas como para esconderse. Nada. Mi mirada escaneó rápidamente el resto de la habitación de piedra, pero el largo mostrador y la ducha abierta no ofrecían ningún rincón secreto.

Mientras salía de la cámara de baño, Bron irrumpió en mis aposentos. Tenía el rostro enrojecido y el cabello sudoroso. Echó un vistazo al cuerpo y al creciente charco de sangre en el brillante suelo negro. —¿Dónde está la chica?

—Se ha ido —dije, la palabra como bilis en mi lengua—. Escapó de mis aposentos.

—Podría haber estado huyendo de ellos —dijo, señalando con su hacha al combatiente muerto.

—Estaban aquí para llevársela de vuelta.

Una mirada de comprensión cruzó su rostro. —¿Esto no fue un ataque contra los Vandar?

Negué con la cabeza una sola vez, con firmeza. —Esto fue un intento de rescate. —Reajusté el agarre de mi hacha—. Uno que debemos asegurarnos de que no tenga éxito.

—Sí, Raas —dijo Bron—. La encontraremos. Se lo diré a los guerreros.

—No debe ser lastimada —dije, mientras él retrocedía hacia la puerta—. Si necesita ser castigada, yo seré quien lo haga.

Eché un último vistazo al Lussite muerto en mi suelo mientras salía furioso tras mi *majak*. Si le habían puesto una mano encima a mi hembra, todos se encontrarían con una cabeza menos.

La nave estaba llena del sonido de batallas, y sabía que los gritos provenían de los invasores Lussite mientras eran cazados por mi tripulación. Pronto los invasores serían eliminados, y enviaríamos un mensaje claro a cualquiera que intentara llevarse lo que era mío.

Caminé por los pasillos vacíos, escuchando por si oía pasos suaves o una voz femenina. No habría podido entrar en ninguna de las otras cámaras sin el código adecuado, así que o estaba con los Lussites, o se estaba escondiendo.

Serpenteando por la nave, seguí a dos de mis guerreros mientras combatían a un grupo de invasores. Aunque los lussitas luchaban con blásters, mis asaltantes eran muy hábiles con sus hachas, y pronto hubo más cuerpos alienígenas esparcidos por nuestros pasillos. Mientras mis guerreros corrían en busca de más enemigos, pasé por encima de los cuerpos y me detuve.

¿Había oído la última exhalación de muerte o algo más? Girándome lentamente, toqué los cuerpos con la punta del pie. No, estaban realmente muertos. Entonces miré por encima de un grupo de barriles que esperaban ser descargados y vi un destello de cabello pálido.

Se me cortó la respiración. Aunque el espacio era estrecho, ella había logrado apretujarse detrás de los barriles. Estaba escondida y temblaba como una hoja.

Alcancé su muñeca para levantarla. Ella se apartó bruscamente e intentó retroceder, aunque estaba firmemente acuñada.

—No iré contigo —gritó—. ¡Suéltame!

La levanté y la puse frente a mí. —¿Creías que podías escapar de mí?

Me miró y su boca se abrió de par en par.

Antes de que pudiera decir algo más, la cogí y la lancé sobre un hombro. —¿No sabes ya que eres mía?

—No estaba huyendo de ti —dijo, rebotando mientras la llevaba de vuelta por la nave—. Bueno, al principio sí, pero luego no.

—¿Pensaste que te irías con los mercenarios enviados a rescatarte? —Mi sangre hervía mientras caminaba más rápido—. ¿Pensaste que me dejarías?

—No. —Golpeó mi espalda con las palmas de sus manos—. ¿Puedes detenerte un segundo? Eso no es lo que pasó.

—Sé que vinieron por ti. —Subí una escalera, su cuerpo sacudiéndose bruscamente contra el mío. En unos pocos pasos largos, había llegado a mis aposentos.

—No estaba tratando de escapar con ellos, Kratos —dijo, golpeando mi espalda con fuerza—. Estás actuando como un loco.

La bajé de golpe una vez que crucé mis puertas y me dirigí a mi cama, empujándola hacia atrás para que cayera sobre las sábanas oscuras. Me cerní sobre ella y planté mis manos a ambos lados de su cara. —Si estoy loco es porque tú me vuelves loco.

Sus ojos estaban muy abiertos. —No me estaba escondiendo de ti. Me estaba escondiendo de los tipos que intentaban matarme.

—¿Quién crees que estaba tratando de matarte, Raisa? —Respiraba con dificultad mientras me cernía sobre ella, cada músculo de mi cuerpo tenso por la rabia y el deseo.

—Ellos. —Hizo un gesto con la mano hacia el cuerpo en mi suelo.

Fruncí el ceño. —No tienes sentido, humana. Estaban aquí para llevarte de mi lado.

Apretó los labios. —Iban a matarme. Los escuché hablar. Les pagaron para encontrarme, sacarme de tu nave y luego matarme.

Me quedé inmóvil, la sangre ralentizándose mientras corría por mis venas. —¿Estás segura?

—Los escuché hablar entre ellos. No sabían que estaba escondida cerca —dijo—. Si hubiera querido dejarte, ¿por qué me estaba escondiendo en la nave? Podría haberme escapado simplemente.

Estudié su rostro y no vi engaño en sus ojos. Además, sus palabras tenían sentido. No había sido un intento de rescate. Alguien quería a mi hembra muerta.

Levantándome rápidamente, arrastré al lussita muerto fuera de mis aposentos y lo tiré en el pasillo. Cuando regresé, cerré la puerta y me acerqué a donde ella aún yacía en la cama, apoyada sobre sus codos observándome.

—Gracias —dijo, con voz temblorosa.

—De nada, Raisa. —Me incliné sobre ella y acaricié su mejilla con una mano—. No dejaré que nadie te haga daño. Eres mía, y te protegeré con mi vida, al igual que cada uno de mis guerreros.

Tomó una respiración irregular y asintió. —Pero alguien no quiere que sea tuya.

Bajé mi cuerpo hasta que estuvo pegado al suyo —mi dureza presionando contra su suavidad— apoyándome en mis codos para no aplastarla. —¿Qué quieres tú?

CAPÍTULO

DIECISÉIS

Astrid

Me sentía perdida en su mirada mientras me observaba desde arriba, sus ojos oscuros ardientes y fundidos. Sin duda, mi corazón latía tan fuerte que él podría sentirlo en su propio pecho.

—¿Qué quieres, Raisa? —repitió, sus palabras suaves pero urgentes.

No sabía lo que quería, pero por loco que pareciera, sabía que él se sentía correcto. También se sentía increíblemente enorme y duro mientras su cuerpo cubría el mío, y me recordó de nuevo cuánto más grande era que yo... en todas partes.

Aclaré mi garganta. —¿Qué significa Raisa?

Sus ojos parpadearon por un momento. —¿Quieres saber qué significa Raisa?

Asentí.

—Mi señora —susurró con voz ronca.

—Oh. —Esperaba que significara compañera o concubina. No esperaba que fuera tan... agradable.

—¿Lo eres? —Bajó su boca a mi garganta y rozó un beso sobre la piel donde mi pulso latía.

Abrí la boca para responder, pero se me secó cuando su lengua recorrió mi cuello hasta mi oreja. El único sonido que salió de mi boca fue un gemido entrecortado.

—Tomaré eso como un sí —murmuró.

—Tomas todo como un sí.

Se detuvo, y contuve la respiración. ¿Lo habría enojado al decir eso?

Entonces su cuerpo comenzó a temblar de risa. —Tienes razón. Tomo tu respiración agitada, tu piel sonrojada y tus ojos abiertos como un sí. Porque eres tímida con tus palabras. —Levantó su rostro, quedando suspendido sobre el mío—. Sé que me deseas, Raisa. Sé que quieres esto.

Tenía razón. Mi cuerpo me traicionaba cada vez que él estaba cerca, pero las alarmas aún sonaban en los rincones más lejanos de mi cerebro.

—Pero no sé por qué me quieres a *mí* —dije—. Eres el Raas y eres hermoso y puedes tener a cualquier mujer que desees... y probablemente las has tenido. ¿Por qué importa tanto que tú...?

—¿Te reclame como mía? —Apartó un mechón de cabello de mi frente, su mirada recorriendo mi rostro—. Eres tan pequeña, pero hay una fuerza en ti que no debería estar ahí. No deberías ser capaz de negarme, pero lo haces. No te quiero, Astrid. Te *necesito*. No hay otra hembra que me haya cautivado tanto. No hay nadie que me haya rechazado antes.

—Pero aun así fuiste al burdel —dije, odiando el tono infantil de mi voz. No quería pelear con él como lo había hecho antes, pero no podía dejarlo pasar.

—Solo para estar con mi tripulación y asegurarles que soy el mismo Raas que siempre han conocido.

—Entonces, ¿no estuviste con una...? —Dudé sobre la palabra—. ¿...placedora?

—Seleccioné una, pero no pude obligarme a follarla. —Sus cejas se fruncieron—. ¿Te molesta pensar en mí con otra hembra?

—Pues, sí. —Para ser un señor de la guerra, podía ser un poco despistado—. Si me estás diciendo que soy tu Raisa, tu señora o lo que sea, no está bien que te vayas corriendo a burdeles alienígenas. —Mi voz se quebró—. Me dejaste completamente sola.

Tomó mi barbilla en su mano. —Lo siento, Raisa. No pensé que te importara.

Tampoco pensé que me importaría. Sabía que *no debería* importarme nada el señor de la guerra que me había alejado de todo lo que había conocido. Pero por alguna razón inexplicable, me importaba. —Supongo que sí me importa.

—Bien —gruñó, mientras aplastaba su boca contra la mía.

Me sorprendió la intensidad de su beso, pero separé mis labios y encontré su lengua con la mía. Kratos tomó una de mis manos y entrelazó sus dedos con los míos, levantándola sobre mi cabeza y presionándola contra las sedosas sábanas. Hizo lo mismo con mi otra mano hasta que ambas quedaron inmovilizadas sobre mi cabeza mientras me besaba profundamente. Intenté mover mis brazos, pero los sujetó con fuerza, frotándose contra mí mientras me retorcía debajo de él.

—Raisa —susurró cuando rompió el beso, y yo yacía jadeando debajo de él. Moviendo mis manos para sujetarlas ambas con solo una de sus grandes manos, deslizó su mano libre hasta mi muslo.

Aunque sus dedos estaban encallecidos —sin duda por blandir su hacha de batalla—, su toque era suave mientras deslizaba su mano bajo mis faldas, recogiéndolas mientras subía por la longitud de mi muslo. Cambió de posición, abriendo mis piernas con sus rodillas. Entonces sentí la punta plumosa de su cola acariciando entre ellas y mis párpados revolotearon de deseo. Nunca imaginé que una cola pudiera ser tan sexy, pero sus suaves caricias me hicieron morderme el labio para no gemir en voz alta.

Cuando retiró su cola y acomodó su ancho cuerpo entre mis piernas, sentí la pérdida de su cola. Es decir, hasta que sentí la dureza de su polla presionando contra mi muslo interno. Caramba.

—Estás mojada para mí —dijo, las pupilas negras de sus ojos tan dilatadas que solo quedaba un atisbo de iris.

Mis mejillas se calentaron, la vergüenza por mi evidente excitación haciendo que mi rostro se encendiera.

—Es algo bueno, mi hermosa. Me gusta sentir tu humedad. Me gustaría aún más probarla.

Me sobresalté ante eso. ¿Probarla? Nunca había imaginado que un guerrero Vandar tan curtido en batalla quisiera enterrar su rostro entre mis piernas. —No tienes que hacerlo.

—¿Tener que? —Su risa grave envió temblores a través de mi pecho—. Recuerda, Raisa. Soy el Raas. No hago nada que no quiera hacer, así que si digo que quiero lamer tu dulce y pequeño coño, es porque quiero hacerlo.

Escucharlo hablar así de mí me provocó una sacudida, y me estremecí de anticipación. Aunque no pudiera decir las palabras, me gustaba escucharlas. Y no podía imaginar nada más sexy que ver la cabeza oscura de Kratos entre mis piernas. Mis ojos se cerraron, y me arqueé hacia él, mi cuerpo tomando el control de mi mente.

—¿Te gusta eso? —Volvió a reír bajo y luego soltó mis manos y se movió por mi cuerpo hasta que su cabeza quedó entre mis piernas.

No pude responderle porque no quería admitir que sí me gustaba. Abrí los ojos de nuevo, porque realmente me gustaba verlo separar mis piernas ampliamente mientras se posicionaba entre ellas.

Nada me cubría excepto las faldas, que apartó hábilmente, emitiendo un gemido ahogado mientras me miraba. Pasó un dedo entre mis pliegues y luego lo deslizó en su boca. —Tan dulce como sabía que serías.

Eché la cabeza hacia atrás cuando bajó su boca hacia mí, arrastrando su lengua hacia arriba hasta llegar a mi clítoris. Contuve el aliento bruscamente, agarrando las sábanas con los puños.

—¿Esta es la pequeña cosa que te hace gemir, Raisa? —preguntó, su tono curioso. Supuse que otras hembras alienígenas no tenían uno, pero claramente había oído hablar de ellos.

—Sí —logré decir.

Giró la punta de su lengua sobre él, y arqueé mi espalda fuera de la cama.

—Entonces me gusta mucho esto.

Sentí ganas de decirle que no era el único, pero mi boca parecía no funcionar. Pero la *suya* sí que lo hacía. Solo pude emitir suaves gemidos mientras continuaba acariciando mi clítoris con su lengua. Mi respiración se volvió entrecortada y mi cuerpo se retorcía en respuesta a su hábil lengua.

Kratos no se detuvo, ni siquiera cuando enrollé mis piernas sobre sus hombros. Deslizó sus manos bajo mi trasero, levantándome y haciendo que mis piernas se abrieran aún más. Agarré la parte posterior de su cabeza, enredando mis dedos en su largo cabello y manteniendo su cabeza contra mí mientras chupaba mi clítoris y mi cuerpo comenzaba a temblar.

Miré hacia abajo, y la visión de su larga cola moviéndose detrás de él me hizo gemir aún más fuerte. No había duda de que la criatura que me lamía no era humana, pero descubrí que la idea de un señor de la guerra alienígena haciéndome llegar con su lengua era suficiente para llevarme al límite. Mientras temblaba, no detuvo las atenciones de su lengua, sino que deslizó un grueso dedo dentro de mí, haciéndome arquear sobre la cama y gritar mientras todo mi cuerpo se estremecía, apretando su dedo una y otra vez hasta que me desplomé en la cama, jadeando en busca de aire.

Kratos se echó hacia atrás, limpiándose la boca y mirándome con ojos ardientes. Aunque aún llevaba su falda, su duro miembro abultaba los pliegues de cuero.

—Ahora estás lista para mí, Raisa.

Estaba lista para él. Mi cuerpo palpitaba por la necesidad de tenerlo dentro de mí.

Un fuerte golpeteo en la puerta lo hizo ponerse tenso.

—¡Raas! —llamó la voz al otro lado—. Te necesitan en la cubierta de mando.

Kratos apretó los dientes, lanzando una mirada por encima de su hombro. Volvió a mirarme y suspiró, tirando de mis faldas para cubrirme. Inclinándose, me rozó los labios con un beso y luego me dio un mordisco agudo en el cuello.

—Si no te follo pronto, puede que tenga que matar a alguien.

Lo observé darse la vuelta y salir a zancadas. Estaba empezando a sentirme de la misma manera.

CAPÍTULO

DIECISIETE

Kratos

—Vuelvo a disculparme por interrumpirle, Raas —Bron caminaba rápidamente a mi lado mientras nos dirigíamos por los pasillos de acero hacia la cubierta de mando.

Mi corazón aún latía con fuerza y el dulce sabor de la hembra permanecía en mi lengua, pero hice un gesto con la mano para restarle importancia. —¿Dijiste que tenemos un cautivo?

—Pensamos que deberíamos mantener a uno con vida para interrogarlo. Al menos por ahora.

Ambos sabíamos que el cautivo no viviría mucho tiempo, pero Bron había hecho bien en retener a uno para interrogarlo. —Fuiste sabio al llamarme. Tengo algunas preguntas para este mercenario.

La nave retumbó bajo mis pies mientras caminábamos, y me alegré de que estuviéramos nuevamente en el aire. Había seguridad para nosotros en el espacio, especialmente porque volábamos sin ser detectados.

Llegamos a la cubierta de mando y la cruzamos rápidamente mientras los guerreros hacían resonar sus talones en señal de saludo. Unas amplias puertas de hierro se deslizaron al otro lado para revelar la sala de interrogatorios de mi jefe de batalla, el *oblek*. Estrecha y aún más envuelta en oscuridad que la cubierta de mando,

la habitación contenía poco más que cadenas que colgaban del techo.

El cautivo lussite colgaba de las cadenas por los brazos, con la cabeza caída hacia adelante como si estuviera dormido o muerto. Esperaba que no fuera ninguna de las dos cosas.

Corvak se giró bruscamente cuando entramos. —Raas, he estado interrogando a este invasor.

—¿Algo hasta ahora? —pregunté, cruzando los brazos sobre el pecho y observando el torso desnudo de la criatura y las crestas que se extendían desde su cuello hasta sus hombros.

Corvak se encogió de hombros. —Solo que no es el líder, y que su objetivo no era la nave. Ni nosotros.

—Lo sé —me acerqué al prisionero—. Iban tras mi... la hembra humana.

Bron giró la cabeza hacia mí. —¿Por qué los mercenarios lussite querrían una hembra humana? ¿Cómo supieron de ella?

—Los Zagrath —gruñó Corvak—. Solo podría ser nuestro enemigo.

—También podrían haber sido los humanos a los que se la quitamos —dije, inclinándome para mirar la cabeza inclinada del mercenario—. Su capitán en particular no estaba contento con el trato que la humana hizo conmigo.

—Te dije que deberíamos haberlos matado a todos —dijo Corvak, entre dientes.

Me giré hacia él. —Sí, primo. Sé lo que dijiste. Pero ya está hecho.

Él emitió otro ruido que me indicó claramente que no consideraba terminada la discusión.

Desengaché mi hacha de batalla de mi cintura y usé el extremo para levantar la cabeza del cautivo y poder ver mejor su rostro. Las crestas que cubrían su frente estaban manchadas de sangre y un moretón púrpura florecía en su mandíbula amarillenta. —Los humanos no parecían ser del tipo que interactúa con lussites como este. Además, los lussites rara vez abandonan este sector. ¿Cómo se habrían cruzado con el carguero humano que se dirigía lejos del espacio vandar?

—Entonces, deben haber sido los Zagrath —dijo Corvak—. Los humanos trabajaban para ellos. Deben haber informado del secuestro y transmitido información sobre nuestra nave y nosotros.

Dejé caer la cabeza del alienígena. —¿Crees que los Zagrath contrataron a estos alienígenas?

Bron se balanceó sobre sus talones. —Han usado mercenarios contra nosotros antes.

Eso era cierto. Nuestro enemigo había venido contra nosotros con su flota imperial, pero también se sabía que empleaba mercenarios para rastrearnos.

—Pero si fueran los Zagrath, ¿por qué querrían matar a la humana? —pregunté.

—¿Matarla? —Bron me miró fijamente—. ¿No estaban aquí para llevársela de vuelta?

Negué bruscamente con la cabeza. —La hembra los escuchó hablar. Sus instrucciones eran sacarla de nuestra nave y deshacerse de ella.

Corvak frunció el ceño. —¿Está segura? Eso no tiene sentido.

—Eso es lo que ella dijo —caminé alrededor del alienígena colgante, evaluando su ropa sucia.

—Pero Raas —Corvak bajó la voz—. Es una hembra. Podría haberte mentido.

Entrecerré los ojos hacia él. —Ella no mintió.

—No tiene sentido —repitió Corvak.

—Lo tiene si los Zagrath están tratando de llegar a ti, Raas —dijo Bron, mirándome a los ojos—. Te han rastreado el tiempo suficiente para saber que los vandar no toman cautivos. Tal vez piensan que hay una razón por la que has reclamado a esta hembra. Podrían estar yendo tras ella para asestarte un golpe.

Tragué saliva ante esto. Antes, la idea de que me quitaran una hembra no habría tenido consecuencias. Nunca me había apegado a una. Ningún Raas vandar lo hacía, hasta que entregaban su horda a un sucesor. Pero ahora...

—Raas apenas conoce a esta hembra —Corvak soltó una risa áspera—. Si los Zagrath creen que nos debilitarán matando a una humana, no conocen a los vandar tan bien como deberían.

—De acuerdo —dijo Bron, su mirada pasando sobre mí por un momento antes de dirigirse hacia el cristal curvo que iba del suelo al techo y daba a la negrura del espacio—. Pero si los Zagrath creen que la hembra es un punto débil para nuestro Raas, seguirán viniendo por ella... y por nosotros.

—Que vengan —golpeé el extremo de mi hacha contra el suelo —. Los vandar no temen a los Zagrath. Los hemos estado cazando durante generaciones, y continuaremos cazándolos hasta que el imperio no sea más que un vago recuerdo.

Corvak desenganchó su propia hacha y la golpeó contra el suelo. —El Raas dice la verdad. Somos nosotros quienes los cazamos y sembramos el terror en los corazones de sus soldados. Son nuestros asaltantes quienes arrasan sus asentamientos y destruyen sus puestos avanzados ilegales.

El lussite gimió mientras se agitaba, levantando la mirada hacia nosotros. Sus ojos se abrieron de par en par y tiró de las cadenas que lo mantenían en alto.

—¿Estás listo para decirle al Raas de los vandar quién ordenó este ataque? —Corvak avanzó hacia él con su hacha balanceándose a su lado.

La mirada del alienígena se dirigió hacia mí, y su lengua lamió sus labios nerviosamente. —No lo sé. Nuestro jefe de tripulación no nos lo dijo. Solo que era alguien con mucho poder y mucho dinero.

—¿Los Zagrath? —insistí, manteniendo su mirada con la mía.

—No lo sé —temblaba visiblemente mientras Corvak caminaba detrás de él—. Podría haber sido. Tienen ambas cosas.

—¿Y se les encomendó sacar a la humana de mi nave y matarla? —pregunté.

Torció la cabeza para buscar a Corvak, que estaba detrás de él balanceando su hacha a sus pies.

—Responde al Raas —dijo Bron, con voz dura.

El lussite volvió la cabeza bruscamente hacia mí. —Así es, pero puede que no la hubiéramos matado de inmediato —me lanzó una mirada lasciva que probablemente pretendía crear un vínculo entre nosotros como hombres. Me había juzgado mal.

—¿Algo más antes de que te liberemos? —pregunté, mientras mi piel se erizaba con el deseo de añadir más moratones al cuerpo del alienígena por lo que había insinuado que él y sus mercenarios le habrían hecho a mi hembra.

—Eso es todo lo que sé —se enderezó, claramente aliviado de que lo fuéramos a liberar.

Asentí, alejándome de él. —Debes saber que nadie toma de los Vandar sin castigo, especialmente no del Raas.

Dirigí mis ojos hacia Corvak, cuya cola se agitaba ansiosamente en el aire detrás de él, e incliné la cabeza casi imperceptiblemente. Los ojos del lussite se abrieron de par en par con entendimiento solo momentos antes de que el hacha de mi jefe de batalla le separara la cabeza del cuerpo.

Incliné mi cabeza hacia él. —Bien hecho, primo.

Corvak se enderezó, limpiando la hoja circular y ensangrentada de su hacha en su falda de cuero. —Ese es solo un soldado y un grupo de caza. Si los Zagrath la quieren muerta, seguirán viniendo. ¿No crees que su presencia pone en riesgo nuestra nave, Raas?

Me erizé ante el desafío, pero me calmé. Era su trabajo como mi jefe de batalla advertir sobre los peligros. Y habíamos aprendido que Astrid era un peligro. —No tememos a los Zagrath, ni cedemos a sus deseos —me encontré con su mirada—. Los combatiremos como siempre lo hacemos.

—Sí, Raas —juntó los talones con brusquedad.

Me di la vuelta y salí del *oblek* con Bron pisándome los talones. Cuando casi había llegado a las puertas, se interpuso frente a mí. —¿Podría hablar con usted, Raas? —inclinó la cabeza hacia mi sala de estrategia cerca de las puertas de la cubierta de mando.

—Siempre tengo tiempo para mi *majak* —dije, haciéndole un gesto para que me siguiera a la sala privada.

Una vez que estuvimos dentro y las puertas se cerraron con un silbido, me apoyé contra el escritorio de ébano. —Di lo que tienes en mente, Bron.

—¿Puedo hablar libremente, Raas?

Crucé las piernas a la altura de los tobillos. —Lo preferiría.

—Debe ser visto comandando. Acabamos de ser atacados. La noticia se extenderá rápidamente de que fue por causa de la hembra. Su tripulación debe verlo liderándolos y no cayendo bajo su hechizo.

Me enderecé. —No estoy bajo el hechizo de nadie.

—Lo conozco desde hace mucho tiempo, Kratos. Nunca lo he visto así. Puede que no sea un hechizo, pero hay algo en ella que lo hace diferente.

—Tal vez sea la primera cosa que no he tenido que tomar por la fuerza y la violencia —espeté, apartándome de mi *majak* y mirando hacia las ventanas.

—Pero usted la tomó.

No puedo decirle que aún no he reclamado a la hembra. Que estoy esperando hasta que ella venga a mí. Un Raas de los Vandar no espera por ninguna hembra. —Bien. Me quedaré en la cubierta de mando.

Bron soltó un suspiro detrás de mí.

Me volví de nuevo, cruzando los brazos sobre mi pecho desnudo. —Pero quiero un guardia para ella. Y alguien que le haga compañía.

—¿Hacerle compañía? —el rostro de Bron se arrugó con confusión.

—Uno de los aprendices. Asigna a nuestro aprendiz más inteligente para que sea su compañero cuando yo no esté con ella.

—¿Cree que querrá pasar su tiempo con un chico Vandar?

—No tendrá elección.

Me volví de nuevo para mirar la extensión negra del cielo. Y yo no tenía otra opción que hacer lo que fuera necesario para proteger lo que era mío.

CAPÍTULO

DIECIOCHO

Astrid

Había estado fuera un buen rato, pero mi corazón aún no había recuperado su ritmo natural. Me senté al borde de la cama, intentando no revivir lo que había sucedido, pero teniendo dificultades para no pensar en lo fuerte que el Vandar Raas me había hecho llegar al clímax.

—Contrólate, Astrid —me dije, agradecida de escuchar mi voz en la habitación silenciosa. Después de los ruidos de la batalla, el suave zumbido de los motores de la nave parecía casi demasiado silencioso. No es que quisiera pasar por un ataque así de nuevo, pero no me gustaba estar sola. Otra vez.

Tarareé suavemente para mí misma, el sonido me calmó al instante. *Eso estaba mejor*, pensé. *No estoy sola.*

La alternativa a la soledad era que Kratos regresara. Me froté las palmas húmedas en el frente de mi vestido. ¿Estaba realmente lista para eso? Mi cuerpo parecía pensar que sí, ya que toda mi sangre se precipitaba hacia el sur cada vez que pensaba en el enorme alienígena con su cabeza enterrada entre mis piernas.

Incluso mientras mi cuerpo se calentaba con el recuerdo, una parte de mí sentía una punzada de culpa. No se suponía que me entregara tan ansiosamente a mi captor. Se suponía que debía resistirme en caso de que mi hermana lograra organizar un rescate.

Pero, ¿realmente quería ser rescatada? ¿A qué volvería realmente? ¿A una vida triste en un carguero destartalado como la hermana incompetente del capitán?

Sacudí la cabeza. No debería tener pensamientos tan ingratos. Tara había hecho todo lo posible por mí. No era su culpa que mis talentos no estuvieran en los viajes espaciales y que hubiera sido un fracaso en cada trabajo que me había dado. No sabía en qué era buena, pero no era nada técnico ni mecánico.

Tomé una larga bocanada de aire. ¿Realmente pensaba que ser una cautiva de los Vandar era una vida mejor que la que tenía con mi hermana? Ciertamente había sido más emocionante hasta ahora. Y me gustaba ser deseada por alguien. En la nave de Tara, nadie me necesitaba para nada.

Claro, el Raas era intenso, y corría un serio peligro de perder mi virginidad con él, pero ¿para qué la estaba guardando, de todos modos?

—No es como si alguien más la quisiera. —Al menos nadie que me interesara. El torpe hacker de sistemas de la nave de mi hermana que no se duchaba lo suficiente *no* contaba.

Cuanto más tiempo pasaba con el oscuro y peligroso Vandar, más difícil era recordar por qué seguía diciendo que no. No cuando me hacía sentir como lo hacía, y no cuando era tan bueno con su lengua.

No pude evitar reírme para mis adentros, tapándome la boca con la mano cuando la puerta se abrió con un susurro. Me puse de pie de un salto, esperando que Kratos entrara a zancadas en la habitación. Pero no era Kratos, era uno de sus guerreros y un niño.

—¿Puedo ayudarlos? —los miré a ambos.

El guerrero Vandar inclinó ligeramente la cabeza.

—Soy Bron, el *majak* del Raas.

—¿*Majak*?

—Su guerrero de mayor confianza. Su segundo al mando.

—Oh, eres su primer oficial.

Inclinó la cabeza hacia mí.

—Si es así como lo llaman los humanos. El Raas me pidió que te revisara. Ha sido retenido en el puente de mando.

Intenté ocultar mi decepción.

—¿Sabes cuándo volverá?

—Podría tardar un rato. Hay mucho que hacer después de un ataque.

—Por supuesto. —Tenía la sensación de que este *majak* sabía que el ataque había sido todo por mí.

—El Raas ha asignado un guardia fuera de la habitación, y este asistente para que te haga compañía. —Puso una mano en la espalda del niño y lo empujó hacia adelante. El joven Vandar llevaba un kilt similar al de los guerreros asaltantes, pero estaba hecho de una tela gruesa y oscura, en lugar de cuero. El cinturón alrededor de su cintura también era de tela, con una pequeña daga atada a él en lugar de un hacha de batalla gigante.

Miré al niño y sus mejillas sonrojadas.

—¿Hacerme compañía?

Bron dio un paso atrás.

—No quería dejarte sola de nuevo. Krin te hará compañía hasta que el Raas regrese.

Antes de que pudiera discutir este plan, Bron había abandonado la habitación. El niño llamado Krin se quedó mirando la puerta cerrada como si quisiera que se abriera de nuevo. Era obvio que el chico tenía tan poca opinión en el plan del Raas como yo.

Por un segundo, quise correr tras Bron y decirle que no necesitaba una niñera, y ciertamente no un niño prepúber. Luego miré al niño con el pelo oscuro y alborotado y una cola inquieta. Podría ser solo un niño, pero era un niño Vandar. Tal vez no sería tan malo pasar más tiempo con alguien que conocía a Kratos. O al menos que sabía más sobre él que yo.

—Pasa —dije—. ¿Tienes hambre?

Me miró con sus grandes ojos marrones.

—No creo que se suponga que deba comer tu comida.

Agité una mano mientras caminaba hacia la mesa del comedor. Las cúpulas aún cubrían la cena que Kratos y yo no habíamos terminado. Estaba segura de que parte de la comida no estaría buena fría, pero debía haber algún tipo de postre que pudiera usar para tentar a Krin.

—Si eres mi asistente, entonces creo que yo debería hacer las reglas, ¿verdad?

Se encogió de hombros, pero vi una sonrisa asomarse en las comisuras de su boca.

—Y creo que debes tener hambre. —Llegué a la mesa y comencé a levantar las pesadas cúpulas metálicas de los platos—. ¿Te apetece algo?

Sus ojos se agrandaron cuando revelé un cuenco lleno de nudos de pan.

—Me gustan esos.

Señalé un banco y puse el cuenco frente a él.

—Come todos los que quieras.

Sentándome a su lado, lo observé devorar al menos tres de los nudos de pan antes de que hiciera una pausa para respirar.

—¿Seguro que no quieres uno? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Son todos tuyos. Supongo que no comes tan bien como el Raas, ¿verdad?

Me dio una mirada que me decía que pensaba que yo podría ser simple.

—Nadie come como el Raas. Pero él es el Raas.

—¿Y cuál es tu trabajo en la nave? —Nunca había oído hablar de niños pequeños en las naves asaltantes Vandar.

—Soy un aprendiz —dijo con la boca llena—. Es un honor ser elegido para aprender a ser un asaltante. Luego, cuando somos lo suficientemente mayores, si somos lo suficientemente buenos, podemos unirnos a nuestra propia horda de asaltantes.

—¿Qué pasa con sus familias?

—Algunos de nosotros no tenemos, pero el resto dejamos a nuestras familias en los asentamientos Vandar.

Mi corazón se encogió.

—¿Los vuelven a ver alguna vez?

—Claro que sí. Las hordas visitan los asentamientos, y luego, cuando terminamos de ser asaltantes, volvemos a vivir allí.

Nunca había oído hablar de asentamientos Vandar. Aunque, había mucho sobre los Vandar que era un misterio para mí.

—¿Pero nunca vuelan hembras con sus hordas? —pregunté.

Me miró a los ojos, luego bajó la mirada, negando con la cabeza.

—Nunca.

—¿Qué opinas de que el Raas me haya traído a bordo, Krin?

El chico se encogió de hombros otra vez. —Es el Raas. Puede hacer lo que quiera —Me miró de reojo bajo unas pestañas largas que cualquier mujer envidiaría—. Y eres lo suficientemente guapa como para que cualquier macho te quiera para calentar su cama, aunque no tengas cola. Al menos, eso es lo que dice la tripulación.

Intenté no ofenderme por el hecho de que la tripulación Vandar estuviera hablando de que yo calentara todas sus camas, y de mi falta de cola. —¿La tripulación está molesta porque estoy aquí?

—No, mientras no hagas que nuestro Raas se ablande —Partió un trozo de pan en dos—. Los humanos son demasiado blandos.

—Y sin cola —añadí con una sonrisa.

Me devolvió la sonrisa. —Eso también.

Conociendo un poco la violenta historia de la Tierra, no estaba tan segura de que los humanos fueran blandos, pero no discutí con él. —Prometo no ablandar a tu Raas. No puedo imaginar que alguien tan fiero como él pueda ser blando alguna vez.

Una sonrisa se extendió por el rostro del chico. —Es el Raas más duro que existe. Incluso más que su padre. Dicen que uno de sus hermanos muestra poca misericordia, pero nuestro Raas tiene más victorias.

—¿Sus hermanos también lideran sus propias hordas de naves?

Krin levantó dos dedos. —Dos de ellos. Aunque no sé cuánto les aprecia el Raas.

—Los hermanos suelen pelearse entre ellos. Las hermanas también.

—¿Tienes un hermano o una hermana? —me preguntó el chico.

—Una hermana —dije, con la garganta apretada—. No nos peleábamos demasiado.

El chico levantó la mano y tocó mi pelo. —¿Es tan guapa como tú?

—Más guapa.

El chico arrugó la nariz como si no me creyera. —Bueno, yo sigo prefiriéndote a ti.

Me reí. Los Vandar, si algo eran, era leales. —Me imagino que un aprendiz tan listo como tú debe conocer todo sobre esta nave, ¿verdad?

Sacó pecho. —Casi todo.

Miré de reojo la comida en la mesa. —Me cuesta creer que los Vandar no coman postre. ¿Qué te parece si me llevas a las cocinas y buscamos algo dulce?

CAPÍTULO

DIECINUEVE

Kratos

Me apoyé en la consola mientras miraba por encima del hombro de Corvak. —¿Aún nada?

El puente de mando zumbaba de actividad, los guerreros alerta mientras nuestra horda volaba en formación de caza en busca de naves Zagrath. Aunque no podía ver las otras naves de guerra negras que nos flanqueaban desde el frente de la nave, sabía que estaban allí, volando invisibles. Escuchaba el parloteo de las transmisiones entrantes de los capitanes de las naves de mi horda y el pitido de nuestros sensores mientras escaneaban el espacio.

—No llevamos tanto tiempo cazando, Raas —había impaciencia en la voz de mi jefe de batalla, que ignoré.

Sabía que tenía razón. Solo habíamos estado escudriñando el sector desde el segundo turno, pero estaba seguro de que ya nos habríamos encontrado con algunas naves Zagrath. No se hacían tratos con mercenarios de baja tecnología como los Lussites sin algún contacto, así que tenía sentido que hubiera alguna actividad Zagrath cerca de Jaldon. Hasta ahora, no habíamos encontrado nada.

—Deberíamos acercarnos más al territorio neutral —dijo mi jefe de batalla—. Allí seguro que encontraremos Zagrath.

—No quiero destruir naves Zagrath por deporte —apreté con fuerza el duro borde de la consola por la frustración—. Necesito

saber quién está detrás de este complot.

Corvak me observó mientras me pasaba una mano por el pelo. —¿Ha cambiado nuestra misión, Raas? ¿Ya no cazamos a todos los Zagrath?

Gruñí por lo bajo. Odiaba que mi primo me cuestionara, y especialmente delante de mi tripulación. Me erguí en toda mi estatura y lo miré desde arriba. —Sabes muy bien que nadie desprecia a los Zagrath tanto como yo. Pero no sirve a mi propósito volarlos a todos por los aires antes de determinar que, en efecto, están detrás del cobarde ataque a nuestra nave y a mi propiedad.

Los ojos de Corvak se desviaron por un momento antes de encontrarse de nuevo con los míos. —¿Quién más, Raas?

Me alejé de él girando y miré fijamente a través del amplio cristal frontal de la nave. —Eso es lo que debo averiguar.

—Raas —llamó Bron desde donde estaba de pie junto a una consola cercana—. Deberías ver esto.

Di unos pasos largos para alcanzarlo, quedando hombro con hombro con mi *majak* mientras me concentraba en la carta estelar que iluminaba la pantalla. —¿Qué ves?

—No se trata de los Zagrath. No directamente, pero pensé que te interesaría saber sobre la ruta del carguero del que tomamos a tu cautiva.

Entrecerré los ojos ante el punto azul que había resaltado y su trayectoria desde que lo interceptamos. —¿No ha continuado su ruta original?

Bron negó con la cabeza. —Parece estar volando en un patrón de búsqueda.

—¿Crees que nos está buscando? —solté una carcajada—. ¿Ese triste carguero cree que puede rastrear a una horda de asaltantes Vandar volando invisible?

—La capitana femenina parecía ser obstinada y carente de prudencia.

Deslicé mis ojos hacia Bron. —Muestras gran contención, *majak*.

Se encogió de hombros. —Parece ser valiente. Le concederé eso a la obstinada hembra.

Miré de nuevo la ruta del carguero mientras bordeaba el territorio Vandar. —O increíblemente estúpida —negué con la cabeza—. No puedo preocuparme por una nave que nunca nos encontrará. Ahora mismo, debo concentrarme en averiguar quién se atrevería a abordar mi nave e intentar llevarse lo que es mío —bajé la voz—. ¿La hembra estaba bien cuando la dejaste con el aprendiz?

Inclinó la cabeza hacia mí. —Sí, Raas. Aunque no estoy seguro de que el chico fuera una buena idea.

—¿Por qué no?

Bron dudó, como si considerara si decírmelo o no. —Le pedí al guardia que aposté fuera de tus aposentos que me informara directamente.

—¿Sí? ¿Hay algún problema?

—No es tanto un problema, Raas —Bron apretó los labios brevemente—. Pero la humana y su aprendiz ya no están en tus aposentos.

—¿Qué? —El pánico revoloteó en mi pecho. El mismo pánico que sentí cuando corrí a mi habitación y encontré que Astrid no estaba—. ¿Y no pensaste que era un problema que mi hembra estuviera desaparecida?

—No está desaparecida. Ella y el chico están en las cocinas.

Parpadeé varias veces, sin estar seguro de haber oído correctamente. —¿Las cocinas? ¿De esta nave? ¿Por qué está allí?

—Por lo que entiendo, ella y el chico están buscando algo que ella llama 'postre'.

—¿Por qué el guardia los dejó salir de mis aposentos en primer lugar? —apreté los puños a mis costados.

—Por lo que entiendo, fueron muy convincentes —Bron fijó su mirada en la mía—. No es como si pudiera escapar de una nave en movimiento, Raas. No puede pilotar nuestras naves. Si sigue siendo tu cautiva y hay algún peligro de que quiera escapar, eso es. Si es más que eso, deberías considerar darle algunas libertades.

Fulminé con la mirada a mi *majak*, odiando la verdad en sus palabras. —No necesito consejos sobre qué hacer con la hembra —me di la vuelta bruscamente, mi falda golpeando mis muslos—. Me encargaré de esto yo mismo. Tienes el puente de mando.

Me alejé sin mirar atrás, mis largas piernas devorando el suelo mientras me dirigía rápidamente a través de la nave. Pudiera o no abandonar la nave, no podía permitir que la hembra deambulara libremente por un pájaro de guerra asaltante. Por un lado, ella pertenecía a mis aposentos conmigo. Quería encontrarla allí cuando regresara del puente de mando. Y por otro, no había hembras en las naves Vandar por una razón. No quería que mi tripulación codiciara lo que me pertenecía, aunque el vestido que llevaba ocultaba bien sus curvas.

Bajé golpeando una escalera de hierro en espiral, saltando los dos últimos escalones y aterrizando con fuerza en el suelo. La sangre corría caliente por mis venas mientras pensaba en otros ojos masculinos sobre Astrid. Nunca había tenido ningún problema en compartir hembras antes, ya que la mayoría de mis encuentros habían sido con complacientes. Pero ellas no eran ella, y no habían sido mías. Aunque me atraía el acero interior que ella no sabía que tenía, eran sus suaves curvas e inocencia lo que encendía mi necesidad de protegerla. Era mi opuesto en todos los sentidos, y ansiaba el equilibrio que sacaba en mí.

Cuando llegué a la abertura arqueada que conducía a la cocina, me detuve afuera para recuperar el aliento y calmar mi temperamento. Quería regañarla, no aterrorizarla.

—¿Nunca has probado el pastel? —la voz de Astrid se elevó por encima del ronco rumor de los motores.

—¿Qué es pastel? —preguntó otra voz, y supe que debía ser el aprendiz que le habían asignado.

Eché un vistazo rápido alrededor del marco de la puerta y vi a la pareja de pie junto a una larga mesa de acero. Me escondí de nuevo para que no me vieran. Sabía que mi intención había sido arrastrarla de vuelta a mis aposentos, pero tenía curiosidad. Quería oír más sobre este pastel.

Astrid se rió. —Es algo dulce y delicioso que se come en ocasiones especiales, como cumpleaños.

—¿Cumpleaños?

—No me digas que los Vandar no celebran cumpleaños —resopló —. ¿Así que nunca has tenido un pastel de cumpleaños?

—No —dijo el chico—. ¿Recibes un pastel entero cada vez que cumples años?

—Por supuesto, pero solo tienes un cumpleaños al año para celebrar el día en que naciste.

—¿Por qué celebrarías haber nacido? Eso no es un logro —el chico Vandar sonaba tan confundido como yo. Esta tradición humana parecía muy extraña.

—No necesitas un logro para celebrar —dijo Astrid—. Todos deberían ser celebrados simplemente por existir.

—Tú no eres Vandar —gruñó el chico—. Nosotros celebramos cuando uno es iniciado en los asaltantes, o después de una batalla muy grande. No por simplemente haber nacido.

Astrid se rió de nuevo.

—No vas a arruinarme los cumpleaños, Krin. Cuando era pequeña, mis padres hacían de los cumpleaños algo muy especial. Teníamos regalos, globos por todas partes y cualquier sabor de pastel que quisiéramos. Era el único día en que podíamos hacer lo que quisiéramos.

—Eso sí suena divertido —dijo Krin, su determinación claramente vacilando.

—Era lo mejor —la voz de Astrid se apagó y aclaró su garganta —. Pero eso fue hace mucho tiempo, y no he tenido un pastel de cumpleaños en años.

—Tal vez podríamos hacer uno, aunque no sea el cumpleaños de nadie.

—Esa es una gran idea, Krin. Y como no sabemos cuándo es tu cumpleaños, ¿podría ser el tuyo, verdad?

—Supongo que sí.

Astrid aplaudió.

—Como nunca has tenido uno antes, este será oficialmente tu primer pastel de cumpleaños.

Miré alrededor de la esquina de nuevo y la vi hurgando en algunos armarios y entregando cosas al chico de pelo desgreñado, que sonreía ampliamente. Di unos pasos atrás y me apoyé contra la pared del pasillo.

Mi ira se había evaporado mientras la escuchaba hablar sobre su pasado y la inusual tradición humana de los cumpleaños. Ya no tenía ganas de arrastrarla de vuelta y encerrarla en mis aposentos. Extrañamente, quería dejarla hacer su pastel.

Solté un suspiro mientras caminaba de vuelta al puente de mando, esperando que esto no significara lo que temía.

Ningún Raas podía permitirse ablandarse. No a menos que quisiera firmar su propia sentencia de muerte.

CAPÍTULO
VEINTE

Kratos

Tomando una bocanada de aire, escudriñé el ring de combate vacío. Los únicos sonidos eran la vibración de la nave bajo mis pies y mi propia respiración agitada. Me pasé el dorso de la mano por la frente sudorosa y luego por el pecho húmedo, arrojando las gotas de sudor al suelo.

Mis músculos temblaban por el esfuerzo, pero mi cabeza ya no estaba tan confusa. Seguía siendo Raas, sin importar lo que sintiera por la humana. Y aún había destruido más naves Zagrath que cualquier otro Raas.

Cuando la jaula de metal crujió, di media vuelta con el hacha en alto. Al ver quién estaba fuera, dejé caer mi arma.

—Corvak. ¿Traes noticias de los Zagrath?

—Nada aún, Raas —me miró fijamente—. Escuché que estabas entrenando y pensé en unirme a ti.

Incliné la cabeza hacia él. Hacía mucho tiempo que no entrenaba con mi primo. Normalmente era mi *majak* quien se metía en el ring conmigo.

—¿Deseas luchar contra tu Raas?

Empujó la puerta y entró conmigo.

—Quizás mi Raas necesite un desafío.

Había un nuevo filo en sus palabras. Extendí una mano, moviendo los dedos hacia mí.

—*Vaes*, primo. Muéstrame lo que tienes.

Me dedicó una sonrisa amenazante, desenganchando su propia hacha de su cintura y balanceándola junto a sus piernas.

—Con gusto, Kratos.

Aunque éramos parientes, Corvak rara vez me llamaba por mi nombre de pila. A pesar de ser primos, no éramos tan cercanos como Bron y yo. Siempre había existido una distancia entre mi jefe de batalla y yo. No sabía si era por la mala sangre entre nuestros padres, o si mi ascenso al rango de Raas —junto con mis dos hermanos— había hecho que me mantuviera a distancia.

Nunca me había molestado antes. Siempre había hecho bien su trabajo, y un Raas no necesitaba el afecto de su tripulación. Pero ahora, mientras lo veía avanzar hacia mí, me preguntaba qué pensaba realmente mi primo de mí. Y si sería más feliz si yo ya no fuera Raas, o si ya no estuviera vivo.

—Supongo que no necesitaremos las hachas de entrenamiento, ¿verdad? —pregunté, viendo el brillo de su hoja.

—No las necesitaremos —con un rugido, se abalanzó sobre mí y blandió su hacha hacia mi cabeza. Me agaché, lanzándome a través de la jaula y poniéndome de pie con mi propia arma en alto.

Corvak ya estaba cargando contra mí. Lancé mi hoja hacia él, rozando apenas su oreja mientras esquivaba hacia un lado, girando e intentando rodearme por detrás.

Giré con él, mi hacha siguiendo la rotación de mi cuerpo y haciendo contacto con la curva de su hoja. El impacto reverberó por mi brazo y me hizo tambalear hacia atrás.

—¿Tienes algo que quieras decirme, Corvak? —pregunté, cuando él también tropezó hacia atrás.

—Ya te he dicho lo que pienso —jadeó, con la cara ya enrojecida —. Te niegas a escucharme.

—Dímelo otra vez —gruñí—. ¿Qué piensas?

Pasó el mango de su hacha de una mano a otra mientras me miraba fijamente.

—Estás dejando que esa hembra te influencie.

—Falso —dije, apretando el mango de mi arma—. Todo lo que hago es para proteger a los Vandar.

—Y para protegerla a ella —escupió.

—Ella es mía para proteger —mis palabras fueron bajas y mortales—. La tomé como mi premio. Un Raas toma lo que quiere, y nadie dañará lo que es mío.

—Esa puta será nuestra perdición —la voz de Corvak se elevó a un grito—. Ella te gobierna a ti, y gobierna a la horda.

La rabia burbujeo mientras me lanzaba contra él, golpeando mi cuerpo contra el suyo y haciendo que su hacha saliera volando de su agarre.

—¡Nadie gobierna mi horda más que yo, y nadie cuestiona mi lealtad hacia ella!

Corvak cayó al suelo con fuerza, y lo inmovilicé con el largo mango de mi hacha sobre su garganta y mis piernas sujetando sus brazos a sus costados. Se retorció debajo de mí, un brazo intentando alcanzar su hacha que yacía no muy lejos de él.

—¿Tomarías tu hacha y me derribarías, primo? —pregunté, inclinando mi rostro sobre el suyo—. ¿Así es como muestras lealtad a tu Raas?

Sus ojos brillaron mientras me miraba, luego su cuerpo se relajó y sus ojos se cerraron.

—Perdóneme, Raas.

Me puse de pie, recogiendo su hacha y sosteniendo ambas armas mientras él se levantaba. Su pecho se agitaba mientras recuperaba el aliento.

—Si alguna vez vuelves a cuestionar mi lealtad hacia mi horda, Corvak, te arrojaré por una escotilla —mi voz era poco más que un siseo—. Después de cortarte la cabeza.

—Me equivoqué al cuestionarlo, Raas —no levantó la mirada—. Pero no entiendo por qué no matamos a estos Zagrath.

—No necesitas entender —le arrojé su hacha—. Raas no necesita explicarse ante nadie. Ni siquiera ante su jefe de batalla.

Su cabeza se alzó de golpe.

—¿Sigo siendo su jefe de batalla?

Lo estudié por un momento, preguntándome si *debería* arrojarlo por una escotilla, ya que el descontento podía propagarse por la tripulación como un virus.

—Por ahora —dije finalmente, girándome y saliendo a pisotones del ring de combate. Me detuve al pie de las escaleras, volviéndome y señalándolo con mi hoja—. No confundas mi misericordia con debilidad. Si lo haces, será el último error que cometas.

Juntó los talones y alzó la barbilla.

—Sí, Raas.

Mi corazón latía con fuerza mientras me dirigía furioso a través de la nave hacia mis aposentos. Corvak tenía razón en una cosa. No podía dejar que ninguna hembra me gobernara.

Un Raas no hacía tratos. Un Raas tomaba lo que quería cuando lo quería. Era hora de que la hembra aprendiera eso.

CAPÍTULO

VEINTIUNO

Astrid

Sentí su peso en la cama cuando el movimiento me sacó del sueño. Había enviado a Krin de vuelta a sus propios aposentos hacía un rato, sabiendo que Kratos regresaría y no le gustaría ver a un joven acurrucado como un cachorro al pie de su cama.

Habíamos logrado hacer un pastel de cumpleaños aceptable, y Krin lo había devorado como si fuera un niño probando azúcar por primera vez. Su entusiasmo me hizo olvidar todo sobre dónde estaba y lo conflictiva que me sentía acerca de los Vandar, y el Raas que hacía que mi corazón se acelerara.

Al darme la vuelta, parpadeé varias veces para enfocar la vista en la oscuridad. Luego me senté rápidamente cuando mis ojos se fijaron en él. Kratos estaba completamente desnudo al pie de la cama, con una rodilla sobre el colchón y su miembro erecto sobresaliendo de su cuerpo. Su pecho subía y bajaba como si hubiera corrido todo el camino hasta sus aposentos, y su cuerpo brillaba de sudor.

—¿Estás bien? —pregunté—. ¿Pasó algo?

Tiró de las sábanas de seda, revelando un camisón más corto que había seleccionado de entre la ropa que me habían traído. Su mirada se dirigió a mis piernas casi desnudas y dejó escapar un gruñido bajo.

—He sido lo suficientemente paciente, Raisa.

Me agarró por los tobillos y me atrajo hacia él con un solo movimiento rápido, haciendo que el camisón se subiera hasta mi cintura.

Intenté bajarlo de nuevo, pero apartó mis manos y rasgó la tela sedosa completamente de mi cuerpo.

—¿Qué crees que estás haciendo? —exclamé, aunque no había mucha duda en mi mente sobre lo que estaba sucediendo exactamente.

Tomó mis manos y las inmovilizó sobre mi cabeza.

—Lo que debería haber hecho desde el primer segundo que estuve a solas contigo. Lo que he querido hacer desde que te vi en esa nave —bajó la cabeza hasta que estuvo junto a la mía, inhalando profundamente—. Te estoy reclamando como mía, hembra. A partir de este momento, serás propiedad del Raas Kratos de los Vandar. Nadie más puede ponerte un dedo encima. Y nadie más puede poseerte jamás.

Mi corazón latía como un cable de trampa mientras luchaba por liberar mis manos. Su cuerpo presionaba con fuerza contra el mío, haciendo que mi respiración se volviera entrecortada. Su propio aliento era cálido contra mi cuello, enviando espasmos de placer no deseado a través de mí mientras me arqueaba hacia atrás.

—No puedes escapar de mí, Raisa —mordisqueó mi garganta entre palabras—. Eres mía. ¿Lo entiendes?

Mis muslos estaban resbaladizos, mientras el calor pulsaba entre mis piernas, y maldije a mi cuerpo por su respuesta traidora. Negué con la cabeza pero no hablé.

—Sé que lo entiendes —murmuró, su voz más suave mientras zumbaba en mi oído—. Siempre has sido mía, ¿verdad? Siempre me has estado esperando. Por eso no hubo otros machos antes. Estabas destinada para mí.

Sujetó ambas muñecas juntas con una de sus manos y movió la otra por un lado de mi cuerpo ahora desnudo. Aunque sus manos eran enormes, no fue brusco cuando sus dedos rozaron la curva de mi pecho. Levantando la cabeza de mi cuello, encontró mi mirada, sus propios ojos negros y brillantes.

—Dímelo.

Mi pulso se aceleró, y mi garganta estaba tan seca que solo pude emitir un sonido agudo y entrecortado.

El señor de la guerra Vandar usó sus rodillas para separar mis piernas, su miembro duro contra mis muslos.

—*Tvek* —sus ojos se pusieron en blanco por un momento, y se mordió el labio inferior—. Ya estás empapada para mí.

Mis mejillas ardían. No podía creer lo húmeda que estaba, o que realmente quisiera que este enorme alienígena me poseyera. Pero así era.

—Dime que me deseas —insistió, cuando volvió a mirarme a los ojos—. Puedo sentir cuánto me necesitas. No tienes que luchar contra ello, Raisa. No tienes que luchar contra mí.

Tantas emociones se agitaban dentro de mí que estaba segura de que iba a implosionar. Pero tenía razón. Ya no tenía fuerzas para resistirme, ni para luchar contra mis propios sentimientos.

—Te deseo, Raas.

Sus pupilas se dilataron, y aplastó su boca contra la mía, separando mis labios con un duro roce de su lengua. Nuestras lenguas se entrelazaron, y él gimió en mi boca mientras me besaba más profundamente. Cuando aflojó su agarre en mis manos, las envolví alrededor de su amplia espalda, luego las moví hacia su cabello.

Su beso era tan embriagador que apenas me di cuenta de que había movido su mano hacia abajo y estaba arrastrando la corona de su miembro por mis pliegues. Enrosqué una pierna alrededor de su trasero, y él gimió. Apartó su boca de la mía, con la respiración entrecortada mientras colocaba su miembro en mi entrada, manteniéndolo allí.

Mi corazón golpeaba contra mis costillas, y todo mi cuerpo temblaba, pero no quería que se detuviera.

—Raisa —acarició una mejilla con un dedo, su voz ronca.

—Por favor —susurré—. Te quiero dentro de mí.

Apoyó su frente contra la mía mientras empujaba su miembro lentamente. La expansión hizo que mi respiración se detuviera en mi garganta mientras mi cuerpo intentaba recibirlo. Se detuvo, levantándose para mirarme a los ojos.

—Lo siento, Raisa.

Antes de que pudiera preguntarle por qué lo sentía, había empujado el resto de su miembro con una sola y poderosa embestida. Jadeé ante el dolor ardiente y clavé mis uñas en su espalda, con lágrimas brotando en mis ojos.

Enterrando su cabeza en mi cuello, murmuró palabras en Vandar mientras el dolor se desvanecía.

Después de un minuto más o menos, aflojé mis uñas.

—Puedes moverte, Raas.

Levantándose sobre sus codos, arrastró su miembro lentamente hacia fuera y de vuelta, con los músculos del cuello tensos por la contención.

—Tan apretada.

Aunque todavía me estaba ajustando a su enorme miembro, me encantaba la sensación de ser llenada por él. Moví mis caderas para encontrarme con las suyas, y sus pupilas se dilataron de nuevo.

—¿Te gusta profundo?

Asentí.

—Quiero más.

Arrastró su pulgar por mi boca, poniéndolo entre mis labios. Lo chupé, y él sonrió.

—Raisa codiciosa —se sentó sobre sus talones, levantando mis caderas con sus manos y separando mis piernas más ampliamente. Mirando hacia abajo, dejó escapar un gruñido oscuro—. Tu apretado *kurlek* se ve tan perfecto con mi miembro abriéndolo.

—¿*Kurlek*? —logré preguntar mientras deslizaba su gruesa longitud dentro de mí otra vez.

Kratos movió un dedo hacia mi clítoris y lo rodeó mientras continuaba acariciando profundamente con su miembro.

—Tu coño, Raisa. Tu perfecto y pequeño coño.

Escuchar esa palabra en sus labios hizo que arqueara mi espalda y dejara escapar mi propio gemido.

—Te gusta más esa palabra, ¿verdad? —gruñó.

Solo pude jadear en respuesta, mi liberación construyéndose mientras el señor de la guerra Vandar arremetía contra mí, su dedo acariciando mi clítoris.

—Di que eres mía, Raisa —dijo entre jadeos.

Lo miré, su expresión salvaje y su cabello oscuro como un torrente alrededor de su rostro.

—Soy tuya.

Embistió más fuerte, con la mandíbula tensa.

—Perteneces al Raas Kratos —rodeó mi clítoris más rápido—. Nadie más te poseerá jamás excepto yo. ¡Prométemelo!

—Lo prometo —dije con las palabras arrastradas mientras mis piernas empezaban a temblar y mi cuerpo pulsaba alrededor de su miembro. Me pasé la mano por el pelo y grité hasta quedarme ronca. Él no dejó de embestirme mientras yo alcanzaba el clímax y, momentos después, él también empujaba con fuerza, arqueando la espalda mientras se derramaba dentro de mí.

Rodeando su cintura con ambas piernas, lo atraje hacia mí. Kratos rodó sobre su espalda, llevándome con él, con su miembro aún muy dentro de mí. Apoyé la cabeza en su pecho húmedo, subiendo y bajando con él mientras recuperaba el aliento. Después de unos minutos, tomó mi cabeza entre sus manos y la levantó para poder mirarme a los ojos.

—¿Estás bien, Raisa? —apartó un mechón de pelo de mi frente —. ¿Te dolió demasiado?

—No demasiado —respondí, aunque ya podía sentir el doloroso latido entre mis piernas. Me mordí el labio, tímida de hacer mi siguiente pregunta.

—¿Estuvo bien para ti? —susurré, odiando el temblor en mi voz —. Quiero decir, como yo nunca había...

Me atrajo hacia él hasta que mi rostro quedó sobre el suyo.

—Fue perfecto. Tú eres perfecta —su mano acunó mi mandíbula —. Y eres mía.

CAPÍTULO

VEINTIDÓS

Kratos

Se retorció encima de mí, y envolví mi cola alrededor de sus caderas para detener sus movimientos. Su frente se arrugó.

—Si continúas moviéndote así, tendré que follarte de nuevo —dije, con voz grave. Mi verga aún estaba dentro de su apretado calor y sus movimientos la estaban endureciendo de nuevo.

—Oh —pareció sorprendida, pero luego sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa—. No me importaría tanto.

Incliné la cabeza hacia ella, asombrado de que alguien que había sido tan tímida ahora estuviera tan hambrienta de mí.

—¿Estás segura de que no te dolerá?

—Oh, definitivamente me dolerá, pero no me importa tanto —se incorporó hasta quedar a horcajadas sobre mí, con las manos apoyadas en mi pecho.

Moví mi agarre de sus caderas para acunar sus pechos redondos, rodando los duros pezones entre mis dedos y pulgares.

—Todo en ti es suave, excepto estos.

Dejó escapar un gemido y echó la cabeza hacia atrás mientras se movía lentamente arriba y abajo sobre mi verga. Aunque deseaba darle la vuelta y empujar profundamente dentro de ella, me forcé a dejarla cabalgarme mientras observaba.

Sus párpados aletearon mientras se inclinaba hacia adelante, dejando que su cabello cayera y rozara mis músculos pectorales.

Clavó sus dedos en mi carne mientras aumentaba el ritmo, y cuando abrió los ojos para fijarlos en los míos, respiraba con dificultad y parecía casi desesperada.

Volví a poner mis manos en sus caderas, levantándola hasta que la corona de mi verga rozaba su entrada y luego haciéndola descender de nuevo. Jadeaba con cada embestida profunda, arañando mi pecho antes de erguirse y arquear la espalda, temblando mientras se contraía alrededor de mi verga.

Me senté y la volteé hasta que quedó a cuatro patas. Todavía estaba jadeando cuando forcé su cabeza contra la cama y levanté su trasero, separando sus piernas y hundiéndome dentro de ella.

Tvek, estaba tan apretada que era difícil no explotar con cada embestida.

Mirando su trasero curvilíneo, me encantaba cómo su carne temblaba mientras la penetraba. Tan suave y perfecta. Agarré sus caderas, inclinándolas para poder ir aún más profundo, luego me incliné hacia adelante y tiré de sus manos hacia atrás, sujetándolas en la parte baja de su espalda mientras la follaba.

—¿Te gusta esto? —gruñí mientras mi liberación se acercaba.

Giró la cabeza para mirarme, sus ojos ardientes.

—Sí, Raas.

—Entonces te gustará esto aún más —curvé mi cola para que la punta pudiera rozar su pequeño botón de nervios mientras la tomaba por detrás. Cuando el sedoso pelaje encontró su húmedo nudo, jadeó y se estremeció, su cuerpo temblando una vez más.

—¿Te gusta que mi cola juegue contigo, Raisa? —dije con voz ronca, saboreando la sensación de follarla mientras mi cola acariciaba su humedad.

Asintió con la cabeza sin hablar. Pero su cuerpo me decía todo lo que necesitaba saber mientras su apretado calor se contraía alrededor de mi verga y sus jadeos eran agudos y entrecortados.

Dejé escapar un rugido primitivo mientras embestía con fuerza y di un último empujón, vaciándome dentro de ella, caliente y duro. Se hundió en la cama, y yo me derrumbé a su lado, tirando de ella para que su cuerpo quedara acurrucado contra el mío. Los únicos sonidos en la habitación eran los de nuestra respiración frenética.

—¿Sigues bien? —pregunté, una vez que pude hablar de nuevo.

Tomó aire bruscamente.

—Puede que nunca vuelva a caminar.

Miré la parte superior de su cabeza.

—¿Estás segura de que eras virgen?

—Sí —su voz era vacilante—. Creo que recordaría haber hecho algo así antes.

Aunque le creía —había sentido lo increíblemente apretada que estaba— era difícil reconciliar a la virgen tímida con la mujer que acababa de cabalgar mi verga con tanto fervor.

Levantó la cabeza para mirarme.

—¿Por qué?

—No follas como una virgen.

Sus mejillas se sonrojaron inmediatamente.

—Supongo que simplemente me gustó mucho. ¿No se suponía que debía gustarme?

—No, sí debía —froté su espalda con una mano—. Supongo que me siento afortunado de haber capturado a una humana tan lujuriosa.

Me dio un codazo fuerte, riendo.

—Si no hubieras usado tu cola, tal vez habría podido controlarme.

—Oh, no quiero que te controles. Y me alegro de que hayas disfrutado mi cola. Una razón más por la que estás destinada a ser mía, Raisa.

Bajó la mirada hacia mi pecho.

—No creo que tu tripulación esté de acuerdo contigo.

—Mi tripulación no tiene nada que decir al respecto —solté, más bruscamente de lo que pretendía—. Soy Raas. No respondo ante nadie.

—Pero no están contentos de que esté aquí, ¿verdad? No les gusta tener una mujer a bordo.

La miré, pero sus ojos estaban fijos en mi pecho donde trazaba la curva de mis marcas.

—¿Quién te dijo eso?

—Nadie tuvo que decírmelo. Puedo sentir el ambiente en la nave. Es bastante obvio.

¿Sentir el ambiente? ¿Era esto algo humano?

—¿Qué sientes?

Se encogió de hombros ligeramente.

—Por un lado, tu primer oficial está bien conmigo, pero está preocupado por ti y por lo que piensa la tripulación. Quiere protegerte.

Entrecerré los ojos mirando su suave cabello pálido.

—Bron es mi guerrero más leal, pero ¿cómo sabes todo eso sobre él?

—Es una sensación que tuve cuando hablaba conmigo. La forma en que me miraba, cómo decía tu nombre. Pequeñas cosas. Pero generalmente son las pequeñas cosas las que delatan a la gente —tomó un largo respiro—. Como en la nave de mi hermana, de la que me sacaste, siempre supe que la tripulación me toleraba solo porque mi hermana era la capitana. Eran amables conmigo, pero las sonrisas nunca eran reales. No es que los culpe. Ellos se habían ganado sus puestos, pero a mí simplemente me habían dado uno por mi hermana, y era bastante mala en ello. Quiero decir, obviamente, ya que nos llevé al espacio Vandar.

De repente, me sentí muy agradecido de que Astrid hubiera sido tan mala en su trabajo.

—¿Qué percibes de mis otros guerreros?

—No he conocido exactamente a muchos, pero el que estaba a tu lado cuando me trajiste a tu nave...

—Si no era Bron, debes referirte a Corvak, mi jefe de batalla.

—Te envidia —dijo ella—. Quiere lo que tú tienes. Bueno, tal vez no a mí. No le caigo muy bien. —Su dedo, que trazaba mis marcas, se detuvo—. Deberías tener cuidado con ese.

Su observación sobre Corvak era dolorosamente precisa, pero no me gustaba recibir una advertencia de una hembra. Negué con la cabeza.

—Él nunca sería desleal.

—Especialmente si se siente valorado. Podrías disipar sus celos haciéndolo más importante. O haciéndolo sentir más importante. Así

no se sentiría tentado a traicionarte.

Apreté la mandíbula ante la forma casual en que hablaba de traición.

—¿Más importante que jefe de batalla?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. Solo percibo que necesita sentirse importante.

Me recordé a mí mismo que los humanos no entendían las costumbres Vandar, y que las hembras —incluso una Raisa— no contradecían a un Raas. Pero ella no lo sabía, y estaba disfrutando demasiado escuchar sus impresiones sobre mi tripulación como para callarla. O tal vez era solo el sonido de su voz. Respiré hondo.

—¿Siempre has sabido lo que piensa la gente?

Ella se rio.

—No es como si fuera psíquica. No puedo leer mentes, pero supongo que sí leo rostros y esos pequeños destellos de expresiones que la gente intenta ocultar. Y sí, lo he estado haciendo desde que tengo memoria. Solía volver locos a mis padres porque nunca podían engañarme.

—Tus padres están...

—Muertos —dijo rápidamente—. Desde hace un tiempo. Solo hemos sido Tara y yo desde que yo tenía unos doce años y ella quince.

—¿Dos hembras solas? —La idea era sorprendente. Las hembras Vandar —especialmente tan jóvenes— nunca estarían solas. Aunque, por otro lado, nuestra raza había mantenido nuestra estructura de horda —en el espacio y en nuestros asentamientos ocultos. Vivíamos y nos movíamos como grupo. Nadie era abandonado ni obligado a valerse por sí mismo. Y ninguna hembra quedaría sin la protección de un macho. O de una horda de ellos.

—Vivíamos en un puesto avanzado cuando mataron a mis padres. No había nadie que nos cuidara, así que Tara tomó el mando. Siempre ha sido buena en eso. También es buena en las cartas. Así fue como ganó su nave.

—¿Y empezó a trabajar para los Zagrath?

Su pequeño cuerpo se tensó sobre el mío.

—No sabes lo que es tratar de sobrevivir allá afuera. Si el imperio es el único que paga, trabajas para ellos.

—¿Incluso si se apoderan de planetas y gobiernan civilizaciones que no son suyas? —Mi pulso se aceleró—. ¿Incluso si controlan sectores enteros sin piedad?

Ella levantó la cabeza y me miró.

—¿Un saqueador Vandar me está dando lecciones sobre piedad?

Apreté los dientes. Sabía que nuestra reputación de despiadados y brutales era merecida, pero era por un propósito superior.

—Solo somos despiadados con aquellos que son parte del imperio.

—Eso incluye a mucha gente inocente.

Miré fijamente al techo.

—Nadie que trabaje para el imperio es inocente. Cada acto que los beneficia significa que menos planetas son libres.

—Entonces, ¿yo era culpable? ¿Y mi hermana? ¿Y toda la gente decente que trabajaba en su nave solo tratando de ganarse la vida?

Gruñí, pero no bajé la mirada hacia ella, aunque sentía su intensa mirada sobre mí.

—Mostré piedad con tu hermana y su nave. —Bajé los ojos hacia los suyos—. Y contigo.

—Pero si no hubieras querido llevarme...

—No me hagas preguntas cuyas respuestas no quieres oír, Raisa. —Me senté, dejándola caer en la cama, mientras balanceaba mis piernas sobre el borde y me ponía de pie. Me dirigí al armario, sacando un oscuro trozo de tela que me envolví alrededor de la cintura.

—¿Por qué estás tan enojado? —preguntó.

Me di la vuelta, dando pasos rápidos hacia ella. Se había sentado y se había cubierto el pecho con las sábanas negras, pero se echó hacia atrás cuando me vio acercarme, golpeándose la cabeza contra el cabecero de escudos y hachas de hierro.

—Estoy enojado porque los Zagrath invadieron mi planeta y diezmaron a mi gente, gobernándonos con crueldad hasta que los que quedaron se rebelaron y se lanzaron a los cielos. Porque luchamos y seguimos desafiándolos, somos los malvados. Nosotros,

que solo queremos liberar a la galaxia del control asfixiante del imperio, somos llamados terroristas mientras ellos se mueven libremente como gobernantes legítimos.

Ella me miró boquiabierta.

—No lo sabía.

Crucé los brazos y solté una risa ahogada.

—Los Zagrath han hecho un muy buen trabajo pintándonos como criminales. Nuestro único deseo es liberar la galaxia.

Ella parpadeó con sus grandes ojos verdes.

—¿Y luego? ¿Qué pasará si finalmente ganan? ¿Qué harán entonces las hordas de saqueadores?

Era mi turno de mirarla fijamente. No sabía qué pasaría entonces. Había estado saqueando durante la mayor parte de mi vida, y los Vandar habían estado saqueando durante generaciones. No podía imaginar un mundo en el que no estuviera impulsado por mi necesidad de venganza y justicia.

—Tu vida debería ser más que venganza, Kratos.

Me incliné sobre ella, mi rostro tan cerca del suyo que podía sentir su respiración agitada. Pasé una mano por su cuello, cerrándola alrededor de su garganta.

—Estás aquí para calentar mi cama y darme placer, hembra, pero no te quiero en mi cabeza.

CAPÍTULO

VEINTITRÉS

Astrid

Kratos ya se había ido cuando desperté a la mañana siguiente, y no lo vi durante todo el día. Supuse que lo había asustado al acercarme demasiado a la verdad. No intentaba meterme en su cabeza —como me había acusado de hacer—, pero sabía que había más en él que solo músculos y rabia.

Cuando se metió en la cama esa noche, me despertó levantando mi camisón y subiéndose encima de mí. Todavía estaba medio dormida cuando metió su miembro en mí, moviéndose duro y rápido en la oscuridad. Aunque no habló mientras me follaba, me besó profundamente, su lengua acariciando la mía mientras se movía con fuerza entre mis piernas.

—Raas —susurré cuando rompió el beso.

Él negó con la cabeza, besándome de nuevo. —No hables. Solo quiero sentirte, Raisa.

Luego mantuvo su boca sobre la mía, silenciándome con sus besos embriagadores. Incluso cuando me corrí, gimiendo y retorciéndome debajo de él, ahogó mis gritos con su boca. Pero había tanto en sus besos... tanto anhelo, tanta necesidad, tanto dolor.

Después de rugir su liberación y pulsar caliente dentro de mí, me sostuvo por un rato, besando mi cuello y mi cara antes de darse la vuelta y abrazarme contra él mientras se quedaba dormido.

Y así pasaron los días, uno tras otro. Se iba antes de que yo despertara, se ausentaba todo el día, y luego se metía en la cama, separando mis piernas y tomándome. Había pocas palabras, solo fuertes jadeos y gemidos y gritos y, finalmente, el pesado respirar de su sueño. A veces me dormía de inmediato, otras me quedaba despierta escuchando su respiración, preguntándome en qué se había convertido mi vida.

Odiaba admitir que amaba el sexo con mi captor Vandar tanto como lo hacía. Pero también sabía que necesitaba más que nuestros encuentros en la oscuridad. Era evidente que el Raas me estaba evitando, pero el extraño muro que había construido entre nosotros me dejaba con un dolor en el corazón. Incluso cuando estaba dentro de mí, su miembro llenándome por completo, sentía el vacío de nuestras palabras no dichas. La forma en que me tocaba, me lamía y me besaba me hacía sentir adorada, pero ese sentimiento desaparecía durante las largas horas que me dejaba sola con solo Krin como compañía.

Krin, por otro lado, se había convertido en mucho más de lo que podría haber imaginado. Después de nuestra aventura en las cocinas, había obtenido permiso para llevarme por la nave, así que al menos ya no estaba confinada a los aposentos del Raas.

—¿Qué deberíamos hacer hoy? —preguntó cuando llegó a mi puerta, con su sonrisa amplia y su cabello oscuro tan desordenado como siempre.

Le hice un gesto para que entrara. Ya me había bañado y comido el desayuno que me habían traído, pero había guardado algo de pan para mi joven amigo, como siempre. Señalé los dos bollos marrones en la mesa baja, y él los agarró con entusiasmo, posándose en el otomano mientras le daba un mordisco. No creía que alimentaran mal a los aprendices, pero también sabía que los chicos en crecimiento siempre tenían hambre.

—Bueno, probablemente ya hemos molestado suficiente al personal de cocina esta semana —observé cómo se le caía la cara—. Pero prometo hacerte otro pastel pronto. Tal vez esta vez pueda averiguar cómo hacer el glaseado.

—¿Glaseado? —murmuró con la boca llena.

Me reí. —Es dulce y pegajoso y se supone que cubre el exterior de un pastel.

Krin arrugó la nariz y tragó. —¿Por qué querrías poner algo pegajoso por todo un pastel?

Tenía un buen punto. —No lo sé. Es muy dulce y sabe increíble. Y no puedes robar trozos de glaseado de la parte superior si no hay glaseado.

Pareció aceptar esta explicación. —Podríamos celebrar tu cumpleaños próximamente y ponerle glaseado a ese pastel.

—Mi cumpleaños no es por un tiempo, aunque estoy empezando a perder la noción del tiempo —caminé hacia las amplias ventanas al otro lado de la pared y miré hacia la cortina negra del espacio, con pequeños puntos de luz salpicándola.

Él frunció la boca hacia un lado. —¿Cuántos años tienes?

—Veinte años terrestres. No muy vieja —pude ver por su cara que no estaba tan seguro.

—El Raas es mayor que tú —Krin siempre se veía solemne cuando hablaba de Kratos—. Ha estado liderando esta horda durante muchas rotaciones, y aún más batallas.

—¿Con qué frecuencia entra en batalla la horda? —pregunté, apartándome de la vista. Hasta donde yo sabía, habíamos estado patrullando durante días sin contacto con otras naves.

Él meneó la cabeza. —Depende. A veces mucho. A veces no.

Crucé los brazos sobre el pecho. —Muy útil, Krin.

Se rio y luego se tapó la boca con la mano, mirando hacia la puerta como si el guardia de afuera pudiera escuchar a través del grueso metal.

—Tengo una idea —dije, acercándome a donde estaba sentado y bajando la voz a un susurro conspirativo.

Sus ojos se iluminaron de emoción. Como cualquier niño, estaba fascinado por todo lo secreto o prohibido. Planeaba usar eso a mi favor.

—Si entramos en batalla, todos los Vandar saben defenderse, ¿verdad?

Asintió con entusiasmo. —Por supuesto.

—Incluso a los aprendices se les instruye en combate básico como parte de su entrenamiento, ¿sí?

—Sí —sacó pecho—. Todos sabemos cómo pelear.

—Entonces, ¿no te parece que yo debería aprender a pelear? Si voy a vivir en una nave de guerra saqueadora Vandar, al menos debería saber lo básico de cómo defenderme, ¿no crees?

Krin se mordió el labio inferior. —En primer lugar, nuestras naves son pájaros de guerra. Y no sé si debería enseñarte a combatir. Puede que el Raas no quiera que hagas eso.

—El Raas no está aquí —dije, y luego me di cuenta de lo afilado que había sido mi tono—. Quiero decir, el Raas está ocupado liderando la horda. No puede molestarse en enseñarme a pelear. Pero tú puedes.

Krin no parecía convencido.

—¿Recuerdas cuando los atacantes invadieron la nave en Jaldon? —pregunté—. Estaba completamente sola y no tenía forma de protegerme. No tenía un arma y, aunque hubiera encontrado una, no habría sabido usarla. Tuve que correr y esconderme. Si los Raas no me hubieran encontrado antes que los invasores...

El quiebre en mi voz era real; el recuerdo de acurrucarme sola, aterrorizada de ser encontrada por los alienígenas que querían matarme, aún estaba fresco en mi mente.

—De acuerdo —dijo Krin con un firme asentimiento—. Te enseñaré lo que sé.

Suspiré aliviada. Lo que le había dicho era cierto. No quería ser la única en la nave que no pudiera defenderse. Si iba a vivir entre los asaltantes Vandar en el futuro previsible, bien podría aprender a luchar como ellos. Había detestado sentirme tan impotente cuando atacaron la nave y mi única opción fue esconderme.

Sabía que el Raas haría todo lo posible por protegerme, pero también sabía que no siempre podría estar conmigo. Y en este preciso momento, era evidente que quería estar en cualquier lugar *menos* cerca de mí.

—¿Podemos empezar ahora? —pregunté, recogiendo mis faldas para levantarme.

Krin me miró de arriba abajo. —No puedes pelear con eso.

Bajé la mirada hacia la tela suelta que me cubría hasta los dedos de los pies. Tenía razón. Apenas podía moverme con este vestido voluminoso, mucho menos pelear. Sabía que el Raas se había deshecho de mi ropa vieja, y en los armarios no había nada más que vestidos como el que llevaba puesto y camisones cortos. —No tengo nada más.

Krin pensó por un momento, mirándome de arriba abajo, y luego sonrió. —Tengo una idea. *Vaes*.

CAPÍTULO
VEINTICUATRO

Kratos

Me encontraba frente al mapa estelar iluminado en mi sala de estrategia, observando los puntos de colores que se movían por el cristal. No estábamos más cerca de encontrar al Zagrath que había ordenado el ataque a mi nave de lo que estábamos cuando comenzamos, pero había pasado considerablemente más tiempo mirando el mapa que nunca antes. En parte era por mi determinación de cazar al enemigo que se atrevió a ordenar una invasión de mi nave, y en parte porque no podía volver a mis aposentos. Al menos no cuando Astrid estaba despierta.

Sus observaciones me habían desconcertado y me hicieron dudar de mi misión por primera vez en mi vida. Sabía que un Raas no podía dudar. La duda era debilidad, y la debilidad conducía a la derrota y la muerte. No, no había lugar en mi cabeza para sus ideas. No si deseaba mantenerme fuerte. Y seguir siendo el Raas.

Por mucho que temiera que ella me debilitara, no podía mantenerme alejado por completo. Por la noche, la tomaba con un abandono que no podía permitirme durante el día. En la oscuridad, vertía todos mis deseos y necesidades en ella, memorizando su cuerpo con mis dedos, mi lengua y mi cola, saboreando sus gritos y gemidos. La follaba hasta quedar saciado, y ella temblaba por su liberación. Cada noche, nos quedábamos dormidos con nuestros

cuerpos sudorosos entrelazados, y esos momentos me sostenían durante los largos días. Pero aun así, extrañaba el suave tono de su tarareo, el bonito rubor en sus mejillas cuando me desvestía, y la mirada hambrienta en sus ojos verdes justo antes de enterrar mi verga en ella.

Un golpe en la puerta me hizo desterrar mis pensamientos sobre ella y presionar mi dura polla con los brazos cruzados frente a mí.

—*Vaes*.

Bron entró a zancadas cuando las puertas se abrieron, sus ojos yendo de mí al mapa estelar.

—Pensé que te encontraría aquí.

—¿Dónde están? —pregunté, señalando el mapa transparente que ocupaba la mayor parte de una pared.

—Sin duda escondidos como los cobardes que son.

Gruñí y me volví hacia el mapa, tocando con el dedo un planeta distante.

—Últimamente hemos rastreado naves en una trayectoria hacia este planeta. Tal vez este sea el nuevo puesto avanzado Zagrath. Está fuera de la zona neutral, pero no cerca del espacio Vandar.

Bron se acercó.

—Eso sería un movimiento inteligente para los Zagrath. Está lo suficientemente cerca de su territorio como para que puedan defenderlo fácilmente.

—Sin embargo, no lo hacen —dije—. Los sensores no han detectado bloqueos ni patrullas regulares.

—Entonces tal vez no sea un nuevo puesto avanzado. Los Zagrath rara vez establecen un puesto militar sin fortificarlo.

Toqué el cristal.

—Lo que nos delata. ¿Y si están dejando este puesto sin defender para que no lo identifiquemos como militar?

Bron asintió.

—Eso sería astuto. Arriesgado, pero astuto.

—Es lo que nosotros haríamos.

—Cierto, pero los Zagrath rara vez hacen lo que nosotros haríamos.

—Hasta ahora —dije, creciendo mi certeza. Me pasé ambas manos por el pelo—. Establece un curso hacia este planeta.

Bron juntó los talones.

—Sí, Raas —Se giró para irse, luego dudó—. ¿Te importa si te pregunto si todo está bien, Raas?

Me estremecí.

—¿Por qué?

—Parece que no estás durmiendo, Kratos. Y nunca dejas el puente de mando.

Su uso de mi nombre significaba que me hablaba como amigo. Era cierto que no dormía mucho, pero eso era porque estaba despierto la mitad de la noche follando a la hembra que cautivaba cada momento de mi vigilia, tratando desesperadamente de quemar mi obsesión por ella. No era porque estuviera trabajando.

—Creí que me habías dicho que necesitaba que se me viera más en el puente de mando —dije, con voz cortante—. Bueno, aquí estoy.

Mi *majak* frunció el ceño.

—No quise decir que debieras abandonar todo por el mando, Raas.

—Eso es lo que significa ser Raas.

Tomó una larga bocanada de aire antes de continuar.

—Sé que ya no la ves, Raas. Sé que pasa sus días con el chico. Sé que cena con él todas las noches.

Por supuesto, mi *majak* sabría estas cosas. Él había asignado al aprendiz. Recibiría informes del chico. Probablemente sabía más sobre ella que yo. Recordé lo que Astrid me había dicho sobre Bron, y supe que tenía razón. Bron me hacía preguntas que no me agradaban porque era mi leal *majak*.

—¿Qué sabes? —pregunté, odiando la preocupación en mi voz—. ¿Está infeliz?

—¿Te importa?

Me giré frustrado, apoyando mis brazos extendidos sobre el escritorio de ébano.

—Mi lealtad es para los Vandar. No para su felicidad.

—De acuerdo, Raas. Pero la tomaste como tu premio. Solo puedo asumir que la has reclamado. Si no deseas quedártela, deberías dejarla ir.

Me volví hacia él.

—¡No voy a renunciar a ella!

Su expresión no vaciló, incluso cuando yo temblaba de ira.

—Entonces, *sí* te importa.

Me pasé ambas manos por el pelo.

—No puedo dejar que mi necesidad por ella me debilite.

No debería haberle admitido esto a nadie, pero no había nadie en quien confiara más que en Bron.

—Raas —Su voz era baja—. El deseo no tiene por qué debilitarte. ¿Somos más débiles por visitar planetas de placer?

—No, pero ella no es como una placerista —dije—. No puedo follarla y olvidarme de ella.

—Entonces creo que te consideraría afortunado, Raas.

Solté una risa ahogada.

—No me siento afortunado. Siento como si me estuvieran partiendo en dos.

—El hecho de que seas apasionado por la hembra no significa que seas menos apasionado por tu gente o tu misión —Bron puso una mano en mi hombro—. Creo que eres un guerrero Vandar lo suficientemente grande como para contener ambas cosas.

Encontré la mirada de mi *majak*.

—Eres sabio, amigo mío. Mi Raisa tenía razón sobre ti.

Sus cejas se elevaron.

—¿Tu Raisa? —Su mirada bajó a mis marcas y luego volvió a mis ojos—. ¿Raas?

Negué con la cabeza, sabiendo que había dicho demasiado.

—Sé que es imposible.

Guardó silencio por un momento.

—¿Sobre qué tenía razón respecto a mí?

—Dijo que quieres protegerme, y que nadie me era más leal que tú.

Las comisuras de su boca se crisparon.

—Siempre me ha caído bien esa hembra tuya.

Me permití una sonrisa.

—No demasiado, espero.

—No mucho —dijo—. Pero ya que hablamos de ella, probablemente deberías saber que ahora mismo está en el círculo de combate.

—¿Qué? —Me sobresalté—. ¿Por qué está en el círculo de combate?

—El chico le está enseñando a luchar. A petición suya.

La idea de Astrid luchando hizo que mi sangre hirviera. No era la lucha lo que desaprobaba. Era que no fuera yo quien le estuviera enseñando. Dejé escapar un gruñido bajo.

—Supongo que tengo el puente de mando —preguntó Bron.

—Supones correctamente —le dije mientras salía pisando fuerte de mi sala de estrategia y me dirigía al círculo de combate.

Me moví rápidamente por la nave, saltando tramos enteros de escaleras, con los guerreros apartándose de mi camino al pasar. Sin embargo, cuando llegué a la jaula, no me precipité dentro. Me contuve y observé cómo la hembra y el chico llamado Krin se rodeaban mutuamente, con palos de entrenamiento en las manos. Su pelo claro estaba recogido en lo alto de su cabeza, y la cola de él se agitaba rápidamente detrás.

Dejé escapar un suspiro de alivio. Al menos no estaban usando armas reales. Entrecerré los ojos. Pero, ¿qué llevaba puesto ella? No era la ropa que le había hecho llevar. No, parecía llevar uno de los kilts de aprendiz de tela y una de sus blusas sedosas de dormir que había anudado a la cintura.

Apreté los puños. La mayor parte de sus piernas estaban expuestas, y su estómago se dejaba ver cada vez que levantaba los brazos. La suave carne que besaba, mordisqueaba y lamía en la oscuridad ahora estaba a la vista de todos. Mientras mi pulso se aceleraba, me di cuenta de que echaba de menos *verla*. Aunque enterraba mi verga en ella cada noche, extrañaba contemplar la cremosidad de su piel, el rubor rosado de sus mejillas y la suave curva de sus labios.

Astrid giró y se lanzó hacia Krin, su kilt volando hacia arriba y exponiendo la curva de una nalga. Casi gemí en voz alta mientras mi

verga se endurecía. Verla en la jaula de combate era más excitante de lo que hubiera imaginado, incluso con mi hembra en su ridículo atuendo improvisado. Su rostro estaba sonrojado por el esfuerzo y sus ojos brillaban con concentración.

Una vez más, vi el destello de determinación acerada que me había atraído hacia ella. La fuerza que la convertiría en una gran Raisa. Si tan solo...

Suficiente, pensé. Me había mantenido alejado de ella por demasiado tiempo.

Subí los escalones y abrí de golpe la puerta de la jaula, haciendo que tanto Astrid como Krin pivotaran para enfrentarme. —Si querías aprender, deberías habérmelo pedido.

CAPÍTULO

VEINTICINCO

Astrid

Me quedé mirándolo, casi dejando caer el palo de entrenamiento. Habían pasado días desde que había visto realmente al Raas, y casi había olvidado lo enorme e imponente que era. Mientras estaba de pie con las piernas separadas, sus músculos de la espalda sobresalían de su abdomen marcado y sus brazos parecían de granito veteado. Reuní el valor para mirar su rostro y casi me quedé sin aliento cuando vi sus pómulos afilados y sus ojos oscuros y centelleantes.

Krin rápidamente juntó sus talones, echando el pecho hacia atrás cuando Kratos entró en el círculo.

—Puedes irte —el Raas le hizo un gesto con la cabeza—. Yo le enseñaré a la hembra.

Me erizó su elección de palabras y la suposición de que yo quería que él me enseñara. —No te pedí que me enseñaras a pelear. Se lo pedí a Krin.

Krin le había entregado su vara de entrenamiento y estaba retrocediendo hacia la puerta. Cuando dije esto, se quedó paralizado.

El Raas entrecerró los ojos mirándome. —¿Preferirías que este aprendiz te enseñara en lugar del Raas?

—Al menos él ha estado presente —le respondí, viendo cómo sus ojos se entrecerraban.

—He estado presente —dijo—. ¿No has disfrutado de mis atenciones?

Mi rostro se calentó al notar a algunos guerreros Vandar fuera del círculo de batalla. Me acerqué a él, mi voz casi un siseo. —Pensé que solo era para que me follaras por la noche. Si eso es todo lo que quieres de mí, ¿por qué estás aquí?

Un músculo se tensó en su mandíbula. —Estoy aquí para enseñarte. ¿Quieres aprender a pelear?

Asentí, aunque seguía sin querer que fuera él quien me enseñara.

—Veamos qué has aprendido hasta ahora, humana —inclinó la cabeza hacia mí, levantando su vara sobre su pecho—. *Vaes*.

Lo miré con furia, toda la rabia de los últimos días burbujeando en mí. Con un grito, corrí hacia él con mi vara de entrenamiento sobre mi cabeza. Quería golpearle el brazo, pero en su lugar, Kratos hábilmente me esquivó. Giró sobre sus talones y bajó su propia vara de entrenamiento sobre mi trasero, seguido de un fuerte golpe con su cola.

—¡Ay! —Salté lejos de él, llevándome una mano a mi adolorido trasero.

—Nunca te dejes expuesta de esa manera —dijo, mientras me rodeaba—. Y nunca dejes que la ira te haga perder el enfoque.

Se escucharon algunas risas ahogadas fuera del círculo. Traté de ignorarlas, pero mis mejillas ardían de humillación y mi trasero escocía por el fuerte golpe. —Imbécil.

Levantó las cejas, pero no estaba enojado, solo divertido, lo que me hizo querer herirlo aún más. —La lucha no es lo único que estás aprendiendo, por lo que veo.

—Tú me has inspirado —le espeté.

Estabilicé mi respiración e intenté concentrarme en las pocas cosas que Krin me había dicho antes de que Kratos nos interrumpiera. Necesito mantener mi arma en alto y mover los pies. Vi cómo Kratos me rodeaba e intenté imitarlo en la dirección opuesta.

Una sonrisa jugueteó en las comisuras de su boca. —Bien, Raisa —murmuró en voz baja para que solo yo pudiera oírlo—. Te mueves

bien, pero eso ya lo sabía.

Un nuevo calor abrasó mis mejillas ante la referencia a nuestras noches juntos. Pero si pensaba que iba a desestabilizarme, estaba muy equivocado. —Eso es lo único que pareces saber de mí.

Inclinó ligeramente la cabeza. —Oh, lo sé todo sobre ti, hembra. Sé cómo sabes. Sé cómo suenas cuando me muevo dentro de ti. Sé cómo gritas cuando chupo ese dulce botoncito tuyo.

El calor pulsó entre mis piernas, y deseé, no por primera vez, que los Vandar creyeran en la ropa interior. Le lancé dagas con los ojos, mirando rápidamente fuera del círculo para ver si alguno de los Vandar que se estaban reuniendo podía oírlo. Pero parecían estar más preocupados por reírse y hablar entre ellos que por escuchar lo que Kratos me estaba diciendo en voz baja.

—¿Vas a atacarme de nuevo o te vas a quedar ahí parada, deseando mi muerte? —preguntó.

Apretando los labios para evitar maldecirlo de nuevo, me lancé hacia adelante, blandiendo mi vara hacia su estómago. Bloqueó mi palo con el suyo, luego me arrebató la vara de entrenamiento de las manos y me golpeó el trasero con ella.

—Deja de hacer eso —grité, mientras me alejaba tambaleándome de él. Mi trasero ardía, pero también podía sentir la humedad entre mis muslos. Más que odiar a Kratos por golpearme, me odiaba a mí misma por excitarme con ello.

Me lanzó mi vara. —Deja de hacerlo tan fácil.

Puse las manos en mis caderas. —¿Vas a enseñarme algo realmente o solo vas a usar esto como excusa para azotarme?

Arqueó una ceja. —¿Realmente quieres aprender a pelear como un Vandar?

Levanté las manos. —Por eso le pedí a Krin que me enseñara. No quiero ser la única a bordo que no pueda defenderse.

—¿Estás segura de que no quieres aprender solo para poder defenderte de mí?

Ahora era mi turno de levantar una ceja. —¿Realmente crees que tengo alguna posibilidad contra un Raas de los Vandar? No podría defenderme de ti aunque quisiera.

Sonrió ante eso. —Pero no quieres, ¿verdad?

No quería, y él lo sabía.

Sin esperar una respuesta, señaló mis pies. —Mantenlos separados, pero en movimiento. Así —se movió hacia un lado.

Lo imité y él asintió. —Arma arriba. Bien. Ahora no me digas lo que vas a hacer antes de hacerlo. Ven hacia mí sin levantar tu arma hasta el último momento posible.

Dudé, luego avancé hacia él, manteniendo mi vara nivelada hasta que casi estaba sobre él. Entonces la clavé en su pierna, haciendo contacto.

Saltando hacia atrás, levanté los brazos en el aire. —¡Lo hice! ¡Te he...!

Antes de que pudiera terminar mi frase, se había lanzado hacia adelante y me había agarrado, haciéndome girar y envolviendo un brazo alrededor de mi hombro, luego tirándome contra su enorme cuerpo, su cola enroscándose alrededor de mis piernas para que no pudiera patearlo. —Nunca celebres una victoria hasta que tu oponente esté muerto a tus pies, Raisa. Ahora solo lo has provocado.

Mi respiración era pesada mientras luchaba en su agarre. —Suéltame.

—No lo creo —ronroneó en mi oído, el bajo zumbido de sus palabras enviando escalofríos de placer por mi columna—. No cuando estás tan ansiosa por castigarme.

—Tú eres el que sigue golpeando mi trasero —dije.

—Solo porque insistes en mostrárselo a la mitad de mi nave —su cola rozó el dobladillo de mi falda—. ¿Qué estás vistiendo, Raisa?

—Lo único que Krin pudo encontrar para mí para entrenar — agarré el grueso brazo que cruzaba mi pecho y tiré de él—. Los vestidos que conseguiste para mí son imposibles para moverse.

—Están diseñadas para cubrirte para que ningún otro macho pueda ver lo que yo tengo el privilegio de ver.

—¿Es en tu tripulación en quien confías tan poco, o en mí? —dije entre jadeos robados—. ¿De verdad crees que quiero a alguien que no seas tú?

Su agarre se relajó ligeramente. —No. —Su cola se deslizó por debajo del dobladillo del kilt, metiéndose entre mis muslos húmedos.

Gruñó—. Puedo sentir cuánto me deseas. Si no hubiera gente mirando, te follaría aquí mismo sobre esta estera.

—Eso es lo único que te importa, ¿verdad? —Clavé mis dedos en su carne—. No quieres verme ni hablar conmigo. Solo quieres follarme en la oscuridad.

Cada vez me resultaba más fácil maldecirle, aunque solo había susurrado la palabra.

—¿No te gusta? —Su boca vibró contra mi garganta y todo mi cuerpo se calentó—. Por cómo gritas, pensé que te gustaba tener mi polla enterrada dentro de ti.

Me retorcí contra él, aflojando finalmente su agarre y escapando de debajo de su brazo. —¡No puedes seguir follándome hasta dejarme sin sentido y luego abandonarme! ¡No es para esto que me apunté!

Los sonidos de los otros guerreros se desvanecieron. El círculo de combate quedó en silencio, al igual que todos los espectadores. El Raas estaba frente a mí, sus ojos oscuros ardiendo en mi dirección.

—¿No es para esto que te apuntaste? —Sonaba como si no creyera lo que yo había dicho—. Te apuntaste para ser mía.

Dio un paso amenazador hacia mí, y yo retrocedí. En un segundo, supe que había ido demasiado lejos. Le había gritado frente a su tripulación, y no podía dejar pasar eso. Mi cuerpo temblaba mientras él avanzaba. Nunca lo había visto tan enfurecido, con el pecho agitado y los músculos del cuello tensos.

—Eso significa que me perteneces, de la manera que yo quiera. —Se acercó a mí en un instante, me arrojó sobre su hombro y me dio una fuerte palmada en el trasero—. Ahora voy a recordarte exactamente para qué te apuntaste, hembra.

CAPÍTULO

VEINTISÉIS

Kratos

Recorrí los pasillos a zancadas hacia mis aposentos, con la hembra rebotando en mi espalda mientras no intentaba amortiguar mis pisadas. No había emitido sonido alguno desde que la había levantado, y yo no había intentado hablarle. Estaba demasiado furioso. Furioso con ella por haberme desafiado frente a mi tripulación, pero más enfurecido conmigo mismo por haberle dado motivos para pensar que no quería estar cerca de ella.

Tenía razón al pensar eso. Había estado haciendo exactamente lo que me acusaba: acostarme con ella en la oscuridad y marcharme antes de tener que verla o hablar con ella. Pero no era enteramente su culpa. No podía evitarla solo porque tuviera el talento de ver en el interior de las personas, y a mí no me había gustado lo que había visto en mí.

También sabía que si no la sacaba de ese ring de combate y la llevaba de vuelta a mis aposentos, me sentiría tentado a separarle las piernas y poseerla allí mismo sobre la colchoneta con todos los guerreros mirando. No tenía idea de lo excitante que sería entrenar con la hembra, y no quería aparearnos como animales en medio del ring de combate.

Llegamos a la puerta de mis aposentos y entré, bajándola de mi hombro y depositándola frente a mí. Esperaba que estuviera sumisa después de haber sido azotada y luego cargada por toda la nave,

pero no era así. Aunque había rastros de lágrimas en su rostro, sus ojos ardían mientras me miraba.

Me di la vuelta, sin querer ver la evidencia de que la había hecho llorar, y señalé con la mano hacia los armarios.

—Quítate ese kilt de aprendiz. No es apropiado que lo uses.

—No voy a ponerme esos vestidos otra vez.

—De acuerdo —me giré y acorté la distancia entre nosotros en una sola zancada larga—. No uses nada. Disfrutaría verte caminar desnuda por mis aposentos.

—Una cosa menos de la que preocuparse cuando te escabulles en la cama por la noche, ¿verdad? —Sus palabras eran afiladas, pero su voz temblaba.

—¿Crees que solo te deseo por la noche, Raisa? —gruñí, tomando su mandíbula con una mano—. Pienso en ti todo el día, todos los días, hasta que creo que voy a enloquecer de deseo por ti. Solo cuando no puedo soportar estar lejos de ti ni un momento más, vengo a la cama y me hundo en ti.

Su boca se abrió, pero no salieron palabras.

—No es que no te desee —dije con voz ronca—. Es que te deseo demasiado. Temo que si no te dejo, me perderé en ti... me perderé en nosotros.

Durante varios momentos, nos quedamos mirándonos fijamente y respirando con dificultad. Luego, sin apartar la mirada de mí, se bajó el kilt por las caderas hasta que cayó al suelo, y se quitó la parte superior por la cabeza. Cuando se quedó de pie frente a mí sin nada puesto, me dio una tímida sonrisa.

—No me importaría perderme contigo, Raas.

Tvek. La punta de mi cola se crispó, y mi miembro se endureció. Era imposible mantener mi enojo cuando se estaba ofreciendo a mí tan abiertamente. La levanté en brazos y la llevé a la cama, depositándola allí y tomándome un momento para apreciarla completamente desnuda, con su cabello claro esparcido detrás de su cabeza sobre las sábanas negras. Era toda curvas y suavidad, y era mía.

Sus ojos estaban entrecerrados de deseo, sus pupilas oscuras y dilatadas. Se lamió el labio inferior mientras me observaba quitarme

el kilt y el cinturón y dejarlos caer al suelo.

Me tomó todo el autocontrol que tenía no separarle las piernas y hundirme en ella, pero quería que esto fuera lento. Quería demostrarle que no siempre era un bruto que tomaba lo que quería.

Rocé sus labios con los míos, mi lengua provocando su comisura. Dejó escapar un sonido entrecortado y separé sus labios, dejando que mi lengua acariciara la suya lentamente. Había movido sus manos de mis hombros a mi pecho y sus dedos recorrían las líneas de mi abdomen. Aparté mi boca de la suya, sabiendo hacia dónde se dirigían sus manos.

—Aún no, Raisa. No hasta que me haya saciado de ti.

Besé mi camino bajando por su garganta hasta sus pechos, lamiendo la carne erizada alrededor de sus pezones uno por uno y finalmente succionando las duras cimas. Ella enredó sus dedos en mi cabello y gimió cuando continué trazando con mi lengua el suave abultamiento de su vientre hasta llegar a su sexo.

—Kratos —dijo, sus palabras etéreas más una súplica que otra cosa.

—Pronto —le dije, separando sus piernas y encontrando el pequeño botón que la hacía enloquecer. Comencé a girar mi lengua sobre él, deslizando un grueso dedo en su interior mientras ella se retorcía. Succioné su húmedo botón mientras arrastraba mi dedo dentro y fuera lentamente, hasta que los gritos de mi hembra se volvieron penetrantes y su cuerpo se convulsionó alrededor de mi dedo.

Deslizándolo fuera de ella, me llevé el dedo a la boca y saboreé toda su dulzura. Ella yacía con las piernas extendidas, su respiración superficial. Mientras la miraba, arrastré mi cola por su humedad, dejando que la sensible punta saboreara su suave piel. Su mirada se volvió ardiente mientras me observaba.

—¿Te gusta mi cola? —pregunté.

Asintió, mordiéndose el labio inferior.

—Me gusta tener tu cola y tu miembro al mismo tiempo.

—Entonces te daré ambos —rocé la punta peluda sobre su botón, su mirada oscureciéndose de deseo.

Levantándola de nuevo, me senté en el borde de la cama y la coloqué en mi regazo de modo que me montara.

Sus ojos se fijaron en los míos mientras la elevaba, colocando la corona de mi miembro en su entrada, sus jugos ya humedeciéndolo. Ella apoyó sus manos en mis hombros mientras descendía lentamente, tomando cada centímetro de mi miembro. Cuando estuve completamente dentro de ella, echó la cabeza hacia atrás.

Enredando mi mano en su cabello, atraje su rostro de vuelta hacia mí.

—Mírame a los ojos, Raisa.

Asintió, sus ojos verdes fijos en los míos mientras comenzaba a cabalgarme.

La sensación de su estrecho calor envolviéndome era increíble, pero aún mejor era observar su rostro mientras me tomaba, sus pupilas dilatándose y sus labios entreabiertos mientras dejaba escapar suspiros entrecortados cada vez que embestía hacia arriba.

Como prometí, envolví mi cola alrededor de ella, encontrando su manojo de nervios y trabajándolo con la punta. Pronto, se estaba moviendo rápidamente, su expresión salvaje. Sus ojos se cerraron por un momento.

—Mantén los ojos abiertos —ordené—. No apartes la mirada de mí.

—Estoy tan cerca, Raas —jadeó, clavando su mirada en mí mientras sus manos resbalaban sobre mis hombros húmedos.

—Tu perfecta y pequeña concha está temblando —susurré, rodeando su espalda con mis brazos para evitar que se cayera. Moví mi cola más rápido—. Córrete para mí, Raisa.

Ella arqueó la espalda mientras su cuerpo estallaba por segunda vez, apretándose con fuerza alrededor de mi polla. La presión como un torno y la sensación de mi cola entre sus pliegues me llevaron al límite, y embestí hacia arriba una vez más antes de derramarme dentro de ella, mi propio rugido mezclándose con sus gritos y ambos resonando por toda la habitación. Después de un momento, sujeté su rostro contra el mío, besándola incluso mientras los dos luchábamos por respirar.

Dejándome caer de espaldas en la cama, la acomodé a mi lado como solía hacer. Pero en lugar de ser en plena noche, podía mirar hacia abajo y ver su cabello claro y su pequeña mano extendida sobre mi pecho.

—Lo siento —dijo, mientras trazaba con un dedo mis marcas.

—¿Lo sientes? —Levanté ligeramente la cabeza para mirar su rostro—. No tienes que disculparte después de *eso*. ¿O has cometido alguna ofensa atroz de la que no estoy al tanto?

Ella apoyó el mentón en mi pecho.

—Te molesté cuando hablé de tu tripulación.

Aparté algunos mechones húmedos de su frente. No debería haberme sorprendido que hubiera percibido mis sentimientos.

—Me equivoqué al reaccionar como lo hice. Pero tienes razón en que no me gustó, aunque dijeras la verdad.

Una de sus cejas se arqueó.

—¿Crees que tenía razón?

—Ves mucho para ser una humana —admití—. Me equivoqué al mantenerte a distancia.

—Solo quería ayudar.

La atraje más cerca de mí.

—No estoy acostumbrado a que me den cosas libremente. Siempre he tenido que tomarlas por la fuerza.

—Técnicamente, a mí sí me tomaste por la fuerza —dijo ella, con tono burlón.

Le di una palmada en el trasero desnudo.

—No tomé nada que no quisieras dar, Raisa.

Ella soltó un gritito.

—¿Otra vez con las nalgadas?

Me reí.

—Parece que disfrutas provocándome.

—No tanto como tú disfrutas golpeando mi trasero.

Froté su suave carne donde la había golpeado.

—Tu don de percepción es más impresionante de lo que pensaba.

Ella se retorció en mis brazos.

—Muy gracioso.

Moví mi mano de su trasero y la atraje para que quedara completamente encima de mí.

—No te daré más nalgadas si me cuentas más de lo que ves.

Ella se quedó quieta.

—¿Lo que veo?

—Tenías razón sobre mi *majak* y mi jefe de guerra, y apenas pasaste tiempo con ellos. Me gustaría saber qué piensas del resto de mi tripulación.

Ella dudó.

—¿Estás seguro? ¿No te enfadarás y desaparecerás de nuevo?

Sostuve sus ojos verdes con mi propia mirada solemne y vi el dolor en sus profundidades. Dolor que yo había causado.

—Nunca te dejaré de nuevo, Raisa. Esa es una promesa de tu Raas.

Algo se suavizó en su expresión, y ella tomó una larga bocanada de aire, finalmente asintiendo.

—Mientras estés seguro.

Mientras ella se lanzaba a compartir sus pensamientos sobre mi tripulación, su suave voz elevándose y cayendo con entusiasmo, supe que nunca había estado más seguro de nada.

CAPÍTULO

VEINTISIETE

Astrid

No sé por qué decidí confiar en Kratos. No tenía sentido. Era un señor de la guerra de los Vandar que me había separado de mi hermana y me había seducido como una araña atrayendo a una mosca a su tela. Era Raas Kratos, conocido por sembrar la destrucción en el Imperio Zagrath y aterrorizar a cualquiera que se pusiera de su lado. Era enorme y poderoso, y estaba acostumbrado a que le obedecieran. Pero también me miraba como nadie lo había hecho antes: como si fuera valiosa, rara y digna de ser apreciada. Nunca había visto esa mirada dirigida a mí. Era embriagadora y me llenaba de una extraña sensación de poder.

Pero había visto algo más en sus ojos —un dolor profundo que reconocía muy bien— que me hizo creerle cuando prometió no volver a dejarme. Él sabía lo que era estar solo, y lo odiaba tanto como yo.

—¿Tienes que irte? —pregunté, abrochando su armadura de hombro sobre su pecho, mis dedos rozando su piel desnuda mientras trabajaban hábilmente con la correa de cuero. Me había acostumbrado a vestirlo y desvestirlo, y ahora anhelaba tocarlo libremente mientras le quitaba los atuendos de guerra.

Hizo un ruido en la garganta que me indicó que tampoco estaba ansioso por dejarme. —Mis guerreros han recibido una llamada de

socorro de una colonia que los Zagrath están intentando someter. Debemos hacer un pequeño desvío de nuestra misión y responder.

—¿Recibís llamadas de socorro? —Aunque me había contado todas las formas en que las hordas Vandar protegían a otros del control asfixiante del insidioso imperio, todavía estaba ajustando mi mente a lo que siempre me habían dicho. Era una historia diferente a la que los Zagrath propagaban.

Se movió de un pie a otro, observándome mientras apretaba la hombrera de metal. —Para las razas que no desean ser gobernadas por el imperio y pagar impuestos por el honor de ser controladas por flotas de soldados sin rostro, los Vandar son salvadores.

—Estoy segura de que Corvak está encantado con la oportunidad de entrar en batalla.

Una lenta sonrisa cruzó su rostro. —Sin duda. Pero, como sugeriste, le di más responsabilidad, y él ha correspondido con una lealtad renovada.

Mis manos se demoraron en los duros planos de su pecho. —Bien. Creo que sería un enemigo peligroso. Siempre deberías mantenerlo cerca.

Rodeó mi cintura con un brazo y me atrajo hacia él. —Si mis guerreros supieran que estoy siendo aconsejado por una hembra humana, pensarían que estoy loco.

Su corazón latía con fuerza y reverberaba a través de mi propio pecho, enviando escalofríos de placer por mi piel. —Será nuestro secreto, Raas.

Bajando la cabeza para que su largo cabello cayera hacia adelante y rozara mis mejillas, inhaló profundamente. —Me gusta tener secretos contigo. Nunca imaginé que una humana se convertiría en el miembro más valioso de mi tripulación.

—Aparte de tu *majak*. —Había visto lo cercanos que eran él y Bron, y no presumía ocupar una posición tan valiosa como esa.

Su mano se deslizó hacia abajo y apretó mi trasero. —Hay algunas cosas que ni siquiera un *majak* puede hacer por mí. Cosas que tú haces muy bien.

Mi cara se calentó, complacida de que el Raas disfrutara nuestras noches enredados el uno con el otro, mis gemidos y gritos

mezclándose con sus sonidos más profundos y dominantes. Le di una palmada juguetona en el pecho y luego atrapé la punta de su cola mientras la enroscaba alrededor de mi cintura. —Deberías parar antes de que sea necesario que te desvista de nuevo.

Gruñó y el ruido me hizo cosquillas en el oído y me envió un escalofrío por la espalda. —No me importaría eso, Raisa. —Luego dirigió una mirada significativa a su cola—. Y deberías dejar de acariciar mi cola si realmente no deseas retenerme.

Me aparté, solté su cola y lo miré, con la cara encendida. —Olvido que tocar tu cola te excita. Deberías atender la llamada de socorro.

Sus ojos oscuros se cerraron por un momento y soltó un suspiro. —Para alguien que pensaba que éramos bestias brutales no hace mucho, te has convertido en mi mayor capataz.

—Si me dices que quieres salvar a la gente de los Zagrath, te creeré. —Encontré su mirada cuando volvió a mirarme—. Nunca me has mentido.

Tomó mi mano en la suya y la llevó a sus labios, besando lentamente mi palma abierta. —Y tú nunca me has dado un consejo imprudente.

Sus labios abrasaron mi piel, haciendo que mi pulso se acelerara salvajemente. Lo aparté con mi otra mano. —Deberías irte antes de que cambie de opinión y decida que la llamada de socorro puede esperar.

Riendo bajo, me envolvió en un beso ardiente, soltándome rápidamente y retrocediendo. Con una última mirada abrasadora, giró sobre sus talones, su falda de batalla golpeando sus muslos mientras se iba.

Solo tuve un momento para recuperar el aliento antes de que Krin entrara en la habitación, con la cara sonrojada. Me había acostumbrado a ver la emoción del chico cuando había la más mínima posibilidad de que la horda Vandar entrara en batalla. El hecho de que se emocionara con la guerra no calmaba mis nervios, sin embargo.

—¿Qué sucede cuando los Vandar responden a una llamada de socorro? —pregunté después de que el chico devorara uno de los

nudos de pan que había guardado para él.

Se encogió de hombros. —Depende.

Recogí puñados de mi falda mientras me unía a él en la mesa. —¿De qué?

Tragó otro bocado de pan. —De muchas cosas: cuántos luchadores Zagrath se han quedado atrás, si hay una guarnición completa, cuántos residentes están armados y dispuestos a unirse a la batalla.

—¿Los Vandar siempre ganan?

Krin se pasó una mano por el pelo revuelto y me dedicó una sonrisa torcida. —Por supuesto. —Luego frunció el ceño—. Eso no significa que los Zagrath no vuelvan o envíen más soldados. A veces la colonia es demasiado importante o los recursos demasiado valiosos o la ubicación demasiado estratégica.

—¿Y los Vandar nunca dejan guerreros atrás?

Arrugó la nariz. —Somos una horda. Siempre estamos en movimiento y no podemos estar atados a un solo lugar.

Recordé lo que el Raas me había contado sobre su pueblo. Siempre habían sido nómadas, una tradición que mantuvieron cuando se lanzaron al espacio. Probablemente eso les había salvado de ser diezmados por su enemigo, pero también significaba que constantemente apagaban incendios que podían volver a encenderse. No era de extrañar que los Vandar y los Zagrath hubieran estado enzarzados en una batalla de gato y ratón durante generaciones. También era fácil entender cómo los Zagrath habían logrado crear la imagen de los Vandar como brutos indiscriminados en lugar de luchadores por la libertad.

El sonido de pasos apresurados resonó fuera de la puerta, y Krin la miró con anhelo.

—¿Guerreros dirigiéndose a los transportes? —pregunté.

Asintió. —Van hacia el planeta.

Incliné la cabeza hacia él. —¿Por qué no vamos?

Ya estaba negando con la cabeza antes de que las palabras salieran de mi boca. —¿Al planeta?

—No. A ver partir a los guerreros hacia la batalla. Estoy segura de que al Raas no le importará si nos mantenemos fuera del camino.

Krin se mordió la comisura del labio. —No sé. La última vez que me convenciste de algo no salió tan bien.

—Ya te lo dije. El Raas no me castigó por querer aprender a luchar. Y aprendí a defenderme. Puede que no sea capaz de resistir a un guerrero Vandar —o a un aprendiz—, pero estaré lista si alguna vez los mercenarios abordan la nave de nuevo.

Krin sacó pecho. —Si eso sucede, te ayudaré a combatirlos.

—¿Ves? Por eso el Raas te asignó a mí. No le importará si vemos juntos a los guerreros partir hacia la batalla.

El chico pareció debatir consigo mismo por un momento antes de asentir finalmente. —De acuerdo, pero tendremos que asegurarnos de que el Raas no nos vea. Ni el jefe de batalla.

—Estoy de acuerdo. —Aunque había aconsejado al Raas Kratos sobre cómo manejar a Corvak, sabía que el guerrero Vandar no aprobaba mi presencia. Cuanto menos se le recordara de mí, mejor.

Krin me guió hacia el corredor y habló brevemente con el guardia, quien me lanzó una mirada de desaprobación antes de asentir secamente. El enorme Vandar se dirigió primero por una escalera curva y luego por otra, mientras Krin y yo nos apresurábamos detrás de él.

Cuando parecía que habíamos descendido a las entrañas de la nave y que no podíamos bajar más, atravesamos unas amplias puertas y nos encontramos dentro de un cavernoso hangar. El mismo espacio enorme donde había llegado por primera vez.

Amenazantes guerreros Vandar pasaban apresuradamente junto a nosotros hacia las naves de transporte, sus botas retumbando en el suelo de hierro. Sus rugidos eran ahogados por el sonido de los motores rugientes mientras nave tras nave atravesaba el suelo del hangar y se lanzaba al espacio a través de la boca abierta en el extremo más lejano.

Krin me apartó bruscamente del camino y me pegó contra la pared. Mi corazón se aceleró mientras los guerreros corrían ansiosamente hacia las naves, fragmentos del grito de batalla «¡Por Vandar!» flotando en el aire.

Mi mirada fue atraída hacia una nave más grande cargada de guerreros. El Raas Kratos estaba de pie, flanqueado por su *majak* y

su jefe de batalla mientras la rampa se elevaba. Me vio, pero su cuerpo no traicionó nada. Ni siquiera se inmutó mientras sus ojos oscuros y ardientes nunca dejaron los míos.

El Raas iba a la batalla, y mientras su nave se disparaba a través del hangar, sentí como si una parte de mi alma se fuera con él.

CAPÍTULO

VEINTIOCHO

Kratos

Había hecho todo lo posible por no bajar de la nave de transporte y arrastrarla de vuelta a mis aposentos. Aunque le había dado a Astrid la libertad de moverse por toda la nave, verla observarme ir a la batalla me inquietaba. No quería que mi hermosa y delicada hembra estuviera cerca de la brutalidad del combate. No quería que viera lo que tenía que hacer para proteger la galaxia o lo que me costaba ser Raas.

Una cosa era que me aconsejara. Otra muy distinta que fuera testigo de mi mando.

Mis músculos dolían cuando entré en mis aposentos, y me detuve mientras mis ojos se adaptaban a la oscuridad. La batalla había sido exitosa y habíamos repelido a los Zagrath sin bajas en la colonia, pero habíamos perdido a dos de nuestros guerreros Vandar en la lucha. Sabía que Lokken y todos los antiguos dioses y ancestros los estaban recibiendo en Zedna como héroes conquistadores, pero mi corazón seguía apesadumbrado.

Había regresado al puente de mando después de la batalla, fijando nuestro rumbo hacia el planeta que aún quería investigar antes de dejar a mi *majak* al mando. Aunque mi jefe de batalla me había mirado de reojo cuando me dirigí a mis aposentos, necesitaba comprobar que Astrid estaba bien antes de poder concentrarme de

nuevo en nuestra misión. Necesitaba saber que estaba a salvo y verla con mis propios ojos.

Una vez que me acostumbré a la penumbra, pude distinguir el brillo del hierro sobre mi cama y oír su respiración suave bajo los escudos y hachas soldados. Desabroché mi armadura y la colgué en el soporte junto a la puerta, luego me quité las botas y me saqué el kilt de batalla, dejándolo todo en un montón. Miré a la pequeña figura en mi enorme cama. No deseaba nada más que desplomarme junto a Astrid, pero el sudor y la sangre de la batalla permanecían en mi piel.

Caminando sigilosamente hacia la cámara de baño, encendí las luces tenues y sumergí mi cuerpo en el agua carmesí humeante el tiempo suficiente para que los restos de la batalla se disolvieran, junto con los nudos de mis músculos. No me demoré mucho, salí y sacudí las gotas de agua de mi cuerpo antes de exprimir la punta mojada de mi cola. No me molesté en pararme sobre las ruidosas rejillas de secado, en su lugar me dirigí lo más silenciosamente posible a la cama —ahora iluminada por la tenue luz que se derramaba desde la cámara de baño— y me deslicé bajo las sábanas.

Como si fuera atraída por alguna fuerza gravitacional, Astrid se dio la vuelta en sueños y extendió un brazo sobre mi pecho, suspirando suavemente. Aunque quería ponerla de espaldas y enterrar mi verga dentro de ella, no lo hice. Había dejado de despertarla así, prefiriendo ver sus ojos sobre mí mientras la reclamaba.

Acaricié su esbelto brazo, su calidez aquietando mi respiración y alejando los pensamientos de la batalla de mi mente. Su presencia se había convertido en una fuerza estabilizadora —un ancla en la tormenta— y una sin la cual no podía imaginarme estar.

—Has vuelto.

Bajé la mirada y vi que se había despertado.

—Shhhhh. Vuelve a dormir, Raisa.

Ella levantó la cabeza para mirarme a los ojos.

—¿Estás bien? —Movió su mano sobre mi pecho—. ¿No te hirieron?

—No fui herido.

Exhaló, hundiéndose de nuevo.

—Intenté esperarte despierta, pero me entró sueño.

—Deberías dormir —dije, atrayéndola para que su cuerpo estuviera pegado al mío.

—¿Estás seguro? —Su voz tenía un toque de burla.

—Estoy seguro. —Por mucho que me gustara la sensación de estar dentro de ella, quería quedarme como estábamos, nuestros cuerpos subiendo y bajando mientras respirábamos juntos.

—¿Estabas...? —comenzó a decir—. ¿Cómo fue la batalla?

—Fuimos victoriosos. Los Zagrath huyeron como insectos escurridizos, y la colonia es libre de gobernarse a sí misma otra vez.

—Me alegro.

Sostuve su brazo contra mí.

—¿En serio? ¿Ya no piensas que los Vandar son brutos y yo el peor de ellos?

—Sé que no lo eres. He visto lo bueno en ti y en tus guerreros.

Escuchar esas palabras de sus labios hizo que mi pecho se hinchara. No debería importarme, siendo un Raas de los Vandar, lo que pensara una hembra humana. Pero me importaba.

Trazó con un dedo mis marcas mientras ninguno de los dos habló por unos momentos.

—Háblame de estas. Todos los Vandar tienen tatuajes en el pecho, pero son un poco diferentes.

—¿Quieres hablar de mis marcas? —pregunté, divertido de que estuviera cambiando de tema—. ¿Ahora?

—Nunca me las has explicado antes. ¿Significan rango o estatus?

—No son tatuajes. Nacemos con ellas.

Se incorporó a medias para observar los remolinos negros que se curvaban sobre mis hombros.

—Pensé que eso podría ser un rumor. ¿Todos los Vandar las tienen?

—Solo los machos —le dije—. Y las hembras una vez que han sellado el vínculo de apareamiento.

—¿Qué significa eso? —Sus dedos rozaron mi piel húmeda y me hicieron estremecer.

—Cuando una hembra Vandar se empareja con el macho con el que se supone que estará toda la vida, sus marcas aparecen en ella también. Y las marcas de él se extienden para cubrir más de su pecho y brazos.

Sus cejas se alzaron.

—Entonces, si las marcas nunca aparecen...

—La pareja no está destinada a estar junta.

—Pero ¿y si te enamoras de alguien y las marcas no aparecen?

Mi garganta se tensó.

—Un Vandar solo puede embarazar a una hembra con sus marcas.

Una mirada de comprensión cruzó su rostro.

—Así que si no están destinados, nunca pueden tener hijos.

—Y estás destinado a estar con otro.

Ladeó la cabeza hacia mí.

—¿Entonces tienes que acostarte con un montón de mujeres Vandar para encontrar tu pareja?

No pude evitar la risa que escapó de mis labios.

—Normalmente no lleva tanto tiempo, pero los Vandar no creen en la monogamia hasta que encuentras a tu pareja.

—¿Y después?

Fruncí el ceño.

—Haces muchas preguntas.

Se encogió de hombros.

—Ya que ahora vivo en una nave de asaltantes, probablemente debería hacerlo. —Sus dedos se detuvieron sobre mi piel—. ¿Las hembras no Vandar alguna vez obtienen las marcas?

Me había preguntado cuánto tardaría en pensar en esto. No quería decírselo, pero no podía mentir.

—Nunca he oído que suceda, pero los Vandar no suelen mezclarse con otras especies durante mucho tiempo.

—Supongo que una complacedora nunca ha obtenido marcas después de una noche salvaje, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—La única pareja verdadera de un asaltante Vandar no sería una complacedora alienígena.

Astrid se incorporó por completo, sin apartar la mirada de mis marcas. —Supongo que un humano tampoco lo sería.

—No lo sé —admití.

—Así que me tomaste cautiva, me reclamaste y me dijiste que era tuya, pero eso no es realmente cierto, ¿verdad? —Su voz era casi un susurro—. Solo soy algo con lo que te entretienes antes de encontrar a la hembra Vandar adecuada.

—No eres un entretenimiento para mí. Sabes eso —Me incorporé y la rodeé con mis brazos—. Eres mi Raisa.

Ella negó con la cabeza. —No entiendo qué significa eso.

—No fui completamente honesto contigo antes —dije—. Raisa no significa dama. Significa reina. La reina de un Raas.

—No puedo ser tu reina si algún día tienes que deshacerte de mí.

Intenté tragar, pero tenía un nudo en la garganta. Todo lo que ella decía era cierto. Sin marcas de apareamiento, no había futuro para nosotros. Por muy perfecta que se sintiera para mí, la humana no podía ser mía para siempre. No a menos que quisiera desafiar las tradiciones de mi pueblo.

Acaricié su piel pálida y sin marcas. —Siempre serás mi Raisa —Quería decirle más para tranquilizarla, explicarle que no me importaban las marcas, ni el destino, ni siquiera los hijos si eso significaba perderla, pero la nave se estremeció y comenzó a sonar una sirena.

CAPÍTULO

VEINTINUEVE

Kratos

—Informe —dije al entrar en la cubierta de mando, con voz retumbante. Mi tripulación se puso firme de inmediato, haciendo sonar sus talones.

Bron levantó la mirada de su consola de pie, con arrugas surcando su frente. —Hemos llegado al planeta que quería investigar, Raas. No estaba lejos de la colonia a la que asistimos.

Enfoqué mi mirada en la amplia pantalla de visualización. El pequeño planeta azul se extendía frente a nosotros, junto con lo que parecía ser una flota de naves Zagrath color gris metálico amontonadas entre nosotros y la superficie. Sabía que mi propia horda de pájaros de guerra estaba flanqueada detrás de mi nave principal, y por el tenue resplandor púrpura de la cubierta de mando, pude notar que habíamos activado nuestro escudo de invisibilidad.

—Era una trampa —dijo Corvak, con voz oscura y letal mientras se acercaba a mí—. Esta búsqueda sin sentido nos ha llevado directamente a una emboscada Zagrath.

—¿Qué sucedió? —pregunté.

—Como usted ordenó, una vez que dejamos la colonia, reanudamos nuestro curso. Cuando llegamos al planeta, activamos nuestros sensores.

Sabía que nuestros sensores alertarían a las naves de nuestra presencia incluso si estábamos ocultos a la vista. —¿Y localizaron la

flota?

—No hasta que aparecieron desde detrás del planeta.

Así que Corvak tenía razón. Nos habían estado esperando. El planeta había sido un señuelo, y habían enviado naves a él con suficiente regularidad como para que sospecháramos que era importante.

Dejé escapar un gruñido bajo. —¿Daños?

—Mínimos —dijo mi jefe de batalla, con voz ahora firme—. Pero saben que estamos aquí. ¿Le gustaría ordenar el ataque, Raas?

Me balanceé sobre mis talones, evaluando la flota Zagrath y preguntándome cuántas más estarían detrás del planeta, esperando emerger. Estaba acostumbrado a tomar a mi enemigo por sorpresa. No me gustaba que el elemento sorpresa fuera usado en mi contra.

—Raas —dijo uno de mis guerreros, girándose desde su puesto de pie para mirarme y juntando sus talones—. Hay una transmisión entrante.

—¿De una de nuestras naves? —pregunté.

Negó con la cabeza. —De los Zagrath.

Esto era nuevo. El imperio rara vez se dignaba a reconocer nuestra existencia, considerándonos más una irritación para ser ignorada que un enemigo con el que negociar. Comunicarse con nosotros sería reconocer que éramos una amenaza viable y un adversario formidable.

—¿Debería transmitirla a su sala de estrategia?

Sentí las miradas sobre mí. —No. —Incliné la cabeza hacia la pantalla grande—. Ponla aquí. Deja que vean a nuestros guerreros preparándose para destruirlos.

Corvak gruñó en aprobación a mi lado, girándose para enfrentar la pantalla y sosteniendo su hacha de batalla frente a él. Bron también vino a pararse a mi otro lado, cruzando los brazos firmemente sobre su pecho. Separé mis pies, apoyando mis propias manos en mis caderas con los bíceps flexionados. Sabía que formábamos un trío amenazante. Exactamente lo que quería que los Zagrath vieran.

La pantalla parpadeó, la vista de la flota enemiga fue reemplazada por la imagen de una cubierta de mando bien

iluminada y un solo oficial Zagrath con un uniforme azul humo. Otros Zagrath estaban en el fondo, sentados en consolas blancas relucientes, con sus ojos fijos en nosotros.

—Soy el Comandante Quijon del Imperio Zagrath —dijo el oficial Zagrath, con las manos entrelazadas detrás de la espalda—. ¿Con quién estoy hablando?

Este Zagrath era todo lo que yo no era, con su cabello rubio corto y su uniforme impecable. Entrecerré los ojos al mirarlo, odiando todo lo que representaba y todo lo que su imperio había hecho. —Raas Kratos de los Vandar.

El comandante se aclaró la garganta. —Como puede ver, sus naves están superadas en número y en armamento. Al menos, lo estarán pronto, una vez que llegue nuestra segunda flota.

No respondí. Solo miré fijamente la pantalla, aunque sentí a Corvak moverse a mi lado. Sospechaba que la idea de ser flanqueados por la retaguardia por los Zagrath no le sentaba bien.

—No deseamos una batalla hoy —continuó el comandante Zagrath—. Solo queremos que devuelva lo que tomó de una nave imperial.

Intenté no estremecerme, pero no pude evitar la mueca de desprecio que curvó mi labio superior. —¿Qué cree que tiene el imperio que yo quiera?

El hombre dejó escapar un suspiro impaciente. —Ustedes se llevaron a una mujer de una nave que transportaba suministros Zagrath, lo que la convierte en una nave Zagrath, y tengo entendido que está viviendo a bordo de su nave como prisionera.

—No hay nadie en mi nave que no haya accedido a estar aquí.

El comandante dio un paso más cerca. —Mire, Vandar. Sé que usó amenazas para que esta chica viniera con usted. Devuélvanosla, y ninguno de sus tripulantes tendrá que morir.

Solté una carcajada. —¿Cree que son *mis* guerreros los que morirán?

Se estremeció visiblemente, reajustando sus manos entrelazadas. —No estará tan seguro una vez que lleguen nuestras otras naves. Le estoy dando la oportunidad de entregar a la chica e irse, antes de que nos veamos obligados a abordar su nave y quitársela.

Un murmullo oscuro recorrió mi cubierta de mando, y mis guerreros se tensaron ante la amenaza. Incluso Corvak emitió un gruñido bajo y cambió su agarre en el hacha de batalla. Podría estar en desacuerdo con mis acciones últimamente, pero ningún Vandar tomaba a la ligera las amenazas a sus naves. Especialmente no de un Zagrath con un uniforme que nunca había visto batalla.

—Pueden intentarlo —gruñí, dando al enemigo una sonrisa amenazante.

El comandante frunció el ceño. Claramente esto no estaba yendo como él había planeado. Se dio la vuelta y caminó de regreso a un gran sillón de capitán y se sentó en él, estirando los brazos hasta las puntas de los reposabrazos. —¿Se niega a entregar a su cautiva?

—Ella no es una cautiva —dije, con el corazón latiendo más rápido al pensar en Astrid—. Pero me niego a entregarla. Ahora pertenece a los Vandar. Vino conmigo por su propia voluntad y accedió a ser mía si dejaba ir a su nave. Cumplí con mi parte del trato. Ahora ella está cumpliendo la suya.

—No pueden volar por el imperio, asaltando naves y tomando a nuestras mujeres para que sean sus putas —espetó el comandante, su rostro plácido enrojeciéndose.

Sentí la mirada de Bron posarse en mí por un momento. —Ella no es mi puta. Pero los Vandar pueden y continuarán asaltando sus naves hasta que dejen de intentar doblegar la galaxia a su voluntad.

El comandante enemigo golpeó con el puño el reposabrazos de su sillón. —El Imperio Zagrath controla este sector. Eso no está sujeto a su opinión, Vandar.

—Mi nombre no es Vandar. —Di un paso adelante, con voz baja —. Se lo he dicho. Soy Raas Kratos de los Vandar. O en su idioma, el señor de la guerra Kratos de los Vandar. Soy hijo de Raas Bardon de los Vandar y hermano de Raas Kaalek y Raas Tor. No recibo órdenes de un Zagrath, y no devolveré a la mujer. Ella es propiedad de los Vandar, y tendrán que pasar sobre mí para obtenerla.

Corvak golpeó el extremo de su hacha de batalla contra el suelo, haciendo que el sonido retumbara por toda la cubierta de mando e incluso provocando que el comandante Zagrath se sobresaltara.

—Que así sea, Vandar —el Zagrath me dirigió una mueca despectiva, negando con la cabeza—. Prepárense para la batalla.

Su rostro desapareció y la pantalla volvió a mostrar la vista de la flota enemiga. La sangre rugía en mis oídos mientras observaba cómo las naves Zagrath activaban sus sistemas de armamento.

—Siempre lo hago.

CAPÍTULO

TREINTA

Astrid

Me aferré al costado de la cama mientras la nave se sacudía de nuevo. Después de que Kratos se hubiera puesto la ropa a toda prisa y saliera corriendo de la habitación, los disparos se habían detenido durante una tregua misericordiosa, pero rápidamente se habían reanudado. Mientras miraba alrededor de la habitación que se balanceaba de un lado a otro, entendí por qué el espacio era tan espartano y por qué los pocos muebles estaban atornillados al suelo. Al menos nada se deslizaba por el piso mientras nos atacaban.

Todavía no sabía exactamente qué estaba pasando, pero supuse que eran los Zagrath. Eran los únicos lo suficientemente valientes como para enfrentarse a una horda Vandar en batalla. Aunque la pared de cristal daba al espacio, no podía ver más que destellos de fuego láser y naves de casco gris en la distancia.

Apoyé los pies en el suelo para no resbalar. Había oído hablar de las peleas entre las naves de batalla Zagrath y las naves de guerra Vandar, los cielos llenos de explosiones y fuego láser. Nunca imaginé que estaría en medio de una.

Por encima de las sirenas que aullaban y el fuego de las armas que se acercaba, oí un golpeteo en la puerta. Logré ponerme un vestido y me dirigí a la puerta caminando con los brazos extendidos para mantener el equilibrio. Presioné el panel del costado, haciendo

que las puertas se deslizaran y se abrieran. Krin entró apresuradamente. El guardia afuera me miró de reojo y luego volvió a mirar al frente. Supuse que incluso con una batalla en pleno apogeo, Kratos le había dicho que se quedara en su puesto.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté a Krin, aunque estaba más feliz de verlo de lo que quería admitir.

—Sé que la última batalla no fue divertida para ti, así que pensé en asegurarme de que estuvieras bien.

Me conmovió que el chico se hubiera preocupado por mí.

—¿El *majak* no te envió?

Negó con la cabeza.

—No tenía que enviarme. Sé que el Raas querría que me asegurara de que no estés asustada. Parece que le gustas mucho. Nunca lo he visto mirar a ninguna de las damas de las casas elegantes como te mira a ti —se sonrojó en cuanto dijo esto, bajando la mirada al suelo.

—Está bien —le dije, balanceándome ligeramente mientras la nave se estremecía—. Sé que ha ido a casas de placer, pero me alegra saber que le gusto más que las damas de allí —lo atraje hacia mí para darle un abrazo rápido, revolviéndole el pelo—. Gracias por eso y gracias por venir a ver cómo estaba.

Cuando lo solté, sus mejillas estaban manchadas de rosa, y pude ver que intentaba parecer como si no hubiera disfrutado del abrazo, tirando de su falda mientras su cola se agitaba.

—¿Sabes qué está pasando? —le pregunté, haciendo un gesto hacia la puerta—. No puedo salir de esta habitación.

Se aclaró la garganta y enderezó los hombros, sintiéndose claramente importante por poder compartir la información conmigo.

—No deberíamos salir. Los Zagrath están atacando, y todos están ocupados preparándose para una batalla en la nave.

—¿Por qué habría una batalla en la nave? —Miré hacia el amplio cristal y el fuego láser que cruzaba el cielo negro—. Pensé que las batallas espaciales se libraban en, bueno, el espacio.

Krin me sonrió como si yo fuera la niña y él el adulto.

—La forma más rápida de poner fin a una batalla es abordar una nave y tomarla.

Los Vandar eran llamados asaltantes por una razón. Casi siempre abordaban las naves, despojándolas de todo lo valioso antes de destruirlas.

—Entonces, ¿los Vandar se están preparando para abordar algunas naves Zagrath?

El chico asintió, sus ojos dirigiéndose a mi puerta.

—Vi a un montón de guerreros subiendo a una nave de abordaje. Si pueden tomar la nave principal Zagrath, ganamos.

Eso me pareció un poco simplista, pero entonces, no estaba muy versada en la guerra espacial.

—¿Qué hay de Kratos? ¿Va con uno de los grupos de abordaje?

La mirada de Krin se dirigió hacia mí y luego se apartó.

—Esta vez no, al menos por lo que puedo ver. Está dirigiendo la lucha desde la cubierta de mando.

Sentí una oleada de alivio al saber que no abandonaría la nave y arriesgaría su vida para abordar una nave de batalla Zagrath. Sabía que era un luchador experimentado, pero odiaba la idea de que resultara herido y que yo no pudiera llegar hasta él. Era una sensación extraña, y una que no podía explicar completamente.

—¿Cuánto duran estas batallas? —pregunté, mientras otro impacto nos hacía tambalear hacia un lado.

—Depende —gritó sobre el ruido—. Normalmente no luchamos contra una flota tan grande.

Mi corazón se agitó ligeramente. ¿Había posibilidades de que los Vandar fueran derrotados o de que la nave fuera destruida? No me gustaba la idea de ninguna de las dos opciones, pero me preguntaba qué me pasaría si la nave fuera tomada por los Zagrath. ¿Realmente estaban tratando de matarme, o me considerarían una prisionera a la que estaban liberando? En cualquier caso, si los Vandar perdían, no me quedaría con Kratos. Si es que sobrevivía.

Se me formó un nudo duro en el estómago. No estaba segura de cuándo había sucedido, pero había pasado de esperar con todo mi corazón ser rescatada a no desear nada más que quedarme con el señor de la guerra Vandar que me había tomado como su cautiva. Había llegado a acoger con agrado su cuerpo duro moviéndose sobre el mío y sus besos profundos y posesivos. Y ser deseada por él

me había dado una confianza que no conocía antes. Acostada a su lado y aconsejándole sobre su tripulación y su estrategia, finalmente sentía que estaba en un lugar al que pertenecía.

Algo duro golpeó la nave, enviándonos a Krin y a mí al suelo. Me sostuve con las manos, pero mientras yacía en el suelo frío, me ardían por el impacto. Levanté la cabeza para ver al chico tendido cerca de mí.

—¿Estás bien?

Él levantó la mirada y gimió.

—Creo que nos están abordando.

—¿Qué? —Me puse de pie y luego lo ayudé a levantarse—. ¿Estás seguro?

Se frotó el hombro donde debió haberse golpeado contra el suelo.

—Se sintió como si una nave se acoplara a nosotros.

Eso no era bueno. Ya había lidiado con un grupo de abordaje. No quería hacerlo de nuevo.

—De acuerdo, ¿qué deberíamos hacer? Si vienen por mí, necesito salir de esta maldita habitación. El último grupo que vino a bordo buscándome parecía saber dónde encontrarme.

La pequeña frente de Krin se arrugó.

—Todavía tenemos un guardia afuera.

Casi había olvidado al enorme guerrero Vandar armado hasta los dientes que estaba justo afuera de la puerta.

—Cierto.

Caminé hacia la puerta y presioné el panel de nuevo, queriendo ver al tipo y asegurarme de que no se había ido corriendo para participar en la batalla. Cuando las puertas se abrieron con un silbido, estaba mirando un espacio vacío donde había estado el guerrero. Luego mi mirada se dirigió al suelo, y al enorme Vandar que yacía muerto frente a la puerta.

CAPÍTULO

TREINTA Y UNO

Astrid

—¿Está...? —Miré fijamente al guardia mientras la sangre brotaba de su pecho.

Krin me agarró la mano y me tiró hacia adelante cuando un disparo impactó en la pared donde había estado mi cabeza. —*¡Vaes!*

Me agaché mientras recogía mis faldas y corría detrás de él, con el sonido de los blásteres disparando a nuestras espaldas. ¿Realmente estaban tratando de matarme, o simplemente disparaban a cualquier cosa que se moviera?

Doblamos una esquina cerrada y nos topamos de frente con un soldado Zagrath. Nunca había visto uno tan de cerca. Eran altos, y sus uniformes de un azul acerado, con una armadura pectoral del mismo color que los hacía parecer más anchos. Cascos negros cubrían sus cabezas con una pieza ocular que se deslizaba sobre un ojo, haciéndolos parecer un poco como autómatas.

Aunque el soldado Zagrath llevaba un enorme rifle láser, Krin no dudó en sacar su cuchillo del cinturón y clavárselo en el cuello al enemigo. La sangre brotó, haciéndome tambalear hacia atrás para evitar salpicarme, pero Krin me agarró la mano de nuevo y me tiró hacia adelante.

—Tenemos que seguir moviéndonos —dijo, sosteniendo su cuchillo goteante mientras corría.

Me quedé atónita de que hubiera podido matar con tanta facilidad, y me pregunté si esta era la primera muerte que había causado, o si esto era lo habitual para los aprendices de asaltantes Vandar.

—¿A dónde vamos? —pregunté, después de haber dado varias vueltas más.

Se detuvo, mirándome. —No lo sé. Solo lejos de la lucha.

Eso me sonaba bien. El sonido de gritos y disparos de blásteres resonaba por toda la nave, haciendo que se me helara la sangre. No sabía cuántos Zagrath había a bordo, pero parecía que estaban por todas partes.

—Espera —dije, soltando mi mano de la suya y deteniéndome. Le arrebaté el cuchillo—. Necesito hacer algo.

Agarrando la parte inferior de mi vestido, corté la tela hasta que había eliminado todo lo que estaba por debajo de mi rodilla. Luego le devolví su cuchillo. —Así está mejor. Ahora puedo correr de verdad sin caerme.

Krin frunció el ceño al ver mis piernas, desnudas desde la rodilla. —Al Raas no le va a gustar esto.

—El Raas no está aquí. ¿Prefieres mantenerte con vida, o tener que correr lento para seguirme el paso con mi estúpido vestido largo?

—Mantenerme con vida.

—Yo también. —Tomé su mano de nuevo—. Guía el camino.

Nos apresuramos por una escalera sinuosa y pasamos junto al ring de batalla. Krin saltó sobre un par de asaltantes Vandar muertos, pero yo tropecé cuando los vi tirados en el suelo. No los reconocía, pero eran musculosos y de pelo oscuro, como todos los Vandar, y me hicieron pensar en Kratos. ¿Qué haría si viera su cuerpo, sin vida en el suelo?

Sacudí la cabeza con fuerza, alejando ese pensamiento e intentando no detenerme en lo desconsolada que sabía que estaría.

Está bien, me dije a mí misma. *No está muerto. Definitivamente no está muerto.*

Krin tiró de mi mano, pero su voz no era dura. —¿Estás bien?

Asentí, apartando la mirada de los guerreros muertos y pasando cuidadosamente sobre sus cuerpos. —¿Crees que el grupo de abordaje llegó al puente?

Krin me miró a los ojos. —El Raas no será asesinado. Es un feroz luchador. Ningún Zagrath puede derrotarlo.

Me encantaba la ciega confianza de Krin en su líder, pero yo sabía que nadie era invencible. Ni siquiera alguien tan enorme y feroz como el Raas Kratos.

Bajamos otro amplio tramo de escaleras de hierro, descendiendo más profundamente en la nave, corriendo por un pasillo y chocando de frente con un par de Zagrath. Antes de que Krin pudiera apuñalarlos, uno de los soldados lo agarró, inmovilizando sus brazos a los costados. Krin luchó y pateó e incluso golpeó con su cola, pero el soldado enemigo era más grande y obviamente mucho más fuerte.

—No le hagan daño —grité—. Es solo un niño. No es un guerrero.

El otro Zagrath se giró para mirarme, su rifle láser apuntando a mi pecho. —Es la mujer.

—La encontramos —el otro soldado sonaba triunfante mientras sostenía a Krin, que aún se retorcía, en el aire—. Repórtalo al comando.

—No se preocupe, ciudadana. La sacaremos de esta nave de asaltantes. —El soldado frente a mí bajó su rifle y sacó un pequeño dispositivo de su cinturón—. Patrulla tres a comando. Tenemos a la prisionera. Repito. Hemos encontrado a la prisionera humana y la estamos llevando de vuelta.

—¿Es por eso que abordaron la nave? —pregunté—. ¿Para encontrarme?

El Zagrath que sostenía a Krin asintió. —Si no tuviéramos que sacarte, podríamos haberla volado en pedazos.

El otro soldado me miró a mí y a mi vestido rasgado. —Debes conocer a alguien bastante importante para conseguir este tipo de rescate.

Más bien mi hermana había hecho algún tipo de trato con algún comandante Zagrath. Me estremecí al pensar en lo que Tara le

habría ofrecido a cambio de enviar la caballería, y odié los pensamientos ingratos que rondaban por mi cabeza.

No quería ser rescatada. No quería ir con estos soldados Zagrath. No quería volver a la nave de mi hermana.

El que estaba más cerca de mí dejó que su rifle colgara a su lado mientras me tomaba del codo. —¿Está herida? ¿Estos brutos le hicieron daño?

Negué con la cabeza, con un nudo en la garganta. Kratos nunca me había hecho daño, nunca me haría daño.

Recordando lo que me había dicho sobre no telegrafiar mis movimientos, me desplomé contra el soldado. —Me siento débil.

Él soltó su rifle para atraparme, y el otro soldado aflojó su agarre sobre Krin, quien se escabulló de sus manos. Recogí el arma del suelo, levantándome y golpeando al soldado que intentaba levantarme. El rifle se estrelló contra su cráneo y él voló hacia atrás, aterrizando en el suelo con un fuerte golpe. El otro soldado no se dio cuenta de lo que estaba pasando lo suficientemente rápido, su boca quedó colgando abierta cuando me volví hacia él, golpeándolo en el costado de la cabeza con la culata del arma. Cayó a mis pies.

Miré hacia atrás a Krin, una sonrisa partía su rostro.

—Sabía que eras una aprendiz rápida —dijo—. Ni siquiera el Raas habría pensado en eso.

Sospechaba que hacerse la damisela en apuros no era una técnica que Kratos hubiera empleado jamás, ni hubiera necesitado emplear. Hice un gesto hacia el pasillo. —Será mejor que salgamos de aquí antes de que estos dos se despierten.

Podía notar que Krin habría preferido matarlos, pero se unió a mí para correr por el pasillo. Cuando llegamos a otra empinada escalera, me detuve.

—¿Qué hay ahí abajo?

—Cápsulas de escape.

—Perfecto —dije—. Nadie pensará en buscarnos en una de esas.

Cuando llegamos al final de la escalera que era prácticamente una escalera de mano, examiné la fila de escotillas redondas de acero. Miré a través de la ventana transparente de una y vi lo que

parecía una pequeña cabina con espacio para dos personas. —Podemos caber en una de estas.

Krin me ayudó a abrir la escotilla, entrando y tomando uno de los dos asientos frente al cristal delantero que daba a la punta afilada. Más allá de la punta de la cápsula había otra puerta redonda que parecía abrirse en espiral. Más allá de eso, lo sabía, estaba el espacio.

Entré después de él y cerré la escotilla detrás de mí. La cápsula cobró vida, los controles se iluminaron y un zumbido llenó el pequeño interior.

—¿La encendiste tú? —pregunté, mirando a Krin.

Él negó con la cabeza enérgicamente. —No toqué nada. Lo juro.

—Tal vez al cerrar la escotilla se activó —dije, uniéndome a él en la parte delantera. Una cápsula iluminada con el motor en marcha no sería tan sigilosa como había esperado. Examiné los controles, pero no conocía los símbolos vandar. Nunca había sido muy buena en nada relacionado con naves espaciales, de todos modos.

El sonido de pesadas pisadas resonó detrás de nosotros. Al girar el cuello, vi a un par de soldados zagrath mirando a través de la puerta transparente.

—Creo que nos encontraron —dijo Krin.

—Bueno, no nos van a atrapar. —Me volví, fijando la mirada en un gran botón azul—. Allá vamos.

Golpeé el botón con la mano. Por un momento, no pasó nada. Luego, la puerta frente a la cápsula se abrió en espiral, y salimos disparados de la nave vandar hacia el espacio.

—¡Lo logramos! —grité, mientras atravesábamos una andanada de disparos láser.

Krin me sonrió, mirando hacia atrás a la nave vandar y los soldados zagrath flotando en el espacio detrás de nosotros. Entonces la cápsula se sacudió, y empezamos a movernos rápidamente hacia una de las naves de batalla zagrath.

CAPÍTULO

TREINTA Y DOS

Kratos

Lancé un golpe amplio con mi hacha de batalla, alcanzando a un soldado Zagrath en la cabeza, mi hoja incrustándose en la dura coraza de su casco. Chilló cuando otra hacha se hundió en su espalda y se desplomó.

Bron puso una bota sobre la espalda del soldado mientras arrancaba su hacha, y luego sacó la mía también.

Le di una palmada en el hombro a mi *majak*. —Buen trabajo. Ese era el último.

Ambos jadeábamos mientras permanecíamos en la amplia plataforma fuera de la cubierta de mando. Habíamos repelido a los soldados enemigos que habían intentado irrumpir en nuestros controles y tomar la nave, y los cuerpos que cubrían el suelo de acero a nuestros pies eran evidencia de nuestra victoria. Podía oler el metal quemado y sabía que nuestro casco había sufrido daños, pero al menos nuestra nave seguía en pie y bajo control Vandar.

Corvak subió corriendo desde abajo, saltando los escalones de dos en dos y haciendo que retumbaran por el impacto. —Hemos eliminado a todos los Zagrath del grupo de abordaje.

Asentí hacia él, notando la sangre manchada en su pecho y goteando de la hoja curva de su hacha. A pesar de sus desacuerdos conmigo, no me fallaría a mí ni a su gente. —Deberíamos ver cómo le ha ido al resto de la horda.

Todos entramos de nuevo a la cubierta de mando, la sala ruidosa con el sonido de transmisiones entrantes y alertas de sistemas dañados. Miré por el frente de la nave y vi que la nave de batalla Zagrath a la que nos habíamos enfrentado se había alejado, con humo saliendo de un costado.

—¿Escudos? —ladré, mirando a mi jefe de sistemas.

—Resistiendo, Raas.

—¿Daños?

—Nada que no se pueda reparar —me informó otro guerrero, con orgullo en su voz—. Causamos más daño del que recibimos.

—Bien —me pasé una mano por el pelo.

Bron caminó hacia su consola, escaneando las lecturas y frunciendo el ceño a la pantalla. —Tuvimos una cápsula de escape que se desplegó durante la batalla.

—¿Una cápsula de escape? —me uní a él en la consola, entrecerrando los ojos ante la alerta parpadeante—. ¿Uno de los Zagrath?

Se encogió de hombros. —Quizás —sus dedos se movieron por la suave consola, luego giró la cabeza para mirarme—. El guardia fuera de tus aposentos no se reportó en su último control.

A pesar de que estaba sudando, un escalofrío me recorrió. —Imposible.

Sin esperar, giré sobre mis talones y salí corriendo de la cubierta de mando. El viaje a mis aposentos nunca me había parecido tan largo, mientras bajaba atronadoramente por las escaleras y corría por los pasillos, gritando a los guerreros que se apartaran de mi camino. Cuando llegué a las puertas de acero y vi el cuerpo desplomado frente a ellas, mi corazón se hundió.

Abrí las puertas y entré apresuradamente, llamando a Astrid mientras recorría el espacio, mi mirada escudriñando cada rincón. Ella no estaba allí.

Sacudiendo la cabeza con incredulidad, salí tambaleándome, pasando por encima del guerrero con la herida de bláster en el pecho y evitando el oscuro charco de sangre que brillaba en el opaco suelo de hierro. El olor metálico era fuerte en mi nariz, y contuve la bilis que subía por mi garganta.

Ella no me habría dejado.

Continué a través de la nave, el olor a humo haciéndose más fuerte a medida que descendía más profundamente en las sombrías entrañas del navío. Mi estómago era un nudo de temor que se endurecía con cada paso.

Tal vez se estaba escondiendo, como lo había hecho antes cuando abordaron la nave. Escaneé los pasillos y cualquier lugar lo suficientemente grande para ocultar a una pequeña humana, pero ella no estaba en ninguna parte. Divisé un amplio trozo de tela rasgada que parecía uno de sus vestidos, lo recogí y lo acerqué a mi nariz. Tenía el aroma de mi hembra, pero no podía imaginar por qué estaría arrancado y descartado en un pasillo.

Mi garganta se tensó al imaginar que se lo habían arrancado a la fuerza. Sostuve el trozo en un puño mientras continuaba, pasando los cuerpos sin vida de soldados Zagrath esparcidos por el suelo. Si el enemigo le había puesto una mano encima, los haría vivir para arrepentirse.

Al llegar a la parte superior de las escaleras que conducían a las escotillas de escape, me detuve.

—¿Raas?

Levanté la cabeza para ver a Bron acercándose desde el otro extremo del largo pasillo. —Has venido a ayudarme en mi búsqueda.

Asintió una vez, aunque vi en sus ojos que sabía que mi búsqueda era inútil.

Ambos descendimos por las empinadas escaleras, cayendo y haciendo temblar el suelo. Bastó una mirada momentánea a la fila de escotillas de las cápsulas para ver cuál se había desplegado. Bron se acercó y tecleó en el panel de control, mientras yo miraba a través de la puerta transparente. Donde había habido una cápsula, ahora no había nada entre la escotilla y la puerta circular externa que daba al espacio.

—¿Y bien? —pregunté, después de que sus golpeteos de dedos se ralentizaran.

—La cápsula fue desplegada, pero no se fijó ningún destino.

Un destello de esperanza floreció en mi pecho. —Entonces, podría haber estado vacía. ¿Tal vez los Zagrath la desplegaron para

distraernos?

—Podrían haber sido los Zagrath, pero no estaba vacía —frunció el ceño, dirigiendo sus ojos a la escotilla—. La cápsula fue desplegada desde dentro.

Cualquier esperanza que hubiera tenido se hizo añicos. Se había ido.

Golpeé la escotilla con la palma de mi mano, dando la bienvenida al escozor del dolor. —¿Hay alguna posibilidad de que los Zagrath la hayan obligado a entrar en la cápsula?

—No sabemos si era ella, Raas.

Deslicé mi mirada hacia él, entrecerrando los ojos. —No me complazcas, *majak*. Nunca lo has hecho antes. No lo necesito ahora.

Asintió, sus mejillas coloreándose. —Siempre existe la posibilidad de que los Zagrath se la hayan llevado por la fuerza, Raas. No podemos estar seguros de lo que pasó. Solo que su guardia está muerto y ella ha desaparecido.

—La he perdido —dije en un susurro.

Bron puso una mano en mi hombro. —No ha terminado. Aún no.

Lo miré a los ojos, su expresión decidida haciendo que me enderezara. El dolor en mi corazón ya había comenzado a transformarse en una cegadora rabia, la sangre rugiendo en mis oídos. —No, no ha terminado. Si el enemigo tiene lo que es mío, lo recuperaré. Y destruiré a aquellos que se atrevieron a robarle a un Raas de los Vandar.

CAPÍTULO

TREINTA Y TRES

Astrid

—¿Qué está pasando? —presioné más botones en el panel de control de la cápsula de escape mientras volábamos hacia la nave Zagrath.

La boca de Krin era una línea dura mientras miraba la nave de batalla gris que se cernía frente a nosotros. —Nos están atrayendo.

—¿Como un rayo tractor? —Sabía que algunas naves podían usar energía magnética para mantener a otras en su órbita o atraerlas, pero nunca había estado en una nave lo suficientemente avanzada como para presenciarlo.

No respondió, pero no necesitaba que lo hiciera. Por la mirada tormentosa en su pequeño rostro, supe que no había forma de liberarnos de lo que nos estaba atrayendo hacia los Zagrath. No había manera de evitar ser capturados por ellos.

—No nos harán daño —dije, después de unos momentos de reflexión—. Especialmente si creen que huimos de los Vandar.

Él giró su mirada hacia mí. —¿Deseas decirle al enemigo que huimos de mi gente? ¿Que estamos huyendo *hacia* ellos?

—Nos tratarán de manera diferente si piensan que escapamos que si creen que nunca tuvimos la intención de dejar a los Vandar.

Cruzó los brazos sobre su pecho. —Nunca traicionaría a mi gente. —Su mirada se encontró con la mía en un reproche silencioso—. Ni a mi Raas.

Solté un suspiro. —¿Crees que yo quiero esto? Estaba feliz en la nave con tu Raas. Bueno, no hasta hace poco, pero aun así, no quería dejarlo. Sin embargo, si le digo eso a los Zagrath, pensarán que me han lavado el cerebro o que estoy loca. Lo último que quiero es terminar en una celda acolchada en su nave. Entonces nunca podré sacarnos de aquí.

La expresión de Krin se suavizó ligeramente. —¿No quieres quedarte con el enemigo que vino a rescatarte?

Luché por no poner los ojos en blanco. —De ninguna manera. Aún no te he enseñado a hacer glaseado.

Una sonrisa reluctante asomó en las comisuras de su boca, pero intentó mantener un semblante serio. —Necesitarás mi ayuda para escapar.

—Por supuesto que sí, lo que significa que también tendrás que fingir que estás tratando de escapar de los Vandar.

Pensó en esto por un momento, frunciendo el ceño. Finalmente, dejó escapar un suspiro. —De acuerdo, pero solo para poder ayudar a que ambos regresemos a mi nave.

Extendí mi mano. —Trato hecho.

Miró mi mano extendida, y recordé que los Vandar no estrechaban las manos. La bajé y en su lugar rodeé sus hombros con mi brazo. —Te prometo que estaremos fuera de esta nave Zagrath en un abrir y cerrar de ojos.

Su pequeño cuerpo se estremeció cuando nuestra cápsula de escape entró por el costado de la nave de batalla Zagrath y aterrizó con un golpe seco en el suelo del hangar. Me encontré tarareando una melodía sin nombre, pero ni siquiera el sonido habitualmente reconfortante ayudaba con las mariposas en mi estómago. Especialmente cuando un escuadrón de soldados Zagrath con cascos negros nos rodeó, con sus rifles láser apuntando hacia nosotros.

—¿Listo? —susurré a Krin, con mi mano flotando sobre el botón de liberación de la escotilla.

Asintió, su rostro mostrando resignación. Sabía que la única razón por la que no salía volando de la cápsula con los puños en alto era por mí.

Abrí la escotilla y levanté las manos en el aire, dándole un codazo a Krin para que hiciera lo mismo. Gruñó con desagrado mientras levantaba los brazos y salía de la cápsula. Lo seguí, y nos quedamos de pie con múltiples armas apuntándonos.

Pasos rápidos se acercaron, los soldados abriéndose paso para dejar pasar a un oficial Zagrath. Era alto y delgado, con cabello claro que parecía estar adelgazando en la parte superior.

Nos evaluó a Krin y a mí, asintiendo como si estuviera complacido. —Soy el Comandante Quijon del Imperio Zagrath. Están a salvo.

Me forcé a sonreírle. —Gracias. Soy Astrid...

—Sí, sí. —Hizo un gesto con la mano hacia mí—. Sabemos quién es usted. Su hermana se aseguró de ello.

Mi corazón latió un poco más rápido. —¿Tara? ¿Está aquí?

—No. Ha estado ocupada buscándola por el sector, aunque no sé cómo pensaba encontrar una horda Vandar en esa nave suya... o sobrevivir a otro encuentro, si lo hacía. Ya es bastante difícil para nosotros, y tenemos el poder del imperio a nuestra disposición. —Su mirada se dirigió a mi vestido rasgado—. Parece ilesa, aunque un poco desaliñada. ¿Los Vandar no le hicieron daño?

—En absoluto. Estoy bien.

—Su hermana se alegrará de saberlo, si podemos contactarla. Ha estado fuera del alcance de comunicación durante casi un día astral completo. Sin duda persiguiendo alguna pista.

Eso sonaba a Tara. —Me encantaría hablar con ella cuando puedan establecer contacto.

El comandante asintió. —Eso puede arreglarse. Primero, necesitaremos interrogarlos a ambos.

—No tiene que preocuparse por él. —Señalé con el pulgar a Krin —. Es solo un niño que me ayudó a escapar. No sabe nada.

El comandante nos miró, su mirada se detuvo en Krin. —Sigue siendo un Vandar. Podría darnos información valiosa sobre sus naves o su tecnología. Nunca hemos capturado a un Vandar antes y logrado extraer información de ellos.

La palabra "extraer" me produjo un escalofrío en la espalda. —¿Qué quiere decir? Es solo un niño. No puede interrogar a un niño.

Krin se acercó más a mí.

—Es un Vandar. No importa cuán joven sea. Si ha estado viviendo en su nave de guerra, puede ser una valiosa fuente de información, que podría ayudarnos a derrotar a los asaltantes, de una vez por todas. —Los ojos del comandante se deslizaron fríamente sobre Krin —. Los Vandar son una plaga en la galaxia y una espina en el costado del imperio. Estoy seguro de que en este caso, el fin justificará los medios.

Agarré la mano de Krin y la apreté con fuerza. —No voy a permitir que lo torture.

El labio del oficial Zagrath se curvó. —¿Está defendiendo a uno de ellos? Son una plaga en la galaxia. Alimañas que necesitamos erradicar.

Me estremecí ante la dureza de sus palabras. Nadie merecía ser llamado alimaña, especialmente no Krin. —¿No me escuchó? Él me ayudó a escapar. Es la única razón por la que estoy aquí y viva. Le prometo que no sabe nada sobre la estrategia Vandar.

—Ya veremos. —El comandante se encogió de hombros, haciendo un gesto hacia nosotros con la mano.

Un par de soldados se adelantaron, agarrando a cada uno de nosotros por el brazo. Le di un manotazo al Zagrath cuando me alejó de Krin a la fuerza, apretándome dolorosamente el brazo. Krin vio mi reacción y olvidó todas las promesas de ir tranquilamente, pateando al soldado que lo había agarrado. Cuando el Zagrath se dobló y aflojó su agarre, Krin se giró y le dio un fuerte puñetazo en el estómago.

Yo seguía luchando por escapar del soldado que me sujetaba cuando el comandante se acercó y presionó un dispositivo metálico contra el costado de Krin, haciendo que el chico se pusiera rígido y luego cayera al suelo.

—¿Qué le has hecho? —miré fijamente al pequeño chico encogido a mis pies.

—Aturdidor de fotones —la voz del comandante no había cambiado su tono neutral desde que nos saludó—. Estará bien. No tengo deseos de matarlo antes de obtener lo que necesitamos de él.

—Los Vandar os matarán cuando descubran lo que le habéis hecho —mi voz temblaba, la rabia contra el cruel comandante corría por mis venas—. Más os vale que podáis correr lejos.

—¿Nosotros, correr? —el comandante arqueó una ceja hacia mí —. No creo que los Vandar vengan a castigarnos por nada.

—¿Qué quiere decir?

—Se han ido —dijo.

Negué con la cabeza mientras asimilaba las palabras. ¿Idos? —Imposible. No se habrían marchado sin... —estuve a punto de decir que Raas Kratos no se habría ido sin mí, pero me detuve.

El comandante me sonrió, pero la calidez no llegó a sus ojos. —Me temo que sí se fueron. Su horda de naves activó sus escudos de invisibilidad y desapareció poco antes de que vuestra cápsula nos alcanzara —hizo un gesto hacia el espacio—. Huyeron como las ratas que son. Pero no te preocupes. Los encontraremos y los aplastaremos, como aplastamos a cualquiera que se resista al imperio.

Por primera vez, vi realmente a los Zagrath como el Raas me los había descrito: fríos, crueles e interesados en controlar a todos y todo. Parpadeé para contener las lágrimas, tragándome las ganas de decirle al Zagrath que los Vandar nunca huirían. Pero no sabía la verdad. Tal vez sí decidieron cortar por lo sano. Tal vez el Raas había decidido que era mejor así. Nunca podríamos estar juntos como verdaderos compañeros. Él habría tenido que dejarme ir, eventualmente. Al menos de esta manera salvaría a su horda, y yo sabía que Raas Kratos valoraba a su horda por encima de todo, especialmente por encima de una hembra que nunca podría ser su verdadera compañera.

Apreté los puños con fuerza para que mis uñas se clavaran en mi carne. No podía dejar que los Zagrath vieran lo desconsolada que estaba porque el señor de la guerra Vandar me había abandonado. Levanté la barbilla y miré al frente mientras los soldados me empujaban.

No importaba. Por mucho que me doliera el corazón, necesitaba dejar de lado mi dolor y concentrarme en lo que importaba. Tenía

que encontrar una manera de salvar a Krin y devolverlo a su gente. Tenía que sacarnos de la nave Zagrath.

CAPÍTULO

TREINTA Y CUATRO

Kratos

—Tomaste la decisión correcta, Raas —Bron me enfrentó mientras yo daba vueltas en un círculo apretado en mi sala de estrategia.

—¿Huir? —Me volví hacia él—. ¿Cuándo han huido los Vandar?

—Estoy de acuerdo con el Raas —dijo Corvak desde donde se apoyaba contra la pared, su pecho desnudo aún marcado por rastros de sangre enemiga—. Deberíamos habernos quedado.

Bron negó con la cabeza.

—Fue una emboscada. Nos superaban en armamento y ya no podíamos disparar contra la nave de batalla principal.

Corvak gruñó su desaprobación.

—Podríamos haberlo hecho.

Le lancé una mirada.

—No si eso significaba arriesgar su vida.

Corvak golpeó la pared con la palma abierta.

—¿Por qué sigues protegiéndola? Te abandonó.

Me estremecí como si el golpe hubiera sido en mi carne y no en el duro hierro de la nave. Recordé lo que Astrid me había advertido sobre mi primo y su consejo.

—No importa. No puedo asediar a sabiendas una nave en la que ella se encuentre.

—No sabemos si se fue por voluntad propia —dijo Bron—. Fue en medio de una batalla y había muchos soldados Zagrath buscándola. Es probable que la encontraran.

Mi sangre hervía al pensar en mi hembra siendo perseguida por la nave por soldados enemigos. Mi único consuelo era saber que el aprendiz, Krin, estaba con ella. Faltaba en la nave y no estaba entre los muertos.

—Nada de eso importa ahora —dije, cuadrando los hombros—. Nuestra horda sufrió graves daños. Debemos hacer reparaciones antes de ir tras la nave de batalla Zagrath.

Corvak levantó la mirada mientras limpiaba su hoja húmeda en su falda de batalla.

—¿Volveremos a la batalla?

—El enemigo nos quitó algo, me quitó algo —dije—. Tienen a nuestro aprendiz y tienen mi premio. No permitiré que tengan ninguno de los dos.

Corvak asintió con reluctante aprobación. Los Vandar no abandonaban a sus guerreros, ni siquiera a los jóvenes aprendices. Sabía que aprobaría ese objetivo, aunque pensara que mi deseo de recuperar a la hembra estaba fuera de lugar. También sabía que su hambre de más batalla superaría su desaprobación.

Con el consejo de Astrid en mente, fijé mi mirada en mi jefe de batalla.

—Confío en que puedas tener nuestra horda lista para la batalla para que podamos perseguir a esa escoria Zagrath. Nadie puede preparar una horda como tú, primo.

Sus mejillas se colorearon ligeramente, luego su boca se torció en una sonrisa amenazante, sin duda imaginando derramar más sangre enemiga.

—Puedes contar conmigo, Raas. Evaluaré nuestras armas y prepararé la horda para la batalla —Enganchó su hacha en su cintura y salió rápidamente de la habitación.

Cruzando hacia el enorme mapa estelar, estudié nuestra posición y distancia de los Zagrath. Bron había permanecido en la habitación.

—Eso fue inteligente —dijo finalmente—. Ahora luchará aún más duro.

—Fue idea de la hembra —admití—. Me dijo que podía disipar su envidia haciéndolo sentir más dueño de la horda.

—¿La hembra te está aconsejando? —La curiosidad era evidente en su tono.

—Sí —dije, temiendo su respuesta.

—Tal vez debería aconsejarte más.

Después de un momento, solté un suspiro.

—Tal vez tengas razón. Nos he llevado a una emboscada y me niego a volar una nave Zagrath.

—No podíamos saber que era una emboscada, y no deseo ver a la hembra muerta porque esté en la nave de batalla enemiga. Merece algo mejor que eso.

Encontré su mirada.

—Debería haber anticipado a nuestro enemigo. Ese es mi trabajo como Raas.

—Eres el Raas, no el dios Lokken que forjó las estrellas —Cruzó los brazos sobre su pecho—. Quizás debería preocuparme más por tu ego, Kratos.

Sonreí ante eso.

—No te preocupes. Siempre te tengo a ti para mantenerme humilde.

Inclinó la cabeza.

—Como siempre, tu servidor.

—Si no crees que cometí un error táctico, ¿por qué me miras así? —pregunté.

—Está claro que ella es más que una cautiva para ti —dijo mi *majak*—. También sé que no puede ser lo que necesitas.

—¿Cómo sabes lo que necesito? —Le lancé una mirada furiosa, sintiendo la ira burbujear dentro de mí.

—Eres el Raas —Su voz era firme—. La tradición dicta que tomes una pareja a la manera antigua.

Me di la vuelta, sin querer mirar su rostro más. Conocía lo que dictaba la tradición Vandar. Lo sabía mejor que nadie. Pero también sabía que no podía controlar lo que sentía. No podía extinguir el calor que ella encendía en mi sangre, ni el deseo que me atravesaba cada vez que la miraba. No me importaba que no fuera Vandar, o

que nunca llevaría mis marcas de apareamiento. No me importaba nada de eso.

—No es ley —dije, sabiendo que mis palabras eran una débil defensa.

Bron guardó silencio por un momento.

—¿Arriesgarías no tener herederos? ¿Arriesgarías tu posición como Raas?

Sus palabras fueron como agua fría apagando mi furia, pero tenían razón. No podría seguir gobernando como Raas de los Vandar si tomaba una pareja que no compartiera mis marcas. Y solo podría seguir fingiendo que ella era un premio que guardaba por placer durante un tiempo antes de que mi propia horda me cuestionara. No me negarían un juguete, pero se estaba volviendo claro para todos que ella era más que eso.

Apoyé una mano contra el mapa transparente.

—Tomaré en cuenta lo que dices, *majak*.

—Muy bien, Raas. Revisaré nuestras reparaciones y reuniré los informes del resto de las naves de la horda.

Hice un ruido con la garganta en respuesta, sin mirar mientras él salía y la puerta se cerraba tras él. Cuando me quedé solo, dejé que mis hombros se hundieran.

No debería haberme sorprendido tanto que Astrid se hubiera ido. Había sido tonto pensar que la conexión que había sentido entre nosotros sería suficiente para mantenerla conmigo, especialmente una vez que supo sobre las marcas de apareamiento. Había visto la mirada de traición en sus ojos cuando admití la verdad.

Golpeé con la mano el mapa estelar transparente y este tembló. Nunca debí haber sido honesto con ella sobre eso. Cualquier sentimiento que pudiera haber tenido por mí se había esfumado al saber que nunca podría ser más para mí de lo que era ahora. Jamás podría ser mi compañera. Jamás podría ser realmente mi Raisa.

Había sido cruel llamarla así cuando sabía que todo era una fantasía, aunque no imaginé que estaba torturando a alguien más que a mí mismo. Incluso ahora, la palabra me dejaba un sabor amargo en los labios.

Raisa. La compañera de un señor de la guerra.

Podría asaltar la nave Zagrath y recuperarla, pero aun así nunca podría ser mi Raisa. Solo sería Astrid, la pequeña y hermosa humana que me hacía sonreír. Aunque fuera el Raas, con el poder de tomar mujeres como cautivas y hacer con ellas lo que me placiera, no tenía el poder de ir en contra de milenios de tradición Vandar.

Pensé en mis guerreros y en la horda que había liderado durante tantos años. Eran mi gente y merecían mi fuerza y mi lealtad. Era impensable que pusiera a una hembra —una hembra humana— por encima de ellos. No podía hacerlo.

Cerrando los ojos con fuerza, sacudí la cabeza bruscamente. Guiaría a mi horda a la batalla contra los Zagrath para recuperar a nuestra compañera de tripulación, pero no traería a la hembra de vuelta. Aunque el pensamiento hacía que mi corazón se sintiera como si lo atravesaran con una cuchilla, sabía que era la decisión correcta. Ella volvería a la nave de su hermana y, con el tiempo, yo la olvidaría.

Bajando la mirada hacia mi propio pecho, fulminé con la mirada las marcas con las que había nacido, las marcas que estaban determinando mi destino y frustrando mi felicidad. Negras y delgadas sobre el duro relieve de mis músculos, eran tan parte de mí como la piel sobre la que se arremolinaban. Por un terrible momento, deseé poder arrancármelas con las manos desnudas y fingir que no existían.

—Entonces pensarían que estás loco —murmuré para mí mismo, sabiendo que un Raas nunca podría hacer tal cosa. No y seguir siendo Raas.

Pensé en mi padre. No había servido bajo su brutal mando y su implacable tutela para abandonar mi deber ahora. Había pagado un precio demasiado alto por ser Raas, aunque temía que renunciar a Astrid me costaría aún más.

—No es nada que no pueda sobrevivir —me dije—. Soy Vandar.

Me erguí en toda mi altura y me preparé para unirme a mis guerreros en la cubierta de mando, lanzando una última mirada maliciosa a mi pecho. Mi mirada se detuvo en algo y me detuve antes de salir de mi sala de estrategia.

Mirando más de cerca, mi corazón se detuvo. Un tenue remolino negro estaba apareciendo en mi piel donde antes no había nada.

Marcas de apareamiento.

CAPÍTULO

TREINTA Y CINCO

Astrid

—No hasta que me dejes ver a mi amigo —entrecerré los ojos al médico que intentaba hacerme unos escaneos.

Aunque llevaba un uniforme Zagrath, no parecía uno de sus soldados autómatas. Dejó escapar un suspiro exasperado. —¿Te refieres al Vandar que fue rescatado contigo?

—Me refiero al *niño* que estaba conmigo —no pude decir que me habían rescatado—. Puede que sea uno de sus enemigos, pero sigue siendo solo un niño, y quiero saber adónde se lo llevaron.

Me habían traído a la enfermería de la nave, pero no habían traído a Krin conmigo, a pesar de mis ruidosas y vehementes protestas. De los dos, él había sido el electrocutado, y deberían haberlo examinado. No a mí. Yo estaba bien. Enojada, pero bien.

Solo estaba sentada en la brillante plataforma metálica de examinación y respirando el ligero aroma antiséptico de la habitación porque la puerta había sido cerrada con llave y no tenía sentido correr alrededor de las estaciones de examinación que se extendían a lo largo de la habitación rectangular. Eso, y porque pensé que tenía una buena oportunidad de hacer entrar en razón al médico.

—*Yo* no lo llevé a ninguna parte —el médico Zagrath pasó su escáner sobre mí, mirando la pequeña pantalla—. Todo lo que sé es que se supone que debo examinarte y asegurarme de que el Vandar no te haya abusado o infectado con algo contagioso.

Puse los ojos en blanco y me froté el pecho donde la piel me ardía. —Como le dije al primer tipo, el Vandar no me lastimó. No lo harían.

Me miró como si pensara que estaba delirando. —Sí, porque los asaltantes son conocidos por ser anfitriones realmente geniales.

Recordé las bañeras en los aposentos de Kratos y la comida que me traía todos los días, y luego recordé al guardia Vandar que nos seguía fielmente a Krin y a mí mientras exploraba la nave. Sabía que era mejor no discutir con este Zagrath, pero una parte de mí realmente quería defender a los Vandar. —Hasta ahora, he sido más maltratada por sus soldados que por cualquier Vandar.

El médico apretó los labios mientras estudiaba su dispositivo, finalmente aclarándose la garganta. Dio unos pasos hacia una pantalla delgada como una navaja que estaba sobre un largo mostrador blanco, tocando la pantalla con los dedos. —Pareces estar en perfecta salud.

—¿Ves? —salté de la plataforma de examinación—. Te dije que el Vandar no me lastimó.

Se dio la vuelta. —Aún necesito tomar sangre para asegurarme de que no fuiste infectada con ningún patógeno que no aparezca en los escaneos externos.

Instintivamente crucé los brazos. Odiaba que me sacaran sangre. —La única forma en que te dejaré tomar sangre es si aceptas dejarme ver a Krin.

—Ni siquiera sé dónde lo están reteniendo.

La idea de que el niño estuviera retenido en algún lugar me hizo estar aún más decidida a verlo. Entraría en pánico si despertaba en algún tipo de celda. Evalué al médico y decidí probar otra táctica.

—Escucha —di un paso hacia él y apoyé una mano en su brazo —. Eres el oficial médico de la nave, ¿verdad? Es tu trabajo asegurarte de que todos a bordo estén sanos.

Asintió, pero parecía escéptico. —Así es.

—Bueno, tu comandante aturdió a un niño pequeño con una cosa de fotones. ¿No deberías al menos revisarlo para asegurarte de que no lo mató?

El médico Zagrath dudó, mordiéndose el labio inferior. —¿Usó un aturdidor de fotones en un niño?

—Sí, y luego se lo llevó a algún lado —aumenté la presión en su brazo—. Solo quiero asegurarme de que esté bien. Después de todo, me ayudó a escapar.

—¿En serio? —parpadeó rápidamente—. ¿Un niño Vandar te ayudó a escapar de su nave?

—Así es. Así que lo mínimo que puedo hacer es asegurarme de que esté bien. Si me llevas a verlo y lo examinas, te dejaré tomar mi sangre sin causar problemas.

Después de un momento, exhaló fuertemente. —Está bien, pero no me hagas arrepentirme de esto.

Solo para cerrar el trato, le eché los brazos al cuello y me puse de puntillas para darle un beso en la mejilla. —Prometo que seré una buena chica.

Nunca habría sido lo suficientemente valiente para intentar esto antes de que Kratos me llevara, pero saber cuánto me deseaba hizo que fuera más fácil imaginar que cualquier hombre podría.

Las mejillas del médico se sonrojaron y se aclaró la garganta de nuevo antes de girar de vuelta hacia la pantalla. Sus dedos volaron sobre la superficie lisa mientras tecleaba rápidamente. Apareció un esquema de la nave con una pequeña sección iluminada en rojo.

Frunció el ceño. —Lo tienen en una celda de detención.

—Vamos —tiré de su brazo.

No se movió, pero su mirada me recorrió de arriba abajo. —No puedes caminar por la nave así.

Miré mi vestido informe y rasgado. Tenía razón. No encajaba exactamente. —De acuerdo. Supongo que no tienes un departamento de vestuario cerca.

Dio unos pasos largos hacia un juego de puertas altas de armario empotrado que eran del mismo blanco brillante que el resto de la habitación. Las abrió y sacó lo que parecía un uniforme quirúrgico del mismo color azul acero que el uniforme Zagrath. —Toma. Esto es lo que uso cuando hago cirugía.

Los tomé, poniéndome los pantalones debajo del vestido y dándome la vuelta mientras me quitaba el vestido por la cabeza y

me ponía la parte de arriba. Me quedaban un poco holgados, pero até el cordón de la cintura y metí la camisa. —¿Mejor?

—Mejor —se dirigió a la puerta de la enfermería y la abrió escaneando su muñeca desnuda, haciéndome señas para que lo siguiera.

—Recuérdame por qué estoy haciendo esto —murmuró, mientras me guiaba por los corredores brillantemente iluminados de la nave.

Me froté el pecho otra vez, preguntándome por qué mi piel ardía de calor. —Porque eres un profesional médico preocupado por el trato de un niño a bordo de tu nave.

Murmuró algo que no pude entender y caminó más rápido, metiéndose en un compartimento de ascensor vacío. Una vez que las puertas se cerraron, descendimos tan rápido que tuve que tragar una oleada de náuseas. El pasillo al que salimos era decididamente menos brillante y reluciente que los niveles superiores, con techos más bajos e incluso un olor a humedad.

—¿Las naves Zagrath tienen un nivel de mazmorra? —pregunté, solo en parte bromeando.

El médico no respondió mientras me llevaba hasta el final donde un guardia estaba de pie frente a una puerta arqueada.

—Estoy aquí para revisar al prisionero —dijo, con un tono autoritario que no le había oído antes.

El guardia lo evaluó y luego me miró. —¿Y ella?

—Ella me está asistiendo.

Aparentemente, el guardia encontró convincente mi uniforme quirúrgico, porque nos abrió la puerta, haciéndose a un lado mientras entrábamos.

La celda de detención era una auténtica celda de prisión, con una plataforma metálica baja que hacía las veces de cama y un cubo en la esquina. Krin estaba acurrucado en la dura lámina de acero, con los ojos cerrados.

Por un momento, se me cortó la respiración. Aunque era Vandar, parecía un niño pequeño inocente, con las rodillas y la cola recogidas contra el pecho y los pequeños brazos doblados bajo la cabeza a modo de almohada.

Corrí hacia él.

—¡Krin! —Me arrodillé y lo sacudí suavemente—. ¿Estás bien?

El médico se acercó por detrás, pasando su escáner sobre el niño mientras los ojos de Krin se abrían lentamente.

—¿Astrid? —Krin parecía aturdido, sin duda un efecto residual del aturdidor de fotones.

—Soy yo —mi voz se quebró—. ¿Cómo te sientes? ¿Te duele algo?

—Creo que esa es mi frase —dijo el médico.

La mirada de Krin se dirigió hacia el Zagrath, y su expresión pasó de confusa a hostil.

—Estamos en su nave.

—Está bien —susurré—. Está aquí para ayudarte. Es un médico y lo convencí para que te examinara. Me preocupaba lo que esa cosa de fotones te hubiera hecho.

Krin se incorporó, frotándose la cabeza.

—¿Fotones? ¿Es por eso que me duele la cabeza?

El médico miró su escáner.

—No parece que haya causado daños permanentes, pero recibiste una sacudida, por eso te duele la cabeza —miró por encima del hombro hacia la puerta—. Voy a llevarte de vuelta a la bahía médica. Este no es lugar para un niño que se está recuperando de un aturdidor de fotones.

El médico se dirigió a la puerta, abriéndola y hablando con el guardia del otro lado.

—Astrid —susurró Krin—. ¿Cuándo podremos salir de aquí?

—No lo sé —le dije—. Incluso si lográramos salir de la nave, no tenemos a dónde ir. La horda Vandar se marchó.

Krin me miró fijamente y luego negó con la cabeza.

—No nos dejarían atrás. Los Vandar nunca abandonan a sus guerreros o compañeros, jamás.

—Entonces puede que vuelvan por ti —dije, solo porque no quería quitarle la esperanza—. Pero yo no soy una compañera.

Krin ladeó la cabeza hacia mí.

—He visto cómo se miran tú y el Raas. Estoy seguro de que te tomará como su compañera.

Negué con la cabeza, esforzándome por no llorar.

—Sé lo de las marcas de apareamiento Vandar. Sé que tu Raas no puede tomarme como compañera porque nunca las tendré.

Krin frunció el ceño, frotándose la sien con una mano y señalando mi pecho con la otra.

—Entonces, ¿qué es eso?

Bajé la mirada hacia los oscuros remolinos en mi piel que se enroscaban desde debajo del escote en V del uniforme Zagrath. Así que por eso mi piel se sentía tan caliente. No sabía si reír o llorar, así que hice ambas cosas.

Las mismas marcas que había visto tantas veces en el pecho de Kratos ahora estaban en el mío. Tenía sus marcas de apareamiento.

CAPÍTULO

TREINTA Y SEIS

Kratos

Ajusté la armadura sobre mi hombro mientras me dirigía hacia el hangar, el frío acero sobre mi piel ardiente era un consuelo reconfortante. La nave zumbaba con la anticipación de la batalla: guerreros corrían a mi lado con las armas listas y furia en sus ojos. Si les sorprendía verme tan lejos del puente de mando, no lo demostraron.

Mi propio cuerpo vibraba como si me hubieran electrocutado, y mi corazón latía como un tambor al ritmo de mis pasos atronadores mientras bajaba estrepitosamente por una larga escalera, saltando los dos últimos escalones. Si pensaba demasiado en lo que estaba haciendo, me obligaría a dar la vuelta. Pero no había vuelta atrás. No ahora. Ya no más.

No estaba seguro si era el cambio físico que estaba ocurriendo en mí, pero mi cuerpo ardía como si tuviera fiebre. Toqué distraídamente las marcas que aparecían en mi pecho, la piel caliente. Solo había una razón por la que los remolinos oscuros en mi pecho crecerían. Astrid. Por increíble que pareciera, estaba desarrollando marcas de apareamiento porque la hembra humana era mi verdadera pareja. E iba a ir a recuperarla.

Las puertas del hangar estaban abiertas cuando me acerqué, con guerreros entrando y saliendo apresuradamente para prepararse para nuestro ataque y alistar nuestras naves de combate. El amplio

espacio que se extendía casi todo el ancho de la nave estaba lleno tanto de naves rugientes como de guerreros ajetreados, tanto que mi llegada pasó prácticamente desapercibida, justo como deseaba.

Inhalé el familiar aroma a combustible mientras caminaba decididamente hacia una nave en la esquina reservada para mí, una de las pocas que no tenía el motor encendido. Rara vez la usaba, pero me gustaba mantenerla en caso de que quisiera poner a prueba mis habilidades de vuelo. Poniendo una palma sobre el casco negro, evalué la elegante nave. Como todas las naves Vandar, se asemejaba a un pájaro en muchos aspectos: alas curvas y extendidas y una nariz como un pico, pero con amenazadores paneles de sigilo en lugar de plumas.

—Supongo que estás inspeccionando las naves antes de la batalla.

La voz de Bron detrás de mí no fue una sorpresa total. Si alguien podía adivinar mis pensamientos, sería él. Aun así, la sangre rugiendo en mis oídos me decía que no tenía tiempo para el consejo de mi *majak*.

—Sabes que no es así —dije, sin girarme.

—¿Crees que es prudente abandonar la nave antes de la batalla, Raas?

Cerré en un puño la mano que descansaba sobre la nave, tratando de controlar mi rabia impaciente.

—No tengo elección.

—Siempre hay una elección.

Me giré para enfrentar a mi *majak*.

—¿Cómo llamas a esto? —Señalé mi pecho y vi cómo se le agrandaban los ojos.

—Marcas de apareamiento —susurró—. ¿Por la humana?

Lo miré con el ceño fruncido.

—¿Por quién más?

Negó con la cabeza.

—¿Cómo pudo suceder esto? Ella no es Vandar.

—No lo sé, pero ha sucedido. No se puede ignorar. —No le dije que, por la forma en que mi carne ardía, no había manera de que pudiera ignorarlas aunque quisiera—. Está hecho.

Bron asintió en silencio. Parecía tan sorprendido y confundido como yo lo había estado cuando finalmente me golpeó la realidad de las marcas que aparecían en mi piel. Y todo lo que decía era cierto. Debería haber sido imposible. Nunca había sucedido antes.

Cerré la distancia entre nosotros y le di una palmada en el brazo.

—Debo ir por ella y traerla de vuelta. Ya no es solo mi premio y mi posesión. Es mía en todos los sentidos, y no permitiré que los Zagrath se lleven lo que está destinado a ser mío para siempre.

Bron pareció recuperar el sentido.

—¿Cuál es tu plan?

Miré de nuevo la nave.

—Volar sin ser detectado. Entrar, encontrarla a ella y al chico, y usar la distracción de nuestro ataque para traerlos a casa.

Se acercó a una consola de pie, sus dedos tocando la pantalla.

—Le diré a Corvak para que sepa que debe crear una distracción para nosotros.

—¿Nosotros? —Negué con la cabeza—. Haré esto solo.

Los labios de Bron se convirtieron en delgadas líneas blancas mientras los apretaba.

—Sería un muy mal *majak* si permitiera que mi Raas volara solo hacia las entrañas de la bestia.

—Como mi *majak*, deberías estar aquí, liderando la batalla.

—Corvak puede liderar la batalla mejor que yo. Es tan natural para él como respirar.

Sabía que tenía razón en eso. Nadie podía dirigir una guerra como mi jefe de batalla.

Bron dio largos pasos pasando junto a mí hacia la nave, activando la escotilla de entrada.

—Le dije que tiene el puente de mando. Está hecho.

Cuando la rampa de acero golpeó el suelo, subí pisando fuerte, deteniéndome y girándome. Fijé mi mirada en mi guerrero más confiable.

—Cuando esto termine, deberíamos hablar sobre tu insubordinación.

Su boca se crispó ligeramente, e inclinó la cabeza.

—Sí, Raas.

El interior de la nave era tan negro como el exterior, con solo dos asientos y un pequeño espacio para que guerreros adicionales se pusieran de pie. No era el tipo de nave que usábamos para abordajes, pero su velocidad y pequeño tamaño la hacían perfecta para una misión encubierta.

Hundiéndome en uno de los asientos, encendí el motor con un interruptor. Bron tomó su lugar a mi lado, y comenzamos a trabajar juntos sin decir palabra, revisando sistemas y preparándonos para despegar. Por un momento, se sintió como si fuéramos guerreros novatos otra vez, volando juntos como lo habíamos hecho en más batallas de las que podía recordar. Mis dedos hormigueaban mientras se movían fácilmente sobre los controles, trabajando de memoria muscular, y me di cuenta de cuánto había extrañado estar en medio de la acción.

Ser Raas significaba que pasaba mi tiempo en el puente de mando y en mi sala de estrategia, planeando ataques. Incluso si a veces me unía a misiones de asalto, era raro que volara en una batalla. Mi pulso se aceleró, y dejé escapar un rugido que hacía juego con el del ronco motor.

—Sistemas listos —dijo Bron, su voz vibrando de emoción.

Con una rápida mirada a mi alrededor, aceleré los motores, y salimos disparados por la ahora despejada cubierta y hacia el espacio por la amplia boca. Divisando la nave de batalla Zagrath a cierta distancia, activé nuestro escudo de invisibilidad y aumenté la velocidad. El enemigo no tenía idea de que mi horda estaba tan cerca, observándolos y esperando para atacar.

Mientras nos acercábamos a la enorme nave de batalla gris, una explosión sacudió el casco, la onda expansiva incluso envió brevemente mi nave hacia atrás.

Miré hacia mi consola y maldije.

—Corvak ha comenzado el ataque.

—¡*Tvek*! —Bron golpeó su mano contra el reposabrazos—. Sabía que debía esperar.

—Corvak nunca ha sido bueno esperando.

Bron gruñó.

—Espero que no vuele la nave en pedazos antes de que podamos sacar a nuestra gente de allí.

Esperaba lo mismo mientras me dirigía a toda velocidad hacia la nave enemiga, esquivando el fuego de las armas. Maniobré nuestra nave sin ser visto hasta el hangar de los Zagrath, aterrizándola fuera del camino de las naves que se preparaban para despegar.

Me puse de pie y coloqué una mano en el mango de mi hacha.

—Esa fue la parte fácil.

CAPÍTULO

TREINTA Y SIETE

Astrid

—¿Qué fue eso? —Me agarré del borde de la plataforma de examinación cuando la nave se inclinó hacia un lado.

Krin se aferró a la plataforma donde estaba sentado, mirando hacia arriba cuando las luces rojas comenzaron a parpadear sobre nuestras cabezas. El médico que había conseguido que liberaran a Krin bajo su cuidado tropezó hacia un lado, extendiendo los brazos para mantener el equilibrio, casi dejando caer el escáner que tenía en la mano.

—Parece que nos han alcanzado —dijo, cuando se enderezó y reanudó el escaneo de Krin.

—¿Como si nos hubieran atacado? —Mi corazón revoloteó de emoción, lo que normalmente habría sido una reacción extraña al enterarse de que la nave en la que estabas estaba bajo ataque. Pero si nos estaban atacando, yo sabía quién era. Kratos venía por nosotros.

Krin me miró y me sonrió. No necesitaba decir una palabra para decirme que había tenido razón. Los Vandar no abandonarían a un guerrero. Ni a una compañera.

Toqué las marcas que se curvaban sobre mi clavícula, sabiendo que estaban allí sin necesidad de mirarlas porque sentía la piel como si estuviera en llamas. No podía explicar cómo había sucedido, o cómo era posible, pero no había duda de que estaba desarrollando

las mismas marcas que Kratos tenía en su piel. Solo que Kratos nunca había mencionado que obtenerlas haría que mi piel ardiera.

Krin no pareció sorprendido cuando las señaló. De hecho, actuó como si lo hubiera esperado todo el tiempo, aunque no sé cómo podría haberlo hecho. Ni siquiera Kratos lo había creído posible.

—¿Estamos a salvo aquí? —Examiné la bahía médica e intenté apartar de mi mente la sensación de mi piel ardiente. Aparte de la única bandeja de instrumentos que el médico tenía a su lado, todo estaba guardado en gabinetes y cajones. Supuse que esto era porque estábamos en una nave de batalla y que los implementos médicos volando no serían algo bueno.

—Perfectamente —dijo el médico—. Esta nave de batalla ha resistido muchas batallas.

—¿Incluso contra una horda Vandar? —preguntó Krin.

El Zagrath se estremeció. —¿Por qué crees que el ataque vino de los Vandar? Acabamos de repelerlos.

Krin se encogió de hombros. —Los Vandar nunca abandonan a un guerrero.

El médico le lanzó una mirada rápida y luego a mí. —Tal vez debería alertar al comandante de que puede haber un intento de sacarlos a ambos de la nave.

Me puse delante de él cuando hizo un movimiento hacia la consola de pie. —Yo no molestaría al comandante ahora. ¿No crees que tiene las manos llenas? Además, ¿cómo podrían los Vandar sacarnos de la nave?

Sus hombros se relajaron. —Tienes razón. Sus guerreros nunca podrían abordar nuestra nave sin que lo supiéramos. —Su mirada se dirigió a la puerta—. Aun así, sería mejor si pidiera un guardia o dos. Solo para estar seguros.

Puse ambas manos en su pecho para evitar que se moviera. —¿Guardias? ¿Significa que no confías en mí? —Intenté poner mi mejor cara de tristeza—. Pensé que éramos amigos.

Sus cejas se alzaron, la confusión clara en su rostro.

—¿He intentado escapar? —Señalé con la cabeza hacia Krin—. ¿Lo ha hecho él?

—Bueno, no.

—Caminamos todo el camino contigo desde la celda de detención hasta la bahía médica sin guardias —dije—. ¿Realmente crees que intentaríamos algo ahora?

—No lo sé —tartamudeó—. Supongo que no.

Batí mis pestañas hacia él, aunque me sentía ridícula haciéndolo. —Te prometo que no tengo deseos de estar en ningún otro lugar de esta nave que aquí mismo contigo.

Sus mejillas se sonrojaron y se aclaró la garganta. —Supongo que no tiene sentido apartar a un guardia de su deber.

Caminé con mis dedos por su pecho. —No si van a molestarnos.

—¿Molestarnos? —El rojo de sus mejillas se intensificó, y miró por encima de su hombro a Krin.

Aproveché su distracción momentánea para agarrar uno de los escáneres de la bandeja y golpearlo en la cabeza. Él trastabilló por un momento, y me di cuenta de que no lo había golpeado lo suficientemente fuerte. Por suerte, Krin agarró otro escáner y lo golpeó de nuevo, esta vez más fuerte. El médico cayó al suelo.

Dejé que el escáner cayera al suelo tras él. —No lo matamos, ¿verdad?

Krin saltó de la plataforma de examinación, inclinándose sobre él. —Está vivo. Su cabeza podría dolerle cuando despierte, pero no creo que tenga algo peor que eso. —Inclinó la cabeza hacia atrás para mirarme—. Tenía razón en que serás una buena Vandar.

Resoplé, sin estar segura de si ese era el tipo de cumplido que quería. Acababa de noquear al único Zagrath que había sido amable conmigo. Me di la vuelta, abriendo cajones. —Deberíamos atarlo. No sé cuánto tiempo estará inconsciente, y sería genial si no alertara a los otros Zagrath antes de que salgamos de esta nave.

Encontré algunas tiras de goma usadas para hacer torniquetes y logré atar las manos del médico en la parte baja de su espalda, mientras Krin buscaba algo que pudiéramos usar como arma.

Cerró un cajón de golpe y levantó las manos al aire. —No hay blásters.

—Bueno, es una bahía médica. Probablemente desalientan las cosas que pueden matarte.

—No entiendo a los Zagrath.

Casi me río de la expresión feroz del chico. —No te preocupes. Puede que no necesitemos un arma. Solo necesitamos parecer que sabemos a dónde vamos. —Recogí el escáner del suelo y señalé la bata que llevaba puesta—. Ya parezco parte de su personal médico. Si nos detienen, puedo decir que estoy llevando al prisionero para hacerle pruebas.

Me miró con el ceño fruncido. —¿Yo soy el prisionero?

—¿Tienes un plan mejor?

—Sí. —Cruzó sus pequeños brazos sobre su pecho—. Encuentro un hacha de batalla y me abro paso a través de la nave hasta que encontremos nuestra cápsula de escape.

—¿Por qué no llamamos a ese el plan B, hasta que encontremos un hacha de batalla?

Dejó escapar un suspiro torturado. —Lo haremos a tu manera por ahora.

—Gracias. —Lo conduje hasta la puerta, pero no se abrió. Toqué el panel al lado, pero nada.

Por supuesto. La puerta estaba cerrada por dentro y solo los Zagrath autorizados podían entrar o salir. Recordé al médico agitando su muñeca sobre el panel para abrir la puerta, luego miré por encima de mi hombro el cuerpo inerte en el suelo. Simplemente genial.

—Tenemos que pasar su muñeca por el panel para salir —le dije a Krin, frotándome el pecho ardiente.

Krin asintió y fue a uno de los cajones que había abierto anteriormente, sacando un bisturí delgado. —Se la cortaré si tú lo sujetas.

Le arrebaté la hoja y la volví a meter en el cajón. —¡No vamos a cortarle la muñeca! Vamos a levantarla lo suficiente para activar el panel.

Krin resopló otra vez. —Cortársela sería más fácil.

Negando con la cabeza, pasé mis brazos por debajo de los hombros del médico y lo arrastré hasta la puerta. Me puse de pie y recuperé el aliento. Parecía delgado, pero aun así pesaba mucho. Rápidamente le desaté las manos, esperando que no se despertara.

Cuando sus brazos cayeron libres, señalé a Krin. —Cuando lo levante, necesito que sostengas su muñeca contra el panel. ¿Entendido?

—Entendido —dijo Krin, aunque sabía que él preferiría sostener una muñeca cortada contra el panel.

Levanté el cuerpo lo más alto que pude, y Krin le levantó el brazo y la muñeca aún más alto. El panel parpadeó y la puerta se abrió con un susurro. Metí mi pie en la abertura mientras volvía a atar apresuradamente las manos del médico.

—Vámonos —dijo Krin, saliendo al pasillo.

Me uní a él fuera de la bahía médica cuando las puertas se cerraron. No había tenido tiempo de empujar al médico fuera de la vista, pero con suerte, nadie visitaría la bahía médica pronto.

Me di la vuelta y casi choqué con un par de soldados Zagrath, uno apoyando al otro mientras ambos avanzaban tambaleándose, sus uniformes chamuscados. Se detuvieron frente a la bahía médica, agitando sus muñecas para abrirla y luego mirando boquiabiertos al médico atado en el suelo.

Sus cabezas giraron hacia Krin y hacia mí mientras retrocedíamos. Entonces Krin me agarró la mano, y ambos empezamos a correr.

Al parecer, no tuvimos tanta suerte.

CAPÍTULO

TREINTA Y OCHO

Kratos

—Nunca he estado en una nave de batalla Zagrath, Raas —dijo Bron, mientras nos agachábamos detrás de una fila de barriles de acero en el hangar.

Después de desembarcar de nuestra nave, habíamos estado moviéndonos sigilosamente entre las naves y detrás de cualquier cosa que pudiera ocultarnos de los pilotos y la tripulación que corrían por el amplio espacio.

—Yo tampoco —le dije—. No creo que nos hayamos vestido para la ocasión.

Él contuvo una risa, mirando nuestros distintivos kilts de batalla Vandar y pechos desnudos, y luego nuestras largas colas detrás de nosotros. Una mirada a los soldados imperiales humanoides con sus rígidos uniformes nos indicó que no pasaríamos desapercibidos.

Al ver un montón de sucias lonas de tela, agarré una de la parte superior y le entregué otra a Bron. —Ponte esto alrededor de los hombros.

Desplegué la mía y me la envolví, agradecido de que se extendiera lo suficiente como para que mis piernas desnudas no fueran visibles. La tela áspera irritó aún más la piel caliente alrededor de mis marcas de apareamiento, y apreté los dientes.

Bron arrugó la nariz mientras ambos sosteníamos la tela sucia y gris cerrada en nuestras gargantas. —Esto huele como si hubiera

sido empapado en combustible de motor.

Olfateé, inhalando el olor químico y penetrante. —Entonces evitemos las llamas.

Nos movimos por el borde del espacio hasta que llegamos a las amplias puertas, pasando a través de ellas y entrando al corredor sin ser vistos. Inmediatamente me encogí cuando mis ojos se ajustaron a la luz cegadora del techo, con estallidos rojos de luz cada pocos segundos.

Había estado en muchos cargueros, lanzaderas y transportes Zagrath, pero nunca había caminado realmente por una de las naves de batalla de mi enemigo. Además de ser demasiado brillante, no había vigas ni marcos expuestos como en las naves Vandar. En su lugar, las paredes eran lisas, de un gris pálido y arqueadas, de modo que se sentía como caminar a través de un tubo.

Instantáneamente eché de menos las catacumbas abiertas de mi nave y las amplias escaleras que te llevaban de un nivel a otro. En esta nave, no se podía ver nada más que el pasillo en el que estabas y no tenías idea de adónde conducía.

—¿Cómo los localizaremos? —me preguntó Bron, mirando hacia ambos lados del largo pasillo.

—Necesitamos encontrar un punto de acceso a sus sistemas. —Le hice un gesto para que me siguiera mientras elegía una dirección y comenzaba a caminar.

Bron giró la cabeza hacia las puertas del hangar. —Y recordar cómo volver aquí. Sospecho que todos sus corredores se ven iguales.

El ruido de pasos corriendo nos hizo intercambiar una mirada nerviosa. Puse una mano en la empuñadura de mi hacha de batalla, pero Bron me arrastró por un corredor más pequeño mientras los soldados pasaban corriendo.

—Sería mejor si no atrajéramos la atención todavía —dijo, con la mirada fija en un panel en la pared—. Déjame ver qué nos puede decir esto.

Ambos nos quitamos las lonas y me quedé de guardia, con mi hacha lista, mientras Bron sacaba un dispositivo de su cinturón y escaneaba el panel con él. —¿Algo?

Su cabeza estaba inclinada mientras leía la pequeña pantalla. —Estoy obteniendo los esquemas de la nave. Una vez que se descarguen, buscaré dónde registraron a sus visitantes más recientes.

Hice un ruido bajo en mi garganta. Sabía que Astrid estaba en algún lugar de la nave enemiga. Mi cuerpo hormigueaba por su cercanía, mi pulso acelerado.

—Las celdas de detención —dijo Bron, luego levantó un dedo—. Pero ya no.

Volví la cabeza hacia él. —¿Las celdas de detención? ¿La están tratando como una prisionera?

—No a la mujer. Solo al chico. —Deslizó su dedo por la pantalla —. A ella la llevaron a la bahía médica.

Mi corazón dio un vuelco. —¿Estaba herida?

Bron me miró, con las cejas juntas. —No lo dice.

Un sonido detrás de nosotros me hizo girar en el acto. Dos combatientes Zagrath con uniformes completos y cascos habían doblado la esquina. Uno sostenía su muñeca frente a un panel de la puerta y esta se abrió con un siseo, mientras que el otro nos había visto y parecía congelado por la sorpresa. Supuse que dos guerreros Vandar con el pecho desnudo y kilts de batalla no era lo que esperaba ver.

Antes de que Bron pudiera reaccionar, levanté mi hacha, golpeando a uno de los Zagrath con el lado plano de la hoja y dejándolo inconsciente. Cuando el otro levantó su rifle láser para disparar, lo usé para tirar de él hacia mí, haciéndolo girar y dándole un fuerte golpe en el cuello. También se desplomó en el suelo.

—Probablemente deberíamos darnos prisa —le dije a Bron.

Había matado a los soldados intencionadamente sin derramar sangre, así que arrastré a uno hasta una entrada y lo metí en ella, haciendo lo mismo con el otro Zagrath y otra entrada empotrada.

—Tengo lo que necesitamos. —Bron levantó su dispositivo, mirando los dos cadáveres caídos.

—Necesitamos llegar a la bahía médica. —Me tragué el pánico de que mi compañera pudiera estar herida. Al menos sabía que los Zagrath la tratarían bien, ya que era humana, como ellos. Luego

pensé en nuestro joven aprendiz Vandar en una celda de detención Zagrath, y mi ira se avivó de nuevo. Por supuesto, el imperio trataría a un niño como un criminal—. Luego iremos a las celdas de detención.

Si mi *majak* no estaba de acuerdo con mi estrategia, no lo dijo. En su lugar, señaló con la cabeza hacia los soldados caídos. —Necesitamos una forma de pasar por las puertas.

Sin dudarlo, bajé mi hoja de nuevo, cortando una de las manos del soldado Zagrath por debajo de la muñeca.

—Eso debería servir. —Señaló hacia un corredor cercano—. Vamos por aquí.

Dejamos las lonas en el suelo. Eran un pobre disfraz, ya que nada en nosotros se parecía remotamente a un Zagrath. Caminando rápidamente, pasamos por una serie de corredores que parecían estar desiertos. No me tomó mucho tiempo entender que Bron nos estaba llevando por pasajes traseros, lejos de la parte principal de la nave. Cuando llegamos a un conjunto de puertas al final de un pasillo, sostuve la muñeca ensangrentada contra un panel plano a un lado, y se abrieron para revelar un pequeño compartimento.

Conocía los elevadores de otras naves, pero no me gustaban. Hacían a los guerreros lentos y perezosos. Entré de mala gana y este se disparó hacia arriba, haciendo que mi estómago se hundiera. Otra razón por la que despreciaba estos artefactos.

—Llegaremos cerca de la bahía médica —me dijo Bron mientras el elevador se ralentizaba, alcanzando su propia hacha de batalla—. Deberíamos estar listos.

Las puertas se abrieron y salimos precipitadamente con las armas en alto. No vi a ningún Zagrath, pero podía oírlos. Me pegué a la pared y me deslicé hacia adelante. Las voces que venían de la esquina sonaban elevadas y enojadas.

—¿Qué ha pasado aquí?

—No estoy seguro, Comandante —la segunda voz temblaba—. Estaba examinando al niño Vandar cuando…

—¿El niño Vandar estaba aquí? ¡Ordené que lo enviaran a una celda!

—Sí, pero la mujer me convenció de que necesitaba ser revisado —la voz del segundo Zagrath se volvió más aguda—. Había sido herido por un aturdidor de fotones.

Bron se tensó a mi lado. ¿Habían usado un arma de fotones contra el niño? Reprimí un gruñido y me obligué a no saltar y atacar al comandante.

—¿Y qué? No importa que sea un niño —el comandante casi chilló—. Es un asaltante Vandar.

—Soy un profesional médico. Mi trabajo es tratar a todos, sin importar la especie. Especialmente a un niño.

—Bueno, ¿dónde están tus pacientes ahora?

Hubo una pausa pesada, y contuve la respiración.

—Deben haberme dejado inconsciente. Cuando desperté, un soldado Zagrath estaba desatando mis muñecas.

El comandante suspiró.

—Empiezo a arrepentirme de haber castigado a los mercenarios Lussites por su intento de matar al objetivo en lugar de traérmela. No tengo tiempo para ocuparme de nada de esto ahora. Estamos recibiendo fuego intenso de los asaltantes. No es como si la mujer pudiera pilotar una cápsula de escape fuera de la nave. La rastrearemos una vez que derrotemos a los Vandar.

Bron tiró de mi brazo y nos alejamos de la bahía médica. Aunque estaba en una nave enemiga y no tenía idea de dónde estaban Astrid o nuestro aprendiz, un sentimiento de calidez revoloteó en mi pecho y reemplazó la ira ardiente. Ella había engañado al médico para sacar al niño de la celda, y luego lo había atacado para escapar. No había corrido hacia los Zagrath voluntariamente. La habían traído aquí, y estaba haciendo todo lo posible para salir de la nave y volver a mí.

Cuando estuvimos de nuevo en el ascensor y pudimos hablar libremente, Bron se volvió hacia mí.

—¿Adónde crees que iría, Raas? Tú la conoces mejor que nadie.

—Puede que no sea capaz de pilotar una cápsula de escape fuera de la nave, pero no me sorprendería que intentara robar una de las naves Zagrath.

Bron inclinó la cabeza hacia mí.

—¿Sabe pilotear una?

—No —me toqué las marcas con un dedo—. Pero créeme, es más decidida de lo que parece.

Las puertas del ascensor se abrieron, y un grupo de combatientes Zagrath nos miró fijamente, con sus rifles láser apuntando a nuestros pechos.

CAPÍTULO

TREINTA Y NUEVE

Astrid

—¿Cómo voy a saberlo? —Miré los controles de una lanzadera Zagrath—. Ya te lo dije, no soy piloto. Solo me dedicaba a la navegación, y era bastante mala en ello.

Me temblaban las manos y sentía la boca seca, sensaciones que no había experimentado desde que dejé la nave de mi hermana. Trabajar en el puente a menudo me ponía tan nerviosa que me sudaban las palmas o me daban temblores, pero esperaba haberlo dejado atrás cuando abandoné el carguero. Por lo visto, no fue así. Tarareé para intentar calmar mis nervios, pero incluso mi tarareo era tembloroso, y mi piel ardiente no ayudaba en absoluto.

—Mierda, mierda, mierda —susurré. Eso pareció ayudar, así que seguí diciendo "mierda" una y otra vez.

Krin estaba sentado a mi lado en la pequeña cabina, con una pierna que no dejaba de moverse. Era evidente que mis maldiciones no hacían nada por sus nervios.

—Tienes que saber *algo*. Si no ponemos en marcha esta nave pronto, los Zagrath nos encontrarán.

Solté un largo suspiro.

—No te preocupes —dije, más para mí misma que para él—. Elegimos la lanzadera más vieja y destartalada que tienen. Seguro que es lo último que querrían usar en una batalla.

El chico paseó la mirada por la desgastada cabina.

—¿Estamos seguros de que puede volar?

Yo no lo estaba, pero esperaba que los Zagrath no tuvieran una nave completamente inútil en su hangar. No estaba en la zona de reparaciones.

—Claro que puede volar —le dije con más confianza de la que sentía. Puse una mano sobre su pierna inquieta para que se quedara quieta—. Hemos llegado hasta aquí, ¿no?

Me miró a los ojos y finalmente asintió. Habíamos logrado recorrer la nave sin que nos detuvieran ni nos cuestionaran. Ayudaba que los Zagrath estuvieran en medio de una batalla, y que hubiera hecho que Krin fingiera estar herido para que yo pareciera una médica llevándolo a tratamiento. Al menos, eso era lo que esperábamos que pareciera, y los soldados que pasaban corriendo a nuestro lado estaban demasiado distraídos para notarlo o preocuparse.

—No te preocupes, Krin. Te prometo que nos llevaré a casa.

Casa. ¿De verdad pensaba en la nave Vandar como mi hogar? Parecía extraño que pudiera sentirme más cómoda en un ave de guerra asaltante con sus sombras oscuras, su laberinto de escaleras de hierro y pasadizos abiertos, y el constante eco de guerreros gritándose entre sí. Pero sabía que los Vandar eran más que eso, y Raas Kratos definitivamente no era el brutal señor de la guerra que la galaxia creía. Al menos, no para mí.

Mi pulso se aceleró al pensar en el imponente Raas, con sus ojos oscuros brillando al mirarme. Sabía que estaba ahí fuera en el ave de guerra Vandar, y sabía que la horda había vuelto por mí y por Krin. Por mucho que los Vandar despreciaran al Imperio Zagrath, creía a Krin. Los Vandar nunca abandonaban a un guerrero. Ni a una compañera.

Mi corazón aleteó en mi pecho. Probablemente debería estar asustada por los tatuajes negros que aparecían en mi piel y me marcaban como la compañera de Raas Kratos, pero no lo estaba. Aparte de la sensación de ardor que esperaba fuera temporal, la idea de ser suya —*realmente* suya— me emocionaba. Mi corazón ya era suyo y creo que lo había sido durante un tiempo, así que me alegraba de que mi cuerpo se hubiera puesto al día.

Entrecerré los ojos mirando los controles de nuevo. Solo necesitaba resolver esto y podría volver con él.

—Vamos, Astrid —me susurré a mí misma, oyendo la voz de mi hermana en mi cabeza—. Esto no es tan difícil. Tú sabes esto.

Tara me había dicho lo mismo en alguna variación probablemente mil veces. Por lo general, me hacía estremecer porque sabía que no debería ser tan difícil. También sabía que las naves —pilotarlas, navegar con ellas, repararlas— nunca habían sido lo mío. No como lo habían sido para Tara. Otra forma en la que éramos completamente diferentes.

—¿Estás bien? —me preguntó Krin.

—¿Qué? —Vi la mirada de preocupación en su rostro y me di cuenta de que hablar conmigo misma probablemente no era muy tranquilizador. Cerré los ojos y estabilicé mi respiración. Tenía que hacer esto, por Krin, si no por nadie más. Los Zagrath definitivamente lo devolverían a una celda si nos atrapaban.

—Tal vez el Raas pueda pilotarla —dijo Krin, interrumpiendo mis pensamientos.

—Estoy segura de que podría —murmuré, abriendo los ojos—, pero no está exactamente aquí ahora mismo.

—Claro que sí —Krin señaló con un dedo pequeño hacia un lado de la ventana envolvente de la cabina.

Me incliné hacia adelante, mirando por encima de él hacia las amplias puertas del hangar. Mi boca se abrió de par en par. Definitivamente era Raas Kratos balanceando su hacha de batalla sobre su cabeza, mientras su primer oficial luchaba contra los soldados Zagrath a su lado.

—¿Cómo llegaron hasta aquí?

Krin solo sonrió ampliamente.

—Te dije que no nos dejarían atrás.

Aunque había considerablemente más soldados Zagrath, el Raas y su *majak* los estaban despachando rápidamente, incluso desviando el fuego de blásters con las hojas circulares de sus hachas. Verlos atacar y esquivar, moviéndose casi al unísono, me hizo difícil cerrar la boca de nuevo. Me quedé mirando abiertamente durante unos momentos antes de que Krin me diera un codazo.

—*Vaes*.

—¿Qué quieres decir con *vaes*? ¿Adónde vamos? —Agité una mano hacia la cabina—. Somos los únicos en una nave.

Krin negó con la cabeza, como si estuviera decepcionado conmigo.

—Que no puedas ver la nave Vandar no significa que no esté aquí.

—¿El escudo de invisibilidad? —Miré de nuevo a través del hangar, buscando señales de una nave espacial invisible. Mi mirada se detuvo en algo en el extremo más alejado, una ondulación de la luz—. Allí —Señalé hacia el área—. ¿Es eso?

Krin siguió mi dedo, sus ojos brillando.

—Creo que sí. Probablemente es hacia donde se dirigen el Raas y su *majak*. Si queremos irnos con ellos, será mejor que vayamos ahora.

Seguí al chico, saliendo apresuradamente de la nave Zagrath y dirigiéndonos directamente hacia la nave Vandar que no podíamos ver. Por el rabillo del ojo, vi a Kratos y Bron abriéndose paso a través del hangar. Más Zagrath se habían unido a la refriega, pero eran fácilmente derribados.

Deseaba desesperadamente llamar a Kratos y hacerle saber que estaba bien, pero sabía que era mejor no molestarlo en medio de una batalla. En su lugar, seguí corriendo alrededor de las naves y esquivando a los sorprendidos tripulantes Zagrath que reparaban las naves o se preparaban para abordar los cazas. Cuando estábamos casi a mitad de camino a través del amplio espacio, las sirenas comenzaron a sonar por encima de nosotros.

—Saben que hemos escapado —le grité a Krin.

Él giró el cuello para mirarme, señalando con el pulgar hacia el Raas.

—Saben que tienen intrusos Vandar.

Tenía razón. Más soldados Zagrath entraron en tropel por la entrada del hangar y se dirigieron directamente hacia Kratos y Bron. Se me revolvió el estómago ante la gran cantidad de combatientes bien armados.

Agarré el brazo de Krin y lo detuve de repente.

—Tenemos que ayudarlos.

Vio los refuerzos Zagrath y apretó su pequeña mandíbula.

—No tengo armas.

Mi mirada recorrió el hangar en busca de algo que pudiéramos usar, pero no había nada que pudiera compararse con un bláster. Podríamos lanzarles un montón de llaves inglesas, pero lo más probable es que nos dispararan o nos capturaran antes de que pudiéramos hacer algún daño real.

—Tengo una idea —lo arrastré conmigo mientras corría aún más rápido hacia la nave Vandar invisible—. ¿Puedes meternos en la nave aunque no podamos verla?

Asintió, pero su expresión era cautelosa.

—No te preocupes —grité sobre el aullido de las sirenas—. No voy a intentar volarla. Solo necesitamos crear una distracción.

Krin sonrió.

—Se me dan bien las distracciones.

Cuando llegamos a la zona donde la luz brillaba de forma extraña, Krin presionó sus manos contra la nave invisible hasta que alcanzó una especie de pestillo. Mientras la rampa bajaba, pude ver el interior de la nave Vandar, que no estaba cubierto por el escudo especial.

Krin y yo subimos apresuradamente por la rampa y corrimos hacia la cabina. Al mirar por el frente, vi que la nariz de la nave apuntaba hacia la batalla que se libraba entre los dos guerreros Vandar y la docena de Zagrath.

—Perfecto —murmuré entre dientes.

Krin encendió los motores, claramente más familiarizado con las naves Vandar que con las enemigas.

—¿Cuál es tu idea para distraerlos?

El sonido de la sirena se amortiguaba dentro de la nave, pero aun así tuve que alzar la voz.

—Voy a dispararles.

La mirada de Krin se dirigió hacia el frente de la nave, donde la pelea se acercaba cada vez más a nosotros, y luego parpadeó varias veces mirándome.

—Creía que no se te daban bien las naves.

Volví a mirar la pelea justo a tiempo para ver a Raas agarrarse el costado, aunque no bajó el hacha. Le habían dado. El sudor chorreaba por ambos guerreros y la sangre corría por el rostro de Bron. Los Zagrath avanzaban y más soldados se precipitaban tras ellos. Por muy hábiles que fueran Kratos y Bron, sabía que ni siquiera ellos podrían rechazarlos a todos.

Apreté los dientes.

—Tengo que hacer algo para salvarlos. No pueden morir en una nave Zagrath —y no podía soportar ver morir a Kratos delante de mí. No después de que hubiera creído en mí, escuchado mis consejos y me hubiera hecho sentir valiosa por primera vez en mucho tiempo. No me importaba que fuera un Raas de los Vandar, temido en toda la galaxia y conocido por dejar una estela de muerte y destrucción. Era *mi* Raas.

El rostro de Krin se ensombreció ante la idea.

—Hazlo.

Estudié la consola por un momento, con la esperanza de que las armas estuvieran ubicadas en el mismo lugar en todas las naves alienígenas. Pulsé unos cuantos botones y los cañones láser surgieron a ambos lados de la cabina. Apunté un poco más allá de los soldados Zagrath —por si mi puntería era mala—, cerré los ojos y disparé.

—¡Yupi!

Abrí los ojos ante los gritos de Krin, miré por el frente de la nave y vi un enorme agujero humeante en el hangar. No había fallado, pero parecía que había volado un cuarto del hangar. Los soldados Zagrath yacían dispersos alrededor de la zona carbonizada de la explosión, algunos tambaleándose para ponerse en pie. No podía ver al Raas ni a Bron a través de la bruma, y se me cayó el alma a los pies.

El humo ondulante llenaba el aire, y pude saborear el amargo chamuscado al tragar. Estaba demasiado aterrorizada para preguntarle a Krin si el Raas había sido alcanzado, mi corazón latía en mi pecho con más fuerza que las sirenas. Me froté los ojos mientras el humo me los irritaba, las lágrimas me picaban en los párpados.

No estaba muerto. No podía estarlo.

Me volví para preguntarle a Krin, pero las palabras murieron en mi garganta cuando vi la expresión atónita de su rostro, sus ojos enfocados ligeramente detrás de mí.

De repente, me levantaron de mi asiento, unos brazos grandes me rodearon mientras Raas Kratos me apretaba contra él.

—Raisa —murmuró—. Eres tú de verdad.

—Soy yo —dije entre sollozos entrecortados, retorciéndome para poder mirarlo, sin poder creer que realmente me estuviera abrazando—. He estado intentando volver contigo.

Se apartó de mí, me miró a los ojos y me acunó el rostro con sus grandes manos.

—Lo sé. He estado intentando encontrarte.

Bron nos apartó a los dos y se hundió en el asiento del piloto.

—Si no os importa, voy a sacarnos de aquí antes de que los Zagrath se den cuenta de lo que ha pasado —sacudió la cabeza como si intentara deshacerse de algo—. *Tvek*, ni siquiera sé lo que acaba de pasar.

—Astrid ha volado a los Zagrath —dijo Krin, con la voz rebosante de orgullo.

Mientras la nave retumbaba por el hangar enemigo y salía disparada al espacio, Kratos me sonrió.

—Sabía que eras mi tripulante más valiosa.

CAPÍTULO

CUARENTA

Kratos

La batalla aún rugía cuando regresamos a la nave, y agradecí que Bron nos pilotara con éxito a través de la brillante lluvia de fuego láser. Por mucho que lo odiara, sabía que tenía que dejar a Astrid e ir al puente de mando.

Cuando bajamos por la rampa de la nave, ella miró la marca de quemadura en mi costado, evidencia de que un bláster Zagrath había rozado mi carne.

—¿Supongo que no puedo convencerte de que te revisen eso?

Bron bajó detrás de nosotros, el corte en su frente ahora solo goteaba sangre en lugar de rezumarla.

Astrid hizo una mueca.

—¿O eso?

La atraje hacia mí de nuevo, disfrutando la sensación de su cuerpo contra el mío. Era como si necesitara tener tanto de su piel sobre la mía como fuera posible para probar que era real y que estaba conmigo.

—Ya me lo imaginaba —suspiró, apartándose y mirándome—. En ese caso, deberías ir a patear más traseros Zagrath.

Mis ojos se desviaron de los suyos hacia las líneas negras que se curvaban sobre su piel. Tracé uno de los remolinos con mi dedo, saboreando la visión de mis marcas de emparejamiento en ella. Sin querer, emití un gruñido bajo.

Astrid colocó su mano sobre la mía, entrelazando nuestros dedos.

—Te estaré esperando cuando ganes la batalla. No me iré a ninguna parte, Raas.

Apreté mi mano alrededor de la suya.

—Eres mía. Siempre has sido mía.

Me dio una sonrisa tímida.

—Y ahora es oficial.

—Está hecho —nunca había dicho el juramento Vandar con tanta convicción como en ese momento. El pensamiento de que la pequeña hembra que había avivado mis deseos era mi verdadera compañera envió una oleada de necesidad palpitante a través de mí e hizo que mi miembro se hinchara. Aplasté mi boca contra la suya, separando sus labios y devorando su sabor. Su pequeño gemido entrecortado hizo que mi cabeza diera vueltas mientras nuestras lenguas se entrelazaban, y arrastré una mano por su cabello, inclinando su cabeza hacia atrás y besándola más profundamente.

Solo el fuerte golpeteo de botas me obligó a separarme de ella. Me aparté, jadeando.

Corvak no comentó nada sobre la hembra o nuestras heridas cuando se unió a nosotros.

—Han aparecido más naves Zagrath, Raas. Parece que pidieron refuerzos.

Sus palabras apagaron instantáneamente mi euforia. Me enderecé y le di un breve asentimiento.

—Me uniré a ustedes en el puente de mando.

Cuando miré a Astrid, ella ya me estaba despidiendo con un gesto.

—Ve. Estaré bien —señaló con la cabeza hacia el aprendiz—. Tengo a Krin.

Estaba agradecido de que me entendiera tan bien y no se sintiera amenazada por las exigencias de mi posición como Raas. Llevé su palma a mis labios y la besé, dejando que mis labios permanecieran allí y mis ojos sostuvieran los suyos por un largo momento.

—Volveré pronto a ti.

Con eso, giré y salí corriendo con Bron y Corvak flanqueándome. Miré a mi jefe de batalla mientras nos apresurábamos por la nave,

subiendo las escaleras de tres en tres y saltando de una pasarela suspendida a otra.

—¿Cuáles son nuestros daños hasta ahora?

—Nuestros escudos han resistido, pero otras naves de la horda no han tenido tanta suerte —sus manos estaban en puños apretados a su lado—. La nave principal Zagrath ha sido implacable. La única razón por la que no contraataqué con más fuerza fue porque tú y Bron estaban en ella.

Noté que no mencionó a Astrid, pero no dejé que eso me molestara. Aún no sabía que habíamos desarrollado las marcas de emparejamiento y que ella era verdaderamente mi compañera y sería mi Raisa... y la suya.

Irrumpimos en el puente de mando, los guerreros apenas notaron nuestra llegada por encima de la cacofonía de informes llenos de estática que llegaban del resto de las naves de la horda y las alarmas estridentes del fuego de armas entrante. Por el frente de la nave, vi la nave de batalla Zagrath en la que había estado no hace mucho, gris e imponente. Pensé en el comandante que había enviado a un niño herido a una celda de detención.

—Abran fuego contra la nave principal —ordené—. Todo lo que tengamos.

No hubo vacilación. Una corriente de fuego láser rojo estalló desde debajo del vientre de nuestra nave de guerra, golpeando la nave enemiga y haciéndola estremecerse. Un torpedo impactó en un lado y explotó, enviando partes del casco girando hacia el espacio.

La nave Zagrath inmediatamente devolvió el fuego y nuestra nave se sacudió por el impacto.

—Escudos resistiendo, Raas —llamó Bron desde su consola.

—¿Debo preparar un grupo de asalto? —preguntó Corvak, su voz casi vibrando—. Una vez que hayamos inhabilitado la nave principal, deberíamos poder desmantelarla rápidamente —su labio superior se curvó en una mueca de desprecio—. Y matar a más Zagrath.

Antes de que pudiera responderle, una explosión masiva sacudió la nave, enviándonos a ambos al suelo. Me levanté, escaneando el puente de mando y viendo que nadie estaba herido y no había daños visibles.

—Informe —rugí—. ¿Bajas?

Uno de mis guerreros se aferró a los lados de su consola con los nudillos blancos.

—Ninguna, Raas. Nuestra nave no fue alcanzada.

Cuando miré por el frente de la nave, vi lo que había sido golpeado y por qué lo habíamos sentido. La nave principal Zagrath ya no existía. Había sido destruida. Pedazos del casco volaban frente a nosotros, y el cielo estaba lleno de escombros de la explosión.

—*¡Tvek!* —giré la cabeza hacia Bron—. ¿Fuimos nosotros...?

—No, Raas. Al menos, no fuimos solo nosotros. Por lo que puedo ver, los Zagrath también estaban siendo atacados por una nave desde atrás.

Corvak se puso de pie, su rostro una máscara de confusión.

—Ninguna de nuestras naves de la horda se ha movido detrás de las naves enemigas.

—¿Raas? —uno de mis guerreros se volvió hacia mí—. Están solicitando comunicación.

—¿Comunicación? —miré de nuevo los restos de la nave Zagrath.

Asintió, con los ojos muy abiertos.

—Del Raas Kaalek de los Vandar.

Corvak contuvo la respiración a mi lado. Conocía a mi hermano tan bien como yo.

Cuadré los hombros y apreté los puños.

—En pantalla.

La vista del espacio desapareció, reemplazada por un guerrero Vandar que se parecía sorprendentemente a mí. Con el cabello negro azabache que caía largo y liso por su espalda y los mismos ojos oscuros, Kaalek lucía tal como lo recordaba. Las protecciones de cuero que cubrían sus hombros como escamas y las gruesas correas de cuero negro que se cruzaban sobre su pecho desde ambos lados eran nuevas. Aunque, a decir verdad, no había visto a mi hermano desde que se había convertido en Raas de su propia horda.

—Kaalek —dije, inclinando la cabeza hacia él—. Me alegra verte, hermano.

Su mirada sostuvo la mía a través de las pantallas. —He oído que necesitabas ayuda.

Me indigné ante la sugerencia de que no podía defender a mi horda, pero no caí en su provocación. Si no fuera el hermano menor que siempre intentaba superarme, habría agradecido los esfuerzos de su horda en la lucha. —Siempre es bueno luchar junto a mi hermano —hice una pausa por un momento—. Pero ¿qué haces en este sector?

Juntó las manos detrás de la espalda, su cola moviéndose casi imperceptiblemente. —He oído muchas cosas sobre ti últimamente, Kratos. Cosas que me preocupan.

Luché contra el impulso de reírme a carcajadas. A Kaalek nunca le había importado nada más que ganar. Aunque era más joven que yo, siempre había estado más ansioso por acumular victorias e infligir violencia.

—He oído que tomaste a una hembra humana —continuó, con la voz cargada de desaprobación—. Y que los Zagrath la han estado buscando desde entonces.

—¿Cuestionas mi derecho a tomar lo que quiero del enemigo? —gruñí.

Una de sus cejas negras se alzó. —¿La tomaste de los Zagrath?

—Aunque no le debo explicaciones a mi hermano menor —dije, clavando mi mirada en él—, estaba en un carguero que abordamos. Transportaba suministros para los Zagrath.

—Y aun así dejaste ir la nave —mi hermano sacudió la cabeza—. Y han tenido al enemigo persiguiéndote desde entonces. Incluso he oído que ese patético carguero aún te busca.

—No es nada que no pueda manejar.

—¿Por qué no renuncias a tu juguete, Kratos? —Mi hermano sonrió—. ¿O es que las hembras humanas realmente valen toda esta molestia?

Avancé, arrancándome la única protección de acero del hombro para que pudiera tener una mejor vista. —Compartimos marcas de apareamiento. No voy a renunciar a ella. Está hecho.

Hubo una brusca inhalación detrás de mí que supe que provenía de Corvak.

La mirada de mi hermano se posó en las líneas que ahora se curvaban por el lado de mi cuello y bajaban por mis hombros. Su

boca se abrió en genuina sorpresa. Alguna emoción que nunca había visto en él brilló detrás de sus ojos, pero desapareció un momento después. Su voz era un ronroneo oscuro cuando volvió a hablar. —Así que, sí valen la pena.

—*Ella* vale la pena —dije.

—Te felicito, hermano —inclinó la cabeza hacia mí—. Solo espero que esta hembra no te ablande.

Apoyé la mano en la empuñadura de mi espada. —¿Alguna vez me has conocido blando?

Me sonrió. —Ahora que hemos eliminado la nave de batalla Zagrath por ti, mi horda volverá a nuestro sector. Hay algunos simpatizantes del enemigo en los que tengo puesta la mira.

—Que tus incursiones sean abundantes.

Asintió hacia mí. —Y las tuyas.

Cuando desapareció de la pantalla, Bron soltó un fuerte suspiro. —¿De qué iba todo eso?

Entrecerré los ojos mirando la pantalla que mi hermano había ocupado. —No estoy seguro, pero ¿cuándo es que Kaalek *no* ha causado problemas?

CAPÍTULO

CUARENTA Y UNO

Astrid

Me hundí hasta la barbilla en el agua humeante y dejé escapar un gemido. Krin se había marchado hacía un rato —después de que notara que el chico apenas podía mantener los ojos abiertos— y decidí sumergirme en las piscinas de baño de la suite del Raas para aliviar el estrés del día. Ni siquiera me molesté con el agua más fría, sumergiéndome directamente en la piscina carmesí. Aunque no había participado directamente en ninguna de las batallas, aún me sentía sucia y estaba segura de que mi cabello conservaba el persistente olor a humo.

Apoyé los brazos sobre el borde de piedra oscura y recosté la cabeza sobre ellos, dejándola caer hacia un lado mientras el agua caliente desenredaba mis músculos. Podían decir lo que quisieran sobre los Vandar siendo brutos, pero no había nada bárbaro en sus naves, su tecnología o sus baños.

Cuando el agua salpicó por los lados, mis ojos se abrieron de golpe. Antes de que pudiera darme la vuelta, el cuerpo grande de Kratos envolvía el mío mientras se hundía en el agua detrás de mí.

—Has vuelto —dije, con el corazón aún acelerado. Para ser un tipo enorme, podía ser sigiloso cuando quería—. ¿Está todo bien?

—La nave de batalla Zagrath ha sido destruida y su flota está en ruinas. Hemos ganado.

Me sorprendió un poco que hubieran destruido toda la nave de batalla, pero me alegraba que hubieran asestado un golpe contra el imperio. Después de pasar algún tiempo en una nave Zagrath, entendía aún más por qué los Vandar los despreciaban tanto. A pesar de su apariencia civilizada, eran más insensibles que cualquier invasor.

—Me alegro. No quiero volver a poner un pie en una de sus naves mientras viva.

Él acarició mi cuello con la nariz, acercándose más a mí, la barra rígida de su miembro rozando la hendidura entre mis nalgas.

—No lo harás, y el imperio nunca volverá a apartarte de mí.

—¿Por las marcas de apareamiento? —pregunté, casi dudando en hablar de ellas con él.

—Eras mía antes de las marcas, pero ahora todos pueden ver la prueba de mi reclamo —sus brazos me rodearon y sus manos tocaron los remolinos negros—. ¿Te duelen?

Negué con la cabeza.

—No, y mi piel ya no arde.

—Eso es porque estamos juntos —movió sus manos para acunar mis pechos y rodó mis pezones entre sus dedos—. Mis marcas también ardían cuando estábamos separados.

Aunque sus caricias me debilitaban las piernas y una oleada de calor pulsaba entre mis muslos, giré la cabeza para encontrarme con sus ojos.

—Entonces, ¿mi piel arderá cada vez que nos separemos?

—No lo creo. No ahora que nuestras marcas están completas —mordisqueó mi cuello, y una descarga de placer recorrió mi columna —. Ahora que estás marcada como mía.

Dejé que mis párpados se cerraran y apoyé la cabeza en su hombro.

—Me alegro de ser tuya.

—¿En serio? —su voz era ronca—. ¿No porque te obligaron?

—Nunca me obligaste a hacer nada que no quisiera —dije, mientras algo suave acariciaba entre mis piernas: la punta peluda de su cola—. Siempre te deseé mucho más de lo que dejaba ver.

—Bien —su cola separó mis piernas y luego se deslizó entre mis pliegues—. Solo quiero darte lo que deseas, Raisa.

Me arqueé contra él mientras la punta de su cola circulaba mi clítoris, una risa escapando de mis labios incluso cuando mi cuerpo vibraba de deseo.

—Ese nombre ahora encaja, ¿verdad? Realmente puedo ser tu Raisa.

—Tú *eres* mi Raisa —su voz era oscuramente dominante, su cola trabajándome en el agua vaporosa y su miembro provocando mi entrada desde atrás.

—Y tú eres mi Raas —alcé una mano hacia atrás y la enganché alrededor de su cuello, dejando que mis piernas se levantaran del fondo de la piscina, mientras su cola continuaba moviéndose tan expertamente como cualquier dedo.

Mi respiración era rápida, y moví mis caderas para igualar sus hábiles caricias, mi liberación construyéndose.

—Déjate ir, Raisa —susurró en mi oído—. Quiero sentirte desmoronarte en mis brazos.

—Tu cola se siente tan bien —dije.

—Me alegro de que lo pienses —murmuró—. Porque estoy a punto de follarte con ella.

Sus palabras me hicieron temblar y gemir. Hundí mis dedos en la carne de su cuello mientras me sacudía contra él, las olas de mi liberación estrellándose sobre mí una tras otra, dejándome sin aliento y jadeando mientras su cola se deslizaba desde mi clítoris y empujaba dentro de mí.

No era tan gruesa como su miembro, pero la punta era dura y el pelaje espeso. ¿Realmente estaba siendo follada por la cola de un señor de la guerra Vandar? Más olas de placer me invadieron mientras movía su cola dentro y fuera.

—¿Te gusta mi cola en tu coño? —su voz era un ronroneo en mi oído.

—Sí, Raas —logré decir entre jadeos—. Me encanta cualquier cosa tuya en mi coño.

—Eso suena tan bien viniendo de tus dulces labios —con un gruñido áspero, Kratos me inclinó hacia adelante, poniendo mis

manos en el borde de piedra. Sacó su cola y arrastró la corona de su miembro por mis pliegues.

—Codiciosa, Raisa —empujó su corona dentro de mí lentamente —. Primero te llené con mi cola. Ahora te llenaré con mi verga.

—Sí, Raas. Quiero tomarte por completo.

Agarró mis caderas y hundió su miembro profundamente, haciéndome jadear.

—¿Estás segura de que puedes tomarme? Estás tan apretada.

Mientras mi cuerpo se estiraba para recibirlo por completo, hice ruidos hambrientos.

—Tu verga es el mejor tipo de dolor, Raas.

Pasó una mano por mi cuerpo, sus dedos moviéndose ansiosamente sobre la curva de mi estómago y los picos tensos de mis pechos, rozando mi garganta y enredándose en mi cabello.

—Dime que me perteneces.

—Sabes que sí —dije mientras se movía dentro y fuera de mí con embestidas largas y duras.

—¿Te alegras de que te sacara de esa nave?

Gemí.

—Mi vida realmente no valía la pena antes de que hicieras ese trato conmigo.

Sacó su miembro, deteniéndose en mi entrada.

—Hacer ese trato fue la mejor decisión que he tomado.

—¿Qué hay del segundo trato? —bromeé.

—¿Te refieres a mi promesa de no follarte hasta que me lo suplicaras? —empujó su miembro dentro de mí—. Eso fue un error. Tu pequeño cuerpo me llevó al borde de la locura antes de que finalmente me dejaras reclamarte.

—Siempre fui tuya —dije, con las piernas temblando—. Incluso cuando luchaba contra ello.

No eran solo las marcas en mi cuerpo las que me decían que era la compañera del invasor. Era la sensación de pertenencia que sentía cuando estaba con él, el saber que me veía, no como siempre me había visto a mí misma, sino como lo que *podía* ser. Raas Kratos había visto la fuerza que estaba enterrada en lo profundo de mí y la había desenterrado, escuchando mis consejos y haciéndome sentir

valorada. Saber que podía aconsejar al Raas significaba que era una parte importante de su tripulación. *Eso* me hacía suya, en cuerpo y alma.

—Y yo soy tuyo, Raisa —dijo entre dientes mientras embestía profundamente—. Mi cuerpo, mi alma, mi verga —bajó la voz a un susurro oscuro—, y mi cola.

Con eso, la enroscó entre mis piernas y la agitó sobre mi clítoris. Eché la cabeza hacia atrás, gimiendo con cada embestida profunda mientras mi liberación se acumulaba de nuevo. Mientras mi cuerpo se apretaba alrededor de su miembro y él rugía, embistiéndome con furioso abandono, supe que no había compañero que prefiriera más, y nada que quisiera ser más que su Raisa.

EPÍLOGO

Kaalek

Pisoteé a lo largo de mi puente de mando, girándome hacia uno de mis guerreros. —¿Cómo es posible que un simple carguero nos eluda durante tanto tiempo?

—Es solo un carguero, Raas. Y este es un sector grande.

Gruñí, sabiendo que tenía razón y que yo estaba siendo poco razonable. No es que se requiriera que un Raas fuera razonable. Mi tripulación estaba acostumbrada a que los lanzara a batallas que parecían imposibles de ganar y a asaltar naves que aparentaban estar demasiado bien defendidas. Siempre salíamos victoriosos, y esta vez no sería diferente.

Puede que mi hermano, el Raas Kratos, estuviera bien con dejar que una nave se saliera con la suya después de traicionar a un pájaro de guerra Vandar ante los Zagrath, pero yo no. Un ataque contra cualquier horda era un ataque contra todo el pueblo Vandar, y me negaba a permitir que se dijera que los Vandar eran misericordiosos.

Me había forjado un nombre siendo más brutal y aterrador que cualquier otro Raas. Puede que mi hermano mayor tuviera más victorias, por ahora, pero ningún asaltante infundía terror en los corazones como el Raas Kaalek. Y ahora que mi hermano había tomado a una hembra humana como compañera, seguramente se volvería blando.

Mi labio superior se curvó ante la idea de una hembra ejerciendo influencia sobre un guerrero Vandar. Tal cosa nunca me sucedería a mí. No tenía intención de tomar una compañera hasta que fuera demasiado viejo para servir como Raas. Quizás ni siquiera entonces.

No es que no disfrutara de los placeres de una hembra. Lo hacía. Era por eso que mi horda frecuentaba tan a menudo el planeta de placer de Lissa que una de las madamas había bromeado diciendo que íbamos a establecer una colonia. Pero las hembras eran un placer pasajero. Las follaba duro y me olvidaba de ellas.

Girando sobre mis talones, miré furioso la vista del espacio. Espacio vacío. Abrí y cerré los puños, deseando blandir mi hacha de batalla y repartir el castigo que la tripulación del carguero Zagrath merecía tanto.

—Raas —llamó uno de mis guerreros, su voz teñida de emoción —. Es el carguero.

—En pantalla —ordené, mi corazón latiendo con fuerza mientras la imagen de una nave maltratada reemplazaba la amplia vista del espacio.

—¿Eso? —preguntó otro guerrero—. Ni siquiera tendremos que usar un torpedo para volar esa triste nave del cielo.

Negué con la cabeza enérgicamente. —Eso es demasiado fácil para ellos. Somos asaltantes, ¿no es así?

—¿Vamos a abordar la nave?

Me volví para enfrentar a mis guerreros. —A esta escoria mi hermano le mostró misericordia, ¿y cómo pagaron esa misericordia? Enviando al imperio tras él. Tengo la intención de mostrar a estos colaboradores Zagrath lo que sucede cuando te pones del lado del imperio.

Hubo un rugido de aprobación y puños alzados en el aire.

—Yo mismo lideraré el grupo de abordaje —me dirigí hacia la salida del puente de mando—. Quiero ver sus ojos cuando aprendan a qué sabe la justicia Vandar.

¡Gracias por leer POSEÍDA!

Si te gustó este romance de bárbaros alienígenas, te encantará SAQUEADA, el libro 2 de la serie.

Mi hermana se entregó al señor de la guerra asaltante para salvarme. Ahora lo estoy cazando para recuperarla. Ni siquiera ser capturada por otro señor de la guerra Vandar me detendrá. Soy inmune a sus encantos dominantes... ¡eso espero!

OTRAS OBRAS DE TANA STONE

Señores de la Guerra Invasores de los Vandar

POSEÍDA

SAQUEADA

PILLADA

PERSEGUIDA

CASTIGADO

PROVOCADO

Novias tributo para los guerreros drexianos

DOMADA

ROBADA

DESPROTEGIDA

RESCATADA

PROHIBIDA

ATADA

CASCABELES

ANHELADA

TOMADA

MARCADO

Acerca del Autor

Tana Stone es una autora de romance de ciencia ficción que figura en la lista de bestsellers de USA Today y que adora a los aliens sexys y a las heroínas independientes. Su superhéroe favorito es Thor (con Aquaman en un cercano segundo lugar porque, bueno, Jason Momoa), su postre favorito es el pie de limón (bueno, vale, *todos* los pies), y ama Star Wars y Star Trek por igual. Todavía lamenta la pérdida de *Firefly*.

Tiene un marido, dos adolescentes y dos gatos neuróticos. A veces desea poder teletransportarse a una estación espacial holográfica como la de su serie de novias de tributo (o quizás vacacionar en el oasis con los bárbaros del planeta desértico). :-)

¡Le encanta saber de sus lectores! Envíale cualquier pregunta o comentario por correo electrónico a .

¿Quieres pasar el rato con Tana en su grupo privado de Facebook? Únete a toda la diversión en: https://www.facebook.com/groups/tanastonestributes/

Copyright © 2025 por Broadmoor Books

Diseño de portada por Croco Designs

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con eventos, lugares, organizaciones o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.